

Seix Barral Biblioteca Formentor



Donna Leon

Sin Brunetti



Índice

Portada

SOBRE VENECIA

MI VENECIA

EL LATIDO DE LA CIUDAD

BASURA

EL CASINO

BUROCRACIA ITALIANA

INCIDENTE DIPLOMÁTICO

NON MANGIARE, TI FA MALE

NUEVOS VECINOS

LA CASA DEL INFIERNO

UNA VECINA

DA GIORGIO

SOBRE LOS POBRES

SOBRE LA MÚSICA

UNA NOCHE DE PERROS EN LA ÓPERA

DE LA BELLEZA Y LA LIBERTAD

LA SERVA FEDELE (BARTOLI)

DA CAPO (CALLAS)

ANNE SOPHIE VON OTTER

DEFORMAZIONE PROFESSIONALE

DE HUMANOS Y ANIMALES

RATONES

CAZADORES

GLADYS

TOPOS

CESARE

TEJONES

LA MUJER DE DÜBENDORF

DÍGME QUE ME PERDONA, PROFESOR GRZIMEK

PARTE DE GUERRA

BLITZ

LA PRIMERA VEZ QUE COMÍ OJO DE CORDERO

DE LOS HOMBRES

PECHOS

EL HOMBRE ITALIANO

LAS COSAS QUE SE DICEN EN LA CAMA

INSTINTOS

¡OH, LINDO PIECECITO!

«UNA GILIPOLLEZ»

UN TRIVIAL JUEGO ERÓTICO, O «SÍ, SOY UNA PURITANA»

NECESITO ALGUNOS HOMBRES BUENOS

EL PROMOTOR

ARABIA SAUDÍ

EL HOMBRE NEOYORQUINO

SOBRE NORTEAMÉRICA

MI FAMILIA

EL IMPERIO DEL TOMATE
EL FUNERAL DE MI MADRE
GORDITOS
QUEDARÍAMOS HECHOS HAMBURGUESA, SEÑORA
DE SPRÜNGLI Y LA CNN
SOBRE LOS LIBROS
LOS MONSTRUOS DEL CORREO ELECTRÓNICO
CON BARBARA VINE
SIN LÁGRIMAS POR LADY DI
MANIPULACIÓN DEL LENGUAJE
SUGERENCIAS PARA ESCRIBIR NOVELA NEGRA
CENA CON UN MÉDICO NORTEAMERICANO
NOTAS
CRÉDITOS

SOBRE VENEZIA

MI VENECIA

En la segunda parte de *Enrique VI*, de Shakespeare, uno de los personajes dice: «Que lo primero que hagamos sea matar a todos los abogados.» Cuánto más agradable no sería la vida contemporánea si pudiéramos decir: «Que lo primero que hagamos sea matar a todos los automovilistas.» Si parece muy drástica la medida y uno desea escapar del automóvil y de todo lo que hace con nosotros, quizá lo más aconsejable sea irse a vivir a Venecia. Buena parte de la satisfacción que me produce vivir en Venecia se debe a esta razón: no hay coches. En principio, la cosa parece simple —y sin duda eso pensará la mayoría—: si no hay tráfico, no hay ruido ni contaminación. Pero Venecia tiene las tres cosas, y más de lo que en justicia le correspondería. Sin embargo, la ausencia de coches contribuye a alegrarnos la vida en otros aspectos, aspectos que hoy considero más importantes, aunque también Venecia tenga su tráfico, su ruido y su contaminación.

Como estamos obligados a ir a pie, tenemos que encontrarnos. Es decir, todas las mañanas los habitantes de Venecia hemos de vernos, cruzarnos o coincidir en nuestros desplazamientos. Ello propicia la conversación casual, el intercambio de información sobre el mundo o la vida personal, lo que sirve de pretexto para un café o un *ombra* que, a su vez, te harán relacionarte con otras personas y generarán más conversación y más intercambio de información.

Por lo tanto, como no hay coches, Venecia es, por lo menos para los residentes, lo que los meros números hacen de ella: una ciudad provinciana de apenas setenta mil habitantes en la que el principal medio de distracción es el cotilleo y en la que, por consiguiente, no hay secretos. Para averiguar lo que sea de quien sea, nada como esos casuales encuentros matutinos, en los que no falta quien te prevenga acerca del anticuario, el dermatólogo o determinado empleado de tal o cual oficina pública. En el aspecto positivo, estos contactos pueden conducirte al ebanista honrado o al mejor puesto de pescado del mercado de Rialto.

Desde luego, esta clase de información se puede obtener en cualquier otro sitio, pero en otras ciudades te exige usar el coche o el teléfono. En Venecia, el informador te sale al paso y, por lo general, el pago es un simple café y un *brioche*.

Otro de los alicientes de la Venecia sin coches es análogo al otorgado a la Miss Brill del relato de Katherine Mansfield: el de atisbar en las vidas ajenas. Durante años, te cruzas en la calle con las mismas personas; al cabo de unos meses, o de años, esbozáis un movimiento de cabeza, una sonrisa o cualquier otra forma de saludo. Aunque nunca salen de un amable anonimato, un día las ves con otra pareja, o con niños que luego aparecerán con sus propios niños. Envejecen, andan más despacio, algunas desaparecen, y siempre te quedan las preguntas de quiénes son, qué hacen o cómo son en realidad.

Por último, la ausencia de coches nos impone día tras día la necesidad de aceptar el límite de nuestra capacidad física. Si queremos una cosa, hemos de poder cargar con ella hasta casa o encontrar a alguien dispuesto a llevárnosla. Ello hace más difícil que nos engañemos respecto al

paso del tiempo: estamos más viejos y más flojos, y ya no podemos acarrear las patatas, las naranjas y, además, el agua mineral. Ni hacer todos los recados en un solo día, porque hay que ir de un extremo a otro de la ciudad, o porque los *vaporetti* van muy llenos, o porque hay demasiados puentes.

En suma, yo creo que todas estas cosas, aunque triviales en apariencia, redundan en beneficio de los residentes. Vivimos en una época volcada en el empeño de borrar o negar todas las señales físicas de la edad o la debilidad, y hacer resaltar el valor del individuo. Cada vez nos sentimos más inclinados a buscar nuestro sentido de comunidad en internet y nos pasamos horas chateando con gentes a las que nunca veremos ni tocaremos. Venecia, aunque sea por accidente y modestamente a veces, contra nuestra voluntad, nos salva de esta tontería.

EL LATIDO DE LA CIUDAD

Uno de los encantos de Venecia es la sensación de misterio que transmite; nunca puedes prever lo que encontrarás a la vuelta de la esquina ni lo que revelará esa puerta que se abre. Novelistas, cineastas, incluso el turista corriente, todos se han sentido atrapados por esta sugestión de que las cosas van a resultar diferentes de como parecen a primera vista.

Para muestra, Alberto Peratoner, guarda de la Torre del Reloj de San Marcos, hijo y nieto de guardas, función con la que él y sus antepasados se han ganado el sustento desde hace casi un siglo.

La Torre del Reloj de San Marcos fue inaugurada el 1 de febrero de 1499 y, durante cinco siglos, ha sido el símbolo perfecto de esta ciudad. A diferencia de todos los relojes de su época y tamaño, éste tiene dos esferas. Una mira hacia fuera, más allá de las estatuas de San Teodoro y del León de San Marcos, a las aguas que dieron refugio a los primeros habitantes de la ciudad y que después serían surcadas por las naves venecianas que partían a la conquista del comercio de dos continentes. La otra cara del reloj mira al interior, a la larga y estrecha Merceria y a Rialto, núcleo comercial de la ciudad. Al igual que Venecia, el reloj envejeció y fue objeto de dos grandes restauraciones, una en 1757 y la otra en 1858.

Luigi Peratoner se hizo cargo de la conservación de la Torre y el Reloj de San Marcos en 1916; su hijo Giovanni heredó su puesto en 1945, y Alberto, el actual custodio, entró en funciones en 1986, tras la repentina muerte de su padre. La tarea del guarda del reloj consiste en mantenerlo en buen funcionamiento, lo que supone dar cuerda a su ingente y complicada maquinaria dos veces al día y realizar los ajustes necesarios a fin de que marque la hora exacta. Es tradición que el guarda resida en la torre, lo que supone no sólo vivir junto al corazón palpitante del reloj sino también disfrutar, desde su altura, de la fabulosa vista de una ciudad toda vistas fabulosas.

«Guarda», «conservador»: en otra ciudad, estas palabras te harían pensar en un hombre encorvado, con delantal azul y extrañas herramientas asomando de los bolsillos. Pero, probablemente, un mero «guarda» no sabría interpretar ni la más pequeña anomalía con la debida rapidez.

Pero esto es Venecia, donde pocas cosas son lo que parecen a primera vista. Así, Alberto Peratoner es licenciado en Filosofía, especializado en Pascal, que se encontró metido en este trabajo casi por casualidad, cuando murió su padre, y que, a pesar de sentir el pulso del reloj en la sangre, encuentra su solaz intelectual en la filosofía de Pascal. Ni es encorvado, ni lleva delantal, ni es un solitario sino un hombre que viste bien, se expresa con elegancia y no disimula el amor que siente por su esposa, Rita Morosini. Tampoco puede ocultar su pasión por la música de Händel.

La idea de que Peratoner sea el simple guardián de este reloj, el más célebre del mundo después del Big Ben, no es del todo cierta. No. Él es el hombre que, por haber vivido siempre al lado y hasta dentro de este mecanismo que casi tiene vida propia, identifica cada uno de sus

caprichos y suspiros, cada crujido y cada tono de su voz. Conoce íntimamente los efectos que tienen en el reloj la humedad, la presión atmosférica y los cambios de temperatura bruscos, y sabe la manera de neutralizarlos con la aplicación de un aceite de una densidad determinada o el fino ajuste de una palanca.

Si le preguntas cómo sabe qué aceite ha de usar y en qué cantidad, Peratoner sonrío y te responde, citando a Pascal, que se necesita «*esprit de finesse*» para auscultar el corazón del reloj y comprender sus veleidades.

Peratoner explica con satisfacción que Piaget, una de las más prestigiosas firmas de relojería del mundo, ha brindado una generosa ayuda financiera y técnica para contribuir a la restauración del reloj que se llevará a cabo durante los dos años próximos, en los que el reloj será desmontado y transportado a un taller de las afueras de Mantua, donde se sustituirán las piezas desgastadas. Después, será sometido a minuciosas pruebas y devuelto a su torre de Venecia. El 1 de febrero de 1999, el día en que se cumplirán quinientos años de su inauguración, el reloj será puesto en marcha y otra vez medirá los minutos y las horas de los días de Venecia. Es de desear que Alberto Peratoner, custodio y filósofo, regrese a su hogar dentro del corazón que palpita en la ciudad.

BASURA

—*Sporcaccione!* —grité desde mi ventana.

La palabra había salido de mis labios antes de que pudiera darme cuenta. El hombre estaba tres pisos por debajo de mí, con una bolsa de basura en la mano, que se disponía a dejar al otro lado del canal, junto a la pared de una casa en la que había la señal que prohibía dejar basura. El impulso natural, cuando alguien te grita que eres un cerdo asqueroso, es encararte con esa persona y debatir la cuestión, pero imagino que resulta difícil hacer tal cosa con una bolsa de basura en la mano. Lo que hizo aquel hombre fue bajar la cabeza escondiendo la cara, arrojar tranquilamente la bolsa de basura al canal, dar media vuelta y marcharse.

No sé quién era, sin duda, uno de mis vecinos venecianos. No podría reconocerlo, lo que sin duda es una suerte, ya que la indignación me haría repetir mi comentario.

Hace más de treinta años que mantengo un idilio con los italianos, por lo que me duele decir que no poseen ni un ápice de civismo. Basta con una mirada a cualquier espacio público para convencerse: no hay edificio, por bello y venerable que sea, que esté limpio de los estúpidos *graffitti*: las rocas del Alberoni, la única playa en la que aquí se puede nadar, están infestadas de botellas y bolsas de plástico; los ríos desbordan de los mismos detritos y los márgenes de las autopistas estatales serían una mina si Italia aplicara la política de abonar los envases de cristal.

Ayer, mientras esperaba en una embarcación a que mis amigos arreglaran el motor, pude observar durante media hora a los basureros que arrojaban, a la barcaza amarrada delante del cine Rossini, las bolsas de basura recogidas durante la jornada. A pesar de que aquí hay puntos en los que se puede depositar papel y periódicos, aproximadamente la cuarta parte de lo que los basureros echaban a la barcaza eran sacos y bolsas llenos de periódicos bien doblados, que serían enterrados y quemados en lugar de reciclados. De todos modos, mucha gente piensa que el papel que se deja en los contenedores de reciclado también acaba en la basura. No hay manera de averiguarlo, como con tantas otras cosas en Italia.

El canal estaba cortado y el otro lado había sido drenado con objeto de reparar una tubería del agua. Hacía apenas dos años que se había drenado el canal, en unas obras que costaron mucho dinero y duraron meses, y en tan poco tiempo se habían acumulado en el fondo cinco o seis centímetros de un lodo negro de un aspecto tan horrible que desafiaba cualquier intento de descripción o análisis. En aquel lodo estaban atrapados los vestigios de dos años de la vida de Venecia: botellas de cerveza, neumáticos, un contenedor de basura municipal de más de un metro de alto e infinidad de bolsas de plástico, indicio revelador de la costumbre de echar la basura a los canales.

Cuando, hace varios años, se limpiaron los canales de los alrededores de La Fenice, yo estuve horas en un puente, mirando la grúa que, en la fase inicial del drenaje, extraía del agua los objetos de mayor tamaño. La garra de la máquina se hundía en el agua negra y al emerger parecía la cabeza de uno de los velocirraptores de Steven Spielberg, porque salía cargada de bicicletas,

neumáticos, trozos de metal de lo que podían haber sido muelles de colchón, y hasta una lavadora. Los turistas son responsables de gran parte de los daños que se infligen en el tejido de la ciudad o, por lo menos, de ello se les acusa, pero no me parece plausible que un turista se traiga la lavadora a Venecia, a fin de deshacerse de ella arrojándola a un canal. Por otra parte, la ciudad ofrece un servicio gratuito de recogida de enseres grandes. Las líneas están ocupadas la mayor parte del tiempo, desde luego, pero si consigues comunicar y concertar fecha, los empleados municipales acuden en su barca y se los llevan. De manera que no es necesario que tires la lavadora al canal. Ni la bicicleta. Ni los muelles del colchón. Ni el colchón.

Tengo amigos que, de niños, habían nadado en los canales. Sus padres utilizaban sus aguas para cocinar. Ahora la idea de caer en uno de esos canales negros y lentos sugiere imágenes de un horror dantesco, una experiencia a la que una no desearía sobrevivir.

EL CASINO

Mi primer contacto con el Casino de Venecia tuvo lugar hace casi veinte años, cuando huí a Venecia al ser evacuada de Irán tras la revolución de Jomeini. En aquel tiempo, el Casino parecía un sitio que a un refugiado podía gustarle visitar, y allá nos fuimos, pero no nos dejaron pasar de la puerta, porque mi acompañante no llevaba americana. Fue inútil que yo argumentara que, dada nuestra condición de refugiados, podían concedernos trato especial. No hubo nada que hacer. Nos dimos por vencidos, volvimos al hotel y él se puso la americana. He olvidado cuánto perdimos aquella noche; pero, después de habernos quedado sin casa, enseres y empleo, parecía una futesa. De todos modos, recuerdo que pensé que las calles de Ispahan estaban más animadas durante la revolución, pues por lo menos la gente hablaba a voces y parecía disfrutar con lo que hacía, aunque fuera la destrucción de un gobierno.

Durante décadas, no tuve más experiencia con el Casino, aunque llegué a conocer bien a los que acudían allí a jugar. A lo largo de diez años, di clase en Vicenza, ciudad que dista aproximadamente una hora de Venecia, adonde, cuatro noches a la semana, regresaba en el tren de las 10.04, que llegaba a la estación de Santa Lucia a las 11.03, salvo en caso de huelga, niebla, accidente o cualquiera de las muchas causas de retraso. Si el tren llegaba a su hora y yo corría como una liebre, podía tomar el *vaporetto* número uno que salía de la estación a las 11.06. Al principio, apenas me fijaba en las personas que desembarcaban en San Marcuola, la parada del Casino, pero al cabo de un tiempo empecé a observar ciertos rasgos comunes, y a los pocos meses era capaz de identificarlas con infalible exactitud.

Todos los hombres parecían llevar alguna especie de gomina o laca en el pelo porque, por mucho viento que hiciera, no se despeinaban. La mayoría llevaba abrigo o, mientras estuvo de moda, chaquetón de piel de cordero. Debajo todos vestían americana *sport*, o bien traje, y corbata. La mayoría lucía anillos, generalmente en el dedo meñique, algunos con pedruscos enormes. En las mujeres se observaba mayor variedad, probablemente porque ellas podían optar entre varios largos de cabello y entre pantalón o falda, aunque solían inclinarse por esta última. Todas parecían más jóvenes que sus acompañantes masculinos y llevaban abrigos de piel o, mientras estuvo de moda, la *pellicia ecologica* de formas y colores extravagantes. Calzaban zapatos de tacón alto y sus uñas daban testimonio de laboriosos cuidados, al igual que el maquillaje.

Durante un año poco más o menos, yo me divertía apostando conmigo misma sobre quiénes desembarcarían en San Marcuola, hasta que me aburrí de ganar siempre y abandoné el juego, dejé de observar a los jugadores y, mientras subíamos por el Gran Canal, volví a dirigir la atención a los balcones iluminados de los *palazzi*.

Mi interés se despertó de nuevo con motivo de «Zanzíbar». En 1992, tras más de un mes de infiltración y vigilancia, la policía puso en marcha la operación Zanzíbar, en el curso de la cual se llevó a cabo una redada relámpago en el Casino del Lido y se arrestó a siete crupiers, acusados de

robar al Casino. Y este mes, al cabo de más de cinco años —un abrir y cerrar de ojos para la ágil justicia italiana—, el Tribunal de Apelaciones fallará en el último de los casos. Olfateando posible material para un libro, decidí volver a interesarme por el Casino.

En un principio, mi interés era documentarme, conseguir datos, simples datos, el tipo de información que puede ofrecer una guía turística y que a menudo resulta curiosa. El Casino, sito en Cà Vendramin Calergi, en el Gran Canal, palacio en el que murió Richard Wagner en 1883, fue inaugurado en 1945 y actualmente emplea a casi cuatrocientas personas, venecianos la mayoría, doscientos ochenta de las cuales trabajan de crupiers. El Casino ingresa por término medio unos ciento sesenta mil millones de liras al año, la mitad de los cuales pasa directamente al Comune di Venezia, para compensar en parte la reducción de las aportaciones del Gobierno a la ciudad. Visitan el Casino más de medio millón de personas al año, 630.000 según sus registros, la mayoría italianos, y de éstos, la mayoría del Véneto. Como mi calculadora no marca más que ocho decimales, no estoy muy segura de lo que he de hacer con tantos ceros, pero si divido 160 entre 630, me da 0,253, aunque no tengo ni idea de si esto quiere decir que cada persona pierde por término medio 253 o 253.000 liras. Pero dondequiera que vaya la coma, lo cierto es que el Casino siempre gana.

De todos modos, al parecer, esta circunstancia no ha hecho mella en los clientes, cada uno de los cuales debe de pensar que él es el elegido, el que va a ganar, y ganar una fortuna. Ésta fue mi impresión la noche en que, finalmente, fui al Casino para captar el ambiente y, de paso, observar más atentamente a aquellas personas a las que durante años había visto desembarcar del *vaporetto* número Uno. Para acceder al *palazzo* hay que pagar una entrada de 18.000 liras, pero como esto te permite visitar uno de los más bellos *palazzi* de la ciudad, es dinero bien empleado.

Lo primero que te llama la atención al entrar en el *palazzo* es la vista de los balcones sobre el Gran Canal y la fachada del *palazzo* Belloni-Battaglia. Por desgracia, con frecuencia obstruyen la vista las figuras de los conductores de taxi que se congregan a fumar tras las vidrieras de la puerta al canal, esperando llevar a posibles clientes a la estación, a *piazzale* Roma o, quizá, a casa, en la misma ciudad. Al entrar en este espacio enorme, de techo alto, casi automáticamente piensas en cantantes enmascarados o, quizá, en una de las orquestas de huérfanas de Vivaldi que interpretan una *cantata* compuesta especialmente para una festividad. Pero lo primero que oyes es el tintineo de las cascadas de monedas que caen en las bandejas de los cientos de máquinas tragaperras alineadas a lo largo de las paredes de una serie de salas situadas a la izquierda. A veces, ahoga las graves voces de los jugadores el repique de una campana que anuncia una nueva victoria sobre la diosa Fortuna.

Al fondo del vestíbulo, se encuentra un largo mostrador, atendido por empleados sobriamente vestidos, que examinan el pasaporte o documento de identidad de cada cliente e introducen sus datos en unos ordenadores: nacionalidad, edad, lugar de nacimiento. A partir de este momento, el visitante puede subir a los salones del primer piso en los que se practican los juegos elegantes: chemin de fer, ruleta o Black Jack.

En el ambiente de estos salones —grandes espacios decorados con suntuosidad barroca— se respira una fe que comprende y acepta su propia futilidad. En torno a las mesas, los hombres —aquí casi todos los jugadores son hombres— están pendientes del juego: de la bolita o de la carta. A mí el juego nunca me ha interesado ni lo más mínimo, le encuentro el mismo sentido que al culturismo o al rezo del rosario. El factor común a las tres actividades es que ocupan tiempo y te

dan la esperanza de que te reportarán un beneficio. Aunque quienes practican el culturismo, por lo menos, crían músculo y las viejas que pasan las cuentas del rosario no se exponen a perder el dinero de la compra; pero es difícil adivinar qué beneficios positivos puede proporcionar el juego. Claro que, como ya he dicho, como a mí nunca me ha interesado, no soy capaz de verle la gracia.

Las mesas, al igual que en las películas de James Bond, están tapizadas de fieltro verde y los crupiers visten esmoquin. En un país en el que abundan los hombres guapos, la mayoría de los crupiers impresionan tanto por la sobria elegancia de su indumentaria, como por la no menos sobria elegancia de su porte. La mayoría de los jugadores, en fuerte contraste, tienen un aspecto un tanto desaliñado, como si tuvieran sueño atrasado o llevaran semanas sin comer a sus horas.

John Donne escribió: «Está en todos los estados y todos los príncipes. No hay nada más.» Donne habla del amor, pero esa misma convicción de que no hay nada más gravita como una nube transparente sobre las mesas, porque nada merece más interés por parte de los jugadores que el baile de la bolita o la carta a la que van a dar la vuelta. En una de las mesas de ruleta, vi que un jugador recién llegado señalaba un montón de fichas verdes abandonadas sobre el tapete.

—Oh, son mías —dijo un joven con un traje gris mal ajustado, desde el otro lado de la mesa.

Sin decir palabra, el recién llegado le acercó las fichas. El otro no se molestó en darle las gracias ni pareció dar importancia al hecho de que, pendiente de la apuesta, se hubiera olvidado de unas seiscientas mil liras en fichas.

Algunos empleados del Casino me han dicho que a los clientes, por lo menos a los que juegan en las salas de arriba, en realidad no les importa tanto ganar o perder como el ritual del juego en sí. En el caso del joven que estaba en la mesa de la ruleta, deduzco que si la idea de perder dinero no lo afectaba, tampoco lo afectaría la de ganarlo.

En efecto, la impresión dominante que me causó aquella velada en el Casino fue la de total falta de alegría —y hasta de entusiasmo— en quienes allí se jugaban el dinero. En ningún momento observé en ellos señal alguna de emoción, ni cuando el rastrillo del crupier se les llevaba el salario de un mes, ni cuando acercaba al ganador el equivalente de la entrada para la compra de un piso. Algo superior al aburrimiento los mantenía impávidos, y sus caras me recordaron las de los que, en los vestíbulos de los bancos de la Bahnhofstrasse, observan cómo suben y bajan las cotizaciones de valores en todo el mundo, creando y arruinando fortunas con la misma impersonalidad con que los crupiers mueven las fichas por el tapete verde.

Mientras las bolas brincaban y caían en el compartimento de la ruleta que les estaba destinado, yo levanté la mirada hacia los frescos del techo y, después, contemplé las paredes de la bella *sala di giochi* en la que oficiaban los hombres de negro. A mi izquierda, un empelucado noble nos miraba desde lo alto con los labios comprimidos en un rictus de reprobación. Desvalida ante su muda acusación, abandoné la sala y bajé a echar una mirada a las tragaperras.

Estas máquinas, introducidas en 1991, representan ahora un 30 por ciento de las ganancias del Casino, y basta deambular un momento entre ellas para comprender por qué. Y es que aquí está la gente de Venecia, vestida con sencillez, como para bajar a tomarse un café en el bar de la esquina, no los grandes jugadores que vienen de Milán o de Módena y que se dejan en la mesa cincuenta millones de liras en una noche como si nada. Aquí, en la planta baja, ves a las mujeres

que regatean el precio del pescado en el mercado de Rialto, a las ancianas que se quejan de que, con lo que cobran de pensión, no llegan a fin de mes. Y no te sorprende que la mayoría sean mujeres ni que casi todas ya hayan cumplido los cuarenta.

Aquí, en lugar de tener que aprender las reglas del juego, o calcular probabilidades o, como muchos jugadores de ruleta, llenar libretas secretas de números y complicadas ecuaciones, no tienes más que comprar fichas de mil liras en un dispensador automático, echarlas una a una en una máquina luminosa y tirar de una palanca. Las máquinas están programadas electrónicamente para retornar el 93 por ciento de las apuestas. Suena bien. Pero también significa que, matemáticamente, todo el que juega allí, por mucho rato que juegue y por mucho o poco que se juegue, ha de perder el 7 por ciento de la apuesta.

Aunque tampoco aquí reina la alegría, por lo menos se percibe cierto contacto humano, porque estas mujeres suelen venir con alguna amiga y, mientras tiran, tiran y tiran de la palanca, charlan, supongo, acerca del precio al que han pagado el pescado en Rialto. Sería muy doloroso pensar en la posibilidad de que estuvieran hablando de lo difícil que es llegar a fin de mes con lo que cobran de pensión.

BUROCRACIA ITALIANA

Hay momentos en los que la vida en Italia es la pura irracionalidad, y la inercia o la incompetencia burocráticas llegan a hacerte perder la paciencia. Hay momentos en los que te parece que nada funciona ni va a funcionar algún día, e imaginas que lo que existe es resultado de un milagro, porque no hay indicio de que la intervención humana pueda producir cambio alguno. Hay días en los que los funcionarios parecen disfrutar poniendo trabas, poniendo todo su celo en los detalles más nimios. Se hacen promesas que no se cumplirán y la idea de progreso parece una vana ilusión.

Pero entonces, como en un día nublado en el que, de pronto, llega el viento del sur y barre las nubes, el cielo se despeja e Italia resplandece con toda su desordenada y humana hermosura. Y en tales momentos recuerdo que, a pesar de todo, Italia sigue siendo el único sitio en el que deseo vivir.

A últimos de otoño, hice un viaje a Estados Unidos y, desde allí, envié a Venecia por avión un pequeño secreter de mi madre, que le regalaron cuando cumplió dieciséis años y que yo había visto siempre en casa. Cuando el mueble llegó, fui a las oficinas del consignatario en el aeropuerto, donde la empleada me entregó los documentos de embarque y me dijo que los llevara a la aduana.

Allí, un funcionario joven con acento siciliano y uniforme hecho a medida miró las facturas y los conocimientos de embarque. Al ver que yo había declarado —meramente a efectos del seguro— un valor de 300 dólares, hizo un rápido cálculo y me dijo que debía abonar 280.000 liras por derechos de aduana. Yo expliqué que aquella cantidad era una invención y que el secreter tenía un valor puramente sentimental. Él, impertérrito, se limitó a repetir el importe de 280.000 liras. Entonces yo bajé el tono de voz y, con acento sentimental y los ojos entornados como si el recuerdo me produjera vivo dolor, dije:

—Es que era de... *mia madre*.

Él me miró con extrañeza, como si le sorprendiera que una persona que iba a una oficina de aduana tuviera madre.

—*Sua madre?*

—*Sì.*

Él miró otra vez el papel que yo le tendía, pero las cifras seguían allí. Le pregunté si serviría de algo cambiar el valor declarado del secreter. Lo único que había que hacer, sugerí señalando la cifra, era mover la coma un lugar hacia la izquierda y añadir un cero. Así 300 dólares quedarían en 30,00.

Él miraba el papel, meditando sobre lo que acababa de oír, luego levantó la cabeza y se me quedó mirando de un modo que me pareció muy incómodo. Meneando la cabeza, sin duda ante la escandalosa propuesta —para no decir delictiva—, me quitó el papel de la mano, se excusó y

volvió al despacho del que había salido, mientras yo me preguntaba cuál sería la multa por fraude a la aduana y si también se me acusaría de intento de soborno a un funcionario público.

Al cabo de unos minutos, él volvió a salir con los papeles en la mano. Yo lo miré con una débil sonrisa, segura de que tendría que pagar las consecuencias, además de los derechos de aduana. Él levantó el papel y, con un movimiento tan gentil como elegante, lo rompió por la mitad, a lo largo.

—El mueble era de su madre, *signora* y, por lo tanto, no hay derechos que pagar —dijo con los brazos extendidos y un trozo de papel ondeando en cada mano como jirones de una bandera enemiga conquistada en buena lid.

INCIDENTE DIPLOMÁTICO

Hace varias semanas, recibí una invitación a una fiesta que se celebraba con motivo de la visita del vicedéconsul de Estados Unidos en Milán, que venía a Venecia para seleccionar a un déconsul en la ciudad. Como me pareció que una amiga mía norteamericana que reside en Venecia sería persona adecuada para el cargo, accedí a acompañarla por si se presentaba la ocasión de recomendarla. Además, al pie de mi invitación había una nota manuscrita que decía: «¿Le interesa el puesto?»

La fiesta se celebraba en una galería del Gran Canal. Cuando llegué había unas cincuenta personas, de las que sólo reconocí a una. Acepté un vaso de agua mineral y me puse a mirar en derredor. Las mujeres, al igual que las Galias de César, se dividían en tres partes: las altas y rubias, con nombres como Miffi o Alison y fular de seda cuidadosamente drapeado sobre los hombros; las maduras, con el pelo gris y corto y esa rigidez facial reveladora de la intervención del cirujano, y las obesas de diversa edad. De hombres, al parecer, sólo había dos variedades: los desaliñados, calzados con zapatillas deportivas, y los que vestían americana, la cual, en la mayoría de casos, daba la impresión de ser la misma que usaban antes de jubilarse y que ahora les estaba ancha o estrecha.

Mi amiga se retrasaba, pero alguien había traído a *Benjy*, un terrier de Norfolk, gracias al cual no me sentía completamente aislada. Sonaban aplausos en otra sala y me acerqué a la puerta. El déconsul, un joven de pelo negro y corto, empezó su parlamento con la lectura del discurso de Acción de Gracias del presidente. En él, nuestro presidente aludía a la larga historia de armonía entre razas que había conocido Estados Unidos, algo que todos debíamos celebrar. Yo, pensando en la esclavitud y en el exterminio de los indios, decidí no sumarme a la celebración. Nuestro presidente también aludió a Dios tres veces, y yo volví a la cocina en busca de más agua mineral y de un poco de charla con *Benjy*.

Terminada la proclamación y acallados los aplausos, el déconsul en ejercicio pasó a exponer los requisitos del cargo. El futuro déconsul debía prestar ayuda a los súbditos estadounidenses que hubieran sido víctimas de robo o se encontraran en dificultades, tratar con la burocracia italiana y, llegado el caso, repatriar al norteamericano que falleciera en Venecia. Al percibir la reacción del auditorio a esto último, el déconsul abandonó el texto preparado y admitió, con el cálido tono de voz que adoptan los norteamericanos para expresar sinceridad, que si bien el salario no era grande, el cargo contaba con magníficos alicientes: muchas fiestas y, además, el déconsul debería enseñar Venecia a los congresistas y senadores que visitaran la ciudad. Esto último me hizo pensar en la posibilidad de tener que decir a algún palurdo devorador de filetes de buey: «No, senador; esto es una iglesia, no un centro comercial.» Así que otra vez fui en busca de la compañía de *Benjy* hasta que acabaron los aplausos con que fue saludado el discurso del déconsul.

En vista de que mi amiga no se había presentado, recuperé el abrigo, me envolví el cuello en la bufanda y me dirigí a la puerta. Di cortésmente las gracias a la anfitriona y le dije que, sintiéndolo mucho, tenía que marcharme.

—¿No piensa solicitar el puesto? —me preguntó.

Yo la miré con la cálida sonrisa que ponen los norteamericanos para expresar sinceridad y respondí:

—Antes me pegaría fuego.

Volví a darle las gracias y me fui a mi casa.

NON MANGIARE, TI FA MALE

La culpa fue de la naranja. Hace varias noches, cené en casa de mi más antigua amiga en Venecia y, después de la pasta y la ensalada, alargué la mano hacia una naranja.

Con ojos desorbitados por el horror, Roberta dijo:

—¿No irás a comerte eso?

Yo, con mi perfecto dominio de la exquisita lengua de Dante, pregunté:

—¿Uh?

—La naranja —dijo ella señalando con un dedo tembloroso el ofensivo cítrico—. No pensarás comértela.

Yo me preguntaba si la fruta estaría podrida o si sería la última de la estación e inquirí:

—¿Por qué no?

—Porque es plomo —dijo ella, y procedió a explicarme que las naranjas son oro por la mañana y plata a mediodía pero, si las comes por la noche, después de la cena, una especie de alquimia gástrica las convierte en plomo.

Y ahí tenía yo por fin la clave del misterio fundamental de la vida y la cultura italianas, la clara y diáfana explicación de un sistema que se había sustraído a mi comprensión durante más de tres décadas.

Para los italianos, los alimentos son mucho más que algo que se come. O, mejor dicho, para los italianos, toda la comida tiene un componente adicional, además del gusto y el valor nutritivo: es o *pesante* o *leggera*. Yo soy norteamericana, ciudadana del país que ha dado a la *cuisine* mundial las palomitas de maíz y el Big Mac, por lo que este concepto siempre, desde que llegué a Italia hace más de treinta años, me había parecido confuso. Y es que los norteamericanos no rodeamos de ceremonia la necesidad cotidiana de comer, para nosotros la comida no ha alcanzado el rango de culto como en Italia. Ni hacemos distinciones entre comida ligera y comida pesada; de ahí nuestra confusión cuando comprobamos que todos los italianos parecen dividir todos los alimentos en estas dos categorías.

Con el afán de una antropóloga apasionada, traté de profundizar en este sistema de creencias y pedí a Roberta que me lo aclarase. Tras largas explicaciones, emergieron varios principios básicos.

La cualidad de ligero o pesado de un alimento depende más de la opinión de la madre de uno que de la digestibilidad del alimento en sí. Si lo guisaba tu madre, es ligero, independientemente de si es calabacín hervido o pasta con mantequilla, nata líquida y parmesano, plato este último que, en mi opinión, también puede considerarse ligero porque todos los ingredientes son más o menos blancos, color que simboliza ligereza, como el pollo y la ternera.

Todo lo que no te guste es pesado. También es pesado aquello que hayas comido antes de pillar un resfriado. Hay que añadir que los resfriados siempre son efecto de *un colpo di aria*, ya que la teoría de los gérmenes no tiene mucho peso en el sistema de creencias italiano, uno de

cuyos efectos es el de convertir en pesado cualquier alimento ingerido durante las seis horas que precedieron a los primeros síntomas.

La pasta puede ser pesada o ligera según la salsa con la que se sirva. Uno diría que la salsa de coliflor es ligera (por ser blanca), pero la coliflor es de la familia de la col, lo que la hace pesada. El tomate, por ser ácido, es pesado, a no ser que se deje cocer mucho rato, cosa que lo convierte en ligero. O a no ser que a tu madre no le gustara, en cuyo caso quedará condenado a perpetuidad a ser un alimento pesado.

Las cebollas, al igual que las naranjas, varían según la hora en que se coman, y tienden a hacerse más pesadas a medida que avanza el día. Los fritos son pesados siempre, a menos que se frían en un aceite ligero, ligereza que es proporcional a la pureza que se atribuya al tal aceite.

Después de releer esto, me doy cuenta de que sigo sin encontrarle el sentido y que parece fruto de una mente enturbiada. Será que he pillado un resfriado. O que he comido algo pesado.

NUEVOS VECINOS

Hace unos meses, en virtud de uno de los muchos efectos secundarios de los desastres ocurridos en mi vivienda, que me amargaron la vida durante dos años, me mudé a un apartamento de alquiler situado no muy lejos de donde había vivido durante quince años. La casa nueva es más grande, más clara y más alta; en realidad, es una delicia y tiene vistas a los campanarios de San Marcos y de Santi Apostoli.

Por la misma ventana desde la que puedo contemplar el campanario de San Marcos veo también el patio del *palazzo* Boldù. Es éste un edificio tan famoso que, para explicar a los venecianos dónde vivo, no tengo más que decir que mi casa está cerca del *palazzo* Boldù, y ellos me sitúan con toda exactitud en el plano de la ciudad que todos sus residentes llevamos en la cabeza.

Y es que, ¿saben ustedes?, el *palazzo* Boldù es el psiquiátrico, el lugar al que los enfermos mentales de la ciudad vienen a diario en busca del medicamento, la terapia o el consejo que les permita pasar el día. El manicomio propiamente dicho, situado en la isla de San Clemente, fue cerrado hace años en virtud de una ley orientada a ayudar a estos enfermos a reinsertarse en la comunidad, reincorporándolos en el tejido social.

No sé si el plan funciona o no. No tengo ni idea de si estos infelices están mejor o peor ahora que antes de que se cerraran los manicomios. Lo único que sé es lo que observo desde la ventana de mi estudio y lo que oigo por las ventanas de todas las habitaciones del apartamento.

Las puertas del *palazzo* se abren para los pacientes a las ocho de la mañana, si bien el personal puede acceder al edificio, antes de esa hora, por el portalón de madera que separa el patio del pequeño *campiello* de Santa Maria Nova. Los enfermos más impacientes empiezan a llegar a eso de las cinco, por lo menos, en primavera y verano, y cada mañana me despiertan sus conversaciones, sus cantos y sus disparatadas diatribas. Por apasionadas o por comedidas que sean las palabras que llegan hasta mí, por mucho enojo que revelen, siempre parecen compuestas para ejecutar un solo, ya que, mientras se hallan fuera de las paredes del *palazzo* Boldù, estas personas rara vez se hablan unas a otras.

No sé quiénes son los enfermos ni qué los ha traído al centro. Aquí las habladurías abundan tanto como en un pueblo, y estoy segura de que no me costaría mucho enterarme de la vida y milagros de cada uno de ellos, pero el pudor me impide preguntar incluso a los vecinos que hace años que viven aquí. Está la mujer de cabello negro a la que hace treinta años que veo pasearse arriba y abajo de Strada Nuova; por extraño que parezca, ella ha envejecido y yo no, por supuesto. Está la mujer que se balancea de un lado al otro con regularidad de metrónomo, a la que no hay que confundir con la que camina con pasitos de robot. Y está Laura, rubia, robusta, de unos cuarenta años. Se pasa todo el día sentada en el patio fumando sin parar, y nunca la he visto hablar con nadie.

Un día de la semana pasada, oí voces y me asomé a la ventana para mirar al patio. Dos hombres y una mujer se habían sentado a la mesa de Laura, que tenía delante un pequeño animal de peluche demasiado pequeño como para que yo pudiera distinguir, a aquella distancia, la especie a la que pertenecía.

—*Oh, Laura, che bella.*

—*Laura, fammi vedere, che bella.*

Durante varios minutos, Laura permanecía callada y quieta ante aquella ruidosa y sincera admiración, luego tomó el peluche y fue pasándolo de mano en mano mientras ellos lo alababan y decían lo afortunada que era de tenerlo. Tocaban el muñeco con mucho cuidado y con no menos consideración la trataban a ella. No hubieran podido mostrarse más respetuosos con una reliquia o con un recién nacido.

Al fin, Laura volvió a dejar el juguete encima de la mesa, frente a sí. Ofreció un cigarrillo a uno de los hombres. Él lo aceptó, ella se lo encendió, y yo me aparté de la ventana para no echarme a llorar.

LA CASA DEL INFIERNO

Fue un flechazo y, no por primera vez, eso sería mi ruina. Hacía dos años que buscaba casa, la perfecta casa de Venecia. Yo no sabía qué clase de casa quería; sólo que tenía que ser un piso alto, con magníficas vistas. Anduve buscando y buscando, pero cuanto más buscaba menos encontraba. Los agentes de la propiedad me enseñaban *plazzi, piani nobili, apartmenti*, pero nada de lo que veía me satisfacía lo más mínimo.

Hasta que Mirto, el de la tienda de comestibles de la esquina, me dijo que el *palazzo* situado un poco más arriba de la calle, el que tenía un jardín, estaba en venta de particular a particular. Tres llamadas telefónicas después, me había puesto en contacto con la propietaria, que accedió a enseñármelo.

Como tantas otras personas a las que les ocurren desastres, yo fui cómplice de mi propio infortunio. Fui al *palazzo*, crucé el jardín lleno de maleza, subí por la escalera, que olía un poco a orín de gato, pasando por delante de las pequeñas grietas de la pared y entré en el apartamento. Lo que vi no me impresionó mucho, hasta que la dueña fue hacia las ventanas de delante y, con indiferencia, abrió las persianas. Entonces me pareció que toda Venecia me hacía una reverencia. Un poco hacia la derecha estaba la fachada de Santi Giovanni e Paolo, al frente, a lo lejos, el campanario de San Francesco della Vigna, especie de San Marcos en miniatura y, a la izquierda, tejados y más tejados, que el sol de la tarde pintaba de un castaño encendido. Desde otras ventanas vi el campanario de la misma San Marcos y, a mis pies, un canal terso y verde, un jardín, más tejados... Mirando las vistas, no miraba las paredes, y sólo veía lo que quería ver. Así pues, en mayo de 1996, compré el apartamento. ¿Llamar a un técnico para que examinara la casa? ¿Traer a un arquitecto? ¿Están locos? Vinieron dos amigos, miraron la casa, dijeron que la vista era espléndida y yo cerré el trato. El apartamento era mío.

Dos semanas después, hice venir a un aparejador para que echara un vistazo a la casa y exponerle las reformas que deseaba hacer: cambiar dos cuartos de baño, instalar una cocina, quizá pulir un poco el parqué. Él contempló las vistas, muy complacido, pero, como es un profesional, también examinó las paredes, y lo que vio le gustó menos. Al dar media vuelta después de haberse asomado a la ventana para mirar la pared de debajo, dijo, con una metáfora que, naturalmente, sólo podía ser italiana:

—*Non mi piace quel'spanciamento di muro.* (No me gusta esa panza de la pared.)

Yo, inocente, pregunté:

—¿Cómo, panza?

Él me lo explicó y luego me lo enseñó.

Allí estaba mi ruina, aunque en aquel momento yo aún lo ignoraba. Él me aseguró que no sería difícil convencer a los otros vecinos para reforzar la estructura del edificio, de manera que nada me impedía empezar entre tanto mis propias obras. Así pues, avisé a los albañiles para que arrancaran el yeso del techo de siete habitaciones, porque quería dejar al descubierto las vigas del

siglo XVII, de trece metros de largo todas ellas, hermosas y en perfecto estado de conservación. Luego entraron los pintores que lijaron no sólo las vigas sino también el artesanado, asimismo muy bien conservado, tarea que tuvo ocupados a tres hombres durante todo un mes.

Los otros propietarios, contrariamente a lo que suponía el aparejador, no accedieron a que se reforzara la estructura del edificio que, según ellos, no precisaba tal refuerzo. Exigían pruebas, y tuve que llamar a un arquitecto para que dictaminara sobre la índole y el alcance de las deficiencias. Su examen puso de manifiesto que una restauración efectuada por los dos anteriores propietarios había añadido tanto peso a la estructura (¿quién dio el permiso y quién inspeccionó las obras?) que el edificio se desviaba de la vertical, con lo que las paredes se habían debilitado de tal modo que, según se hacía constar en el informe, la casa estaba «*in periculo*».

Muy sencillo, pensé: no tenía más que explicar a los otros cinco propietarios que el edificio estaba en peligro, y ellos, obedeciendo a los dictados del sentido común, unirían esfuerzos para reparar el edificio lo antes posible. ¿Cómo podía yo, después de llevar más de veinte años en esta ciudad, confiar en el sentido común de los venecianos?

Dicho brevemente (porque contarlos pormenorizadamente abriría viejas heridas), pasamos año y medio discutiendo sobre si el edificio estaba en peligro o no, lo que exigió contratar los servicios de otro arquitecto que confirmó el dictamen del primero. Uno podría imaginar que esto daría lugar a la aceptación unánime de las conclusiones: por el contrario, sólo dio lugar a la propuesta de que se pidiera la opinión de un tercer arquitecto.

Entretanto, los pintores acabaron de lijar las vigas y, tres días antes de que terminaran el trabajo, los dos estudiantes de arquitectura que habían alquilado el estudio de la buhardilla (invisible desde la calle, vacío cuando adquirí el apartamento y cuya existencia yo ignoraba) se instalaron en él, y cada uno de sus pasos, de sus *compact discs* de música tecno y hasta cada una de sus palabras empezaron a resonar en mi vivienda. Llovió, y las goteras de la terraza, construida ilegalmente durante unas reformas, me inundaron la casa. Volvió a llover, y esta vez el agua me entraba desde un canalón del tejado que estaba obstruido. Luego se reventó una tubería de la ducha de la buhardilla de los estudiantes, y sufrí otra inundación. Era como tener *acqua alta* en un tercer piso.

¿Olvido algo? ¿El dálmata del propietario del primero que me alfombraba el jardín con sus excrementos? ¿El gato del inquilino del segundo que utilizaba la escalera para los mismos fines? ¿El murete del jardín que había empezado a caer sobre la calle? ¿La caldera a la que no le daba la gana de apagarse de noche, por lo que la factura de calefacción de un año fue de diecisiete millones de liras, de los que me correspondió el 28 por ciento, a pesar de que aún no vivía allí?

Durante más de un año, sufrí por esa casa, yendo de la oficina municipal al arquitecto, de la reunión de vecinos al aparejador, tratando de conseguir que los otros propietarios aceptaran el hecho, declarado y evidente, de que el edificio estaba en peligro. Yo no pensaba más que en la casa ni hablaba de otra cosa, y en función de la casa, planeaba mis vacaciones y mis viajes. Hasta que una madrugada, a las cuatro, me despertó el sonido de un motor potente, como si hubieran dejado un camión con el motor en marcha en mi sala de estar. Fui a la sala de estar. No había ningún camión, pero en mis oídos seguía zumbando el motor. Estrés.

Aquella mañana, llamé a una agente de la propiedad y le pedí que vendiera el apartamento. No; no había pensado en cifra alguna: lo que pudiera conseguir. Hacía más de un año que lo había pagado, y me negaba a seguir pagando. Al cabo de una semana, la agente me llamó para decirme

que había encontrado a una víctima, quiero decir, a un comprador. Nos entrevistamos y, por orden cronológico y sin echarme a llorar ni una sola vez, le expuse todos los inconvenientes del edificio. No; no porque yo sea una persona especialmente honrada sino porque no quería dejar ni un resquicio por el que él pudiera anular la venta. A pesar de todo, siguió decidido a comprar.

Dentro de un mes firmamos la escritura. Ahora vivo en un apartamento de alquiler y he dejado de leer los anuncios de casas en venta. Duermo bien. Ya no tengo ruidos. Muy pronto tampoco tendré ese apartamento.

UNA VECINA

A veces, me preguntan si en algún libro he vertido experiencias de la vida diaria. Hasta hace un año, la respuesta era que esto ocurría esporádicamente y de forma banal: la madre de una amiga entraba y salía en una escena, el perro de un conocido hacía una aparición fugaz, Brunetti compraba *parmigiano* en La Baita o flores en Biancat. Pero todos los esfuerzos por aprovechar mi vida fracasaban y lo único que conseguía era mordisquear las migajas de mi experiencia personal.

Hasta que... Hasta que, hará unos cuatro años, a las tres y media de la madrugada, fui catapultada desde la cama de un apartamento recién alquilado, por el estrépito de una vertiginosa persecución en automóvil, acompañada de tableteo de metrallas y chirriar de neumáticos en el asfalto. En Venecia. A las tres y media de la madrugada.

Aturdida por el sueño, me levanté, me asomé a la ventana y vi la fuente de la plaza, las ventanas góticas del edificio de la izquierda y la primera luna llena de mayo; todo era quietud y placidez al claro de luna. Pero los coches seguían derrapando por las esquinas, los frenos aullaban, los disparos percutían y al fin sonó un estallido fenomenal. Mis maltratados sentidos hicieron causa común y asociaron luz y sonido, y yo descubrí que los coches, las metrallas y la luz que parpadeaba venían de la ventana del dormitorio de mi vecina de enfrente, una anciana de cabello blanco y enormes proporciones a la que había visto fugazmente por la ventana durante los dos días que yo llevaba viviendo en el apartamento.

Unos gritos agónicos empezaron a surgir del destrozado coche —es un suponer— y una voz masculina, que hablaba con la impostación propia de las películas dobladas al italiano, preguntó:

—¿Cómo podría alguien sobrevivir?

Eso mismo me pregunté yo. Me trasladé a la habitación de invitados, al otro lado del pasillo, y sobreviví.

A la mañana siguiente, crucé el *campo*, encontré el nombre de la mujer junto al timbre de la puerta que debía de corresponder a aquellas ventanas, volví a mi casa y la llamé por teléfono. Ahora las ventanas estaban cerradas, pero a través de los cristales la vi ladear el cuerpo para contestar al teléfono, con ese movimiento con que una morsa se desplaza por la playa siguiendo al sol. Contestó una estentórea voz de hombre, lo que me desconcertó, hasta que comprendí que, con las ventanas cerradas, yo no había oído la televisión. Con exquisita cortesía, traté de explicar el motivo de mi llamada, pero ella me dijo que con tanto ruido no podía oírme, y colgó.

Menos doloroso que hacer, paso a paso, el relato de la subsiguiente escalada en el conflicto, será elegir al azar algunos de los incidentes que han quedado grabados en mi memoria con mayor claridad. Como la petición que hice a un amigo de que llamara por teléfono a mi vecina y, en dialecto veneciano, le pidiera que bajara el volumen porque su bebé no podía dormir. Cuando este intento fracasó, mi amigo se convirtió en un estudiante que preparaba exámenes y, después, en un hombre cuya esposa padecía una enfermedad terminal. Pero el ruido continuaba.

Probé a llamar al timbre. Ello exigía ponerse un impermeable encima del pijama, generalmente, a eso de las cuatro de la mañana, bajar 61 escalones, cruzar el *campo* y mantener el dedo en el pulsador hasta que ella bajaba el volumen. Una noche, desesperada, recordé un truco de mi infancia, me serví de un fósforo de madera para sujetar el pulsador y me fui. Pero sólo conseguí que el timbre se averiase y que, a partir de entonces, la mujer fuera accesible únicamente por teléfono.

Al tercer año, recurrí a las fuerzas del orden: la asistencia social, la policía, los *carabinieri* y los bomberos. Al poco tiempo, me había enterado de que mi vecina había estado en tratamiento psiquiátrico pero lo había dejado, que su familia no quería tratos con ella y que la policía no podía hacer nada.

—Es una anciana, *signora*, tenga paciencia. Si supiera la cantidad de casos como ése que tenemos en Venecia...

Si presentaba una denuncia en regla, quizá, durante el año próximo, los técnicos de sonido pasaran a medir los decibelios, pero los técnicos no trabajaban de noche.

Al cabo de un tiempo, todos los *carabinieri* me conocían, reconocían mi voz cuando les llamaba a las dos, las tres o las cuatro de la madrugada y, a veces, enviaban a una patrulla que llegaba, tocaba el timbre, gritaba en dirección a las ventanas y se retiraba, derrotada. Al fin llamé a los bomberos, que me dijeron que sólo actuaban en casos de emergencia, y un televisor que brama en la noche durante cinco horas no es una emergencia.

—¿Qué podría ser una emergencia? —pregunté.

—Que se caiga y se lesione.

Que se caiga y se lesione. Que se caiga y se lesione. Que se caiga y se lesione. Tres noches después, desde la ventana de mi dormitorio, yo la veía profundamente dormida en su cama, mientras los dos televisores —porque en la sala tenía otro— atronaban el aire con programas diferentes. Llamé a los bomberos para decir que no veía a mi vecina en su cama y que temía que se hubiera caído y lesionado, porque el televisor aún funcionaba.

Veinte minutos después, aparecían en el *campo*, tres pisos por debajo de mí, seis bomberos. Uno tocó el timbre. Yo, si mal no recuerdo, estaba tomando una tila, mientras los veía moverse allá abajo como una colección de hormigas uniformadas. En vista de que el timbre de la anciana no sonaba, empezaron a gritar su nombre en dirección a su ventana. Uno de ellos miró hacia la mía, que estaba a oscuras, pero yo no me moví más que para tomar un sorbo de la infusión.

Los seis bomberos desaparecieron y volvieron al cabo de unos minutos transportando tres largas escaleras. Cuidadosamente, con la pericia que da la experiencia, las unieron, las izaron —no sin bailar un poco de un lado al otro bajo su peso— y la apoyaron en la pared con un golpe seco. Uno de ellos, protegido con el equipo completo, incluidas las pesadas botas, empezó a subir. Antes de que llegara a la altura del dormitorio de la mujer, desde donde podría verme, yo me retiré a la sala. El bombero llegó a lo alto de la escalera, entró en la cocina y se dirigió hacia la puerta del dormitorio gritando:

—*Signora, signora*, ¿se encuentra bien? —Y desapareció.

—¡Ayyyyyyyy!

Imaginen todos los gritos que hayan oído en su vida, en las películas de terror, cuando la chica es devorada por el dinosaurio o aplastada por la pata del lagarto gigante. Ahora multiplíquenlo por dos. Ése es el dulce son que desgarró el silencio de la noche. A continuación, alguien apagó el

televisor del dormitorio y luego el de la sala, y yo me volví a la cama, desentendiéndome de la escena que se desarrollaba en la casa de enfrente.

El tiempo pasa y nada cambia. Ahora paso la mayor parte del verano fuera de Venecia, pero tengo programado en mi móvil el número de mi vecina y el de los bomberos, lo cual me garantiza, si no una noche de descanso completa, por lo menos, una parte.

Ah, pero hablando de libros. El que se publicará dentro de poco se titula *Pruebas falsas* y empieza con la visita semanal de un médico a una de sus pacientes ancianas. Las primeras palabras son: «Era una vieja foca, y la tenía atravesada.» El médico abre la puerta del piso y oye el sonido familiar de la televisión a todo volumen. Se dirige a la sala, disponiéndose a oír las quejas de la mujer y extender la habitual receta del somnífero.

Al entrar en la sala, el hombre oye, además de las voces de la televisión, el zumbido de los moscardones que rondan la cabeza de su paciente. Porque la mujer está tendida en el suelo, muerta, en un charco de sangre coagulada, con la cabeza destrozada, abierta como un melón, y la cara salpicada de grumos de masa encefálica.

El tiempo pasa. Nada cambia. La vecina sigue allí y la televisión nunca duerme. Ni yo tampoco.

DA GIORGIO

Hace unos meses, yo esperaba al fontanero, que me había dicho que vendría a las tres. Las tres. Las cuatro. Las cinco. Al fin, poco antes de las seis, llegó el hombre, pidiendo disculpas y dando explicaciones: estaba liado con una obra que cuanto más trabajaba más se alargaba. Como a los fontaneros venecianos hay que tratarlos con respeto, le dije que no tenía importancia y, por cortesía, le pregunté cuál era la obra que le había hecho retrasarse.

—Giorgio hace reformas en el cuarto de baño —dijo.

El fontanero vive cerca de mi casa y los dos compramos la fruta y la verdura al *signor* Giorgio. Puesto que la obra estaba en el vecindario, el retraso podía disculparse con espíritu de buena vecindad.

Siempre curiosa por lo que pasa en el barrio, le pregunté:

—¿Qué reformas hace Giorgio en el baño?

—Pone sanitarios nuevos y mármol negro en las paredes.

—¿Mármol negro?

—Sí.

—¿Giorgio?!

—Sí.

—*Giorgio il frutivendolo?*

—Oh, no, el otro Giorgio. Ése tan elegante, de Roma, que ha comprado el *palazzo* de la esquina, Giorgio, ¿cómo se llama? ¿Olmini? ¿Olmoni?

No era posible.

—¿Giorgio Armani? —pregunté con voz dubitativa.

—Sí, ése. Armani se llama. ¿Es amigo suyo? ¿Lo conoce?

No, no lo conozco, pero me gustaría conocerlo, porque me encantaría contarle el caso.

SOBRE LOS POBRES

En la imaginación popular, el nombre de Venecia evoca imágenes y recuerdos históricos: piedras preciosas, *palazzi*, nobles ricamente ataviados en los bailes del carnaval. O sugiere visiones de exóticas especias, magníficas pinturas, terciopelos, opulencia en todas sus formas. Pero también se asocia a la enfermedad, la pestilencia y la muerte. Ahora bien, la imagen que rara vez se perfila cuando se invoca el nombre mágico de Venecia es la de la pobreza, a pesar de que ésta no puede faltar en medio de los *palazzi* y las nobles mansiones de *La Serenissima*. Está la pobreza forzosa de los ancianos que tienen que vivir de las raquílicas pensiones del Estado y está la pobreza voluntaria de los ricos que caen en el estúpido vicio de la avaricia: una y otra tienen en común la particularidad de permanecer invisibles detrás de los umbrales de las casas y los umbrales de la vergüenza.

La única forma de pobreza que se exhibe públicamente, tanto a residentes como a turistas, es la que muestran los mendigos de la ciudad, aunque su condición de pública no garantiza que sea auténtica. Hay mendigos que, desde hace años, sirven de punto de referencia en distintos lugares de la ciudad, si bien, como está sucediendo últimamente en tantos sectores de la economía, la mano de obra extranjera está desplazando a la autóctona.

Primero, los de casa. En Ponte Sant'Antonio, a unos cientos de metros de Rialto, suele situarse un hombre canoso de unos sesenta años que, sentado en el suelo, sostiene en el regazo, como si fuera un cachorrillo, el muñón de un brazo amputado, mientras mantiene su única mano levantada sobre la cabeza, implorando la limosna del transeúnte. Trabaja en régimen de temporero, puesto que sólo aparece cuando hace frío, siempre sin chaqueta, seguramente para adornar la estampa con temblores y aumentar el efecto.

Se rumorea que este hombre vive en Burano y que allí posee muchas casas. En Navidad, mi amigo Roberto le dio cinco mil liras, no para aliviar su necesidad sino para recompensar su falta de orgullo al montar semejante número.

Está también la mujer de pelo negro que, según dice la gente, era maestra y hace veinte años sufrió un desengaño amoroso y desde entonces se pasea arriba y abajo de la Strada Nuova con la cabeza gacha por la desesperación y los pies lastrados por los medicamentos que los médicos de la sanidad pública consideren oportuno recetarle. Durante estas dos décadas, la he visto envejecer y, cerrando los ojos al mismo proceso sufrido por mi persona, he observado cómo las ojeras se le acentuaban, y cómo el pelo le iba creciendo hasta que, un día, volvía a estar corto, porque alguien, o ella misma, se lo había cortado, seguramente, con un cuchillo.

A veces, te para y te pide mil liras o un cigarrillo. Yo, como no fumo, siempre le doy el billete, y se lo pongo en la mano, le sonrío y trato de mirarla a los ojos. Un día salí de casa sin el bolso y no llevaba más que quinientas liras en el bolsillo, pero ella las rechazó.

—*Mi servono mille lire* —insistió, apenada al verse defraudada. No enojada. Apénada. Yo hubiera preferido que se enfadara.

Otro de los ambulantes es el chico de figura ovoide, vestido con mono, que suele llevar la cara pintarrajeada y el pelo teñido rabiosamente. Según la mitología local, hace años era un joven brillante que se fue a Oriente y regresó en este estado lastimoso, después de sacrificar el cerebro a los dioses de la droga en la India. Ya no pide dinero y, desde hace un par de años, parece más tranquilo. A veces, lo ves echado en un portal, sonriendo a los transeúntes, tan inofensivo como un gato.

Aún conservo en la memoria la imagen de mi favorita, la mujer de pelo blanco que durante años se ponía al pie del Ponte delle Erbe, cerca de la Casa di Cura del Ospedale de Santi Giovanni e Paolo, donde, al parecer, vivía. Siempre en zapatillas y bata, como si acabara de levantarse de la cama, iba siguiendo al sol durante todo el día por la orilla del canal en dirección a *campo* Santa Marina, siempre con la mano extendida. Cada seis meses, aproximadamente, desaparecía durante un día y luego volvía a su puesto, con la permanente recién hecha. Hace años que no se la ve, pero la gente aún la recuerda y habla de ella con afecto.

Los nuevos carecen de carisma, imaginación e intuición. La mayoría son gitanos y casi todos parecen de una misma tribu o familia, porque todos los días, poco después de las nueve, los ves subir en grupo por la Strada Nuova, procedentes de la estación del ferrocarril, puntuales como obreros alemanes. En *campo* Sant'Angelo se separan y cada cual se dirige a su puesto de trabajo hasta mediodía, cuando se reúnen en *campo* Santa Maria Nova para el *picnic* del almuerzo.

Lo que más me llama la atención es su perfecta organización: todos exhiben los mismos letreros, escritos a mano la mayoría, pero también los hay hechos con ordenador e impresos en grandes caracteres, todos ellos con los mismos errores gramaticales deliberados. «*Ho tre bambino*», «*Sono profogo del Bosnia*». Y, siempre, con el mismo estribillo, el equivalente de la reiteración incremental a la que tan aficionado era el poeta Beowulf: «*Ho fame*.» Sería difícil introducir una falta de ortografía en esta frase. Aunque hace bastantes años que los veo por aquí, no se han convertido en refugiados de Bosnia hasta hace relativamente poco tiempo. A pesar de que supone que deberían ser musulmanes perseguidos por su fe, en el fondo del sombrero o del platillo todos ponen la estampita coloreada de una virgen.

Hace varios meses, se produjo un cambio de táctica general, sorprendente en Italia, el país del que se dice que adora a la infancia. En el período de una semana, todos los niños, los acarreados sobre el hombro, los acunados en brazos y los que andaban agarrados a la falda de la madre, desaparecieron. Y fueron sustituidos por cachorros de perro.

¿Y qué hacen los italianos? Los italianos dan limosna, echan en los platillos o en los sombreros unos cientos de liras, a veces mil, a veces más. Las madres dan dinero a sus hijos para que se lo den al pobre. No sé si los cachorros serán más rentables que los niños. Por el bien de Italia, por el bien de todos nosotros, espero que no.

SOBRE LA MÚSICA

UNA NOCHE DE PERROS EN LA ÓPERA

El mes pasado, un amigo me convenció para que abandonara el sólido baluarte estético de la ópera barroca y lo acompañara a la Ópera de Zurich, donde se representaba *I Puritani* de Bellini. Si bien se mira, argüía mi amigo, Bellini no queda tan lejos del barroco; me haría bien variar, me encantaría la obra. Yo, carne débil al fin y al cabo, accedí; pero, durante las más de tres horas que duró la representación, no vi nada que pudiera inducirme a abandonar mi preferencia por la música barroca.

Una posterior, y ecuánime, reflexión sobre el cúmulo de horrores de aquella velada me llevó a formular una serie de advertencias que conviene tomar en consideración cuando uno va a la ópera. Aunque elaboradas como reacción frente a una representación concreta, creo que pueden servir para todas las funciones, y las ofrezco con mi mejor voluntad y mi más generoso ánimo por el bien de la estética, esperando que el aficionado a la ópera que se encuentre en un teatro en el que se quebrante alguna de estas reglas tenga el valor suficiente para levantarse de la localidad y escapar lanzando aullidos en la noche.

1. Desconfiar de las camas. Si, en cualquier momento de la representación, aparece en el escenario una cama fuera de un dormitorio, probablemente se trate de un SÍMBOLO. Los directores suelen servirse de SÍMBOLOS en lugar de ideas. No son lo mismo. La cama de *I Puritani* venía envuelta para regalo con un lazo rojo (otro SÍMBOLO).

2. Los personajes no deben vestir como dibujos de Walt Disney. En este caso, la reina de Inglaterra llevaba un vestido que se parecía de un modo increíble al de la madrastra de Cenicienta, incluido el cuello alto, que le sostenía la nuca cual collarín ortopédico, como si hubiera sido alcanzada por el látigo al tratar de detener la carroza de su hijastra.

3. El pelo del tenor nunca debe ser más largo que el de la soprano, y menos aún si es de un repelente color caoba.

4. Los animales deben mantenerse fuera del escenario. En esta representación, cuando el héroe aparece en escena, con pinta de Príncipe Azul (véase regla 2), lleva en la muñeca una cosa con plumas que, imagino, debía representar un azor u otra rapaz. Con cronométrica regularidad, el plumífero agitaba las alas, las dos a la vez, como movidas por un resorte o como el que trata de acelerar que se le seque el desodorante, y luego miraba a derecha e izquierda, tratando de descubrir algo digno de ver en aquel escenario, en una búsqueda tan infructuosa como la mía.

5. El coro nunca debe deambular por el escenario siguiendo un círculo. Ni siquiera la circunstancia de que el círculo esté fabricado con hierba de un campo de golf imprime SIGNIFICADO a este comportamiento.

6. Disuadir a los miembros de la compañía de que se pongan en la cabeza guantes de cocina. Un personaje de la obra llevaba en su rasurado cráneo algo que, visto sin los gemelos, me pareció ni más ni menos que eso. Quizá quería ser una peluca; pero las pelucas suelen ser más grandes que

un *compact disc*, por lo que he de creer que era un guante de cocina, feo, marrón y grasiento por más señas. Las pelucas de los otros personajes, aunque lamentables, por lo menos tenían el tamaño de una peluca.

7. La soprano no debería lanzar miradas de horror a diestro y siniestro durante la representación, como si deseara desesperadamente haber hecho caso a su agente cuando le sugirió que, en lugar de firmar ese contrato, aceptara el de cantar *La viuda alegre* en Graz.

DE LA BELLEZA Y LA LIBERTAD EN LA ÓPERA

Se puede decir, aunque me temo que suene a tópico, que muchos argumentos de ópera giran en torno al anhelo de libertad. Piensen, si no, en los argumentos de las más aclamadas: Aida quiere librarse de las cadenas de la esclavitud y de todas las fuerzas que le impiden amar a Radamés; Tosca quiere verse libre de las amenazas de Scarpia y ser libre para cantar; Rodelinda, reina de los longobardos, quiere verse libre del importuno Grimoaldo; Don Carlo y Florestán quieren libertad política; hasta Fígaro expresa esa subversiva idea. La lista sigue, y la mayoría de los aficionados podrían dar una docena de nombres. No importa lo larga que sea la lista, el anhelo de libertad siempre sería evidente.

Lo que me parece más interesante es la libertad que la ópera y todo el arte en general concede al artista y al público. Nosotros no hablamos en pentámetros yámbicos; en realidad, la métrica impone en el lenguaje una disciplina que éste no admite normalmente. Pero su fluidez y su cadencia, por lo menos en la pluma de los grandes poetas en inglés, libera al lenguaje del peso y la inercia de la llana prosa, lanzándolo al aire para que levante el vuelo en compañía de las imágenes por él creadas.

Tampoco la gente rompe a cantar espontáneamente, ni aun en los momentos de mayor exaltación; pero la ópera le permite hacerlo, prestando una voz más sublime a la expresión del amor, la pasión o la rabia.

Por lo que se refiere al público, pocos son los lectores que se ponen en pie durante la lectura y, menos aún, los visitantes de un museo o una sala de exposiciones que rompen el silencio prorrumpiendo en gritos de alborozo o de indignación delante de un cuadro. Pero la ópera no sólo permite estas demostraciones exageradas sino que las fomenta. Sea porque el apasionado espectador da rienda suelta a sus sentimientos, sea porque se siente amparado por la oscuridad de la sala, sea porque la compañía de sus correligionarios realimenta su fervor, lo cierto es que la ópera parece inducir a los que caen bajo su influjo a comportarse de una manera que, en la vida normal, ellos mismos considerarían ridícula y embarazosa. La ópera nos hace gritar, nos hace aplaudir o dar patadas en el suelo al unísono como si perteneciéramos a una tribu de la selva que sólo fuera capaz de expresar satisfacción por medio de percusiones rítmicas. También nos permite gritar, abuchear, silbar y chillar en respuesta al sonido que emite un intérprete, lo que nos reduce a la categoría de hinchas de fútbol en traje de etiqueta.

También nos autoriza a cometer excesos irresponsables. ¿Qué importa si un fin de semana en Salzburgo te cuesta más que un mes de alquiler? ¿Acaso Dios no estaba pensando en Cecilia Bartoli cuando creó la tarjeta de crédito? ¿En lugar de ir a ver a tu pobre y anciana madre en Navidad te vas a la ópera? (Pero es que tu pobre y anciana madre no canta Bertarido con Dorothea Roschmann el día de Navidad.) ¿Que te vas a San Francisco para ¡un día!? En resumen, este anhelo o esta pasión o esa indefensión —sea lo que sea— ante la belleza nos impulsa a perseguirla a toda costa.

¿Qué obtenemos a cambio de nuestros excesos? Unas notas trenzadas por unas docenas de músicos, un par de cantantes y un hombre que agita una varita. Unos trajes de época, tal vez una pluma de avestruz, un telón de fondo o dos, unas personas que andan por el escenario con más o menos garbo... Y me temo que eso es todo, o lo sería, sin la magia del arte. Si ésta se halla presente, sentimos ese arrebatado de alegría y emoción que es alcanzar la gloria. Obtenemos esos momentos, que quizá duren apenas unos latidos, en los que se alcanza la perfección, nos liberamos de la cochambre de nuestras vidas y captamos un atisbo de lo que Aristóteles, falto de palabras, llamó «conciencia celestial del ser».

El arte es un matón que puede noquearnos cuando se le antoje. Puede acechar en una poesía e inundarnos de júbilo por sorpresa, puede esconderse en el trazo de un dibujo, en la curva de la «R» de un manuscrito iluminado. O puede deslizarse de la sonrisa de Yago. Para algunos de nosotros su fuerza reside sobre todo en esos momentos perfectos en los que la voz, siempre la voz, se eleva justo hasta ahí, y ahí permanece, y con ello nos libera el espíritu.

LA SERVA FEDELE (BARTOLI)

En algún pasaje de uno de esos libros gordos que todos alaban y pocos terminan, Alexander Soljenitsin emite el categórico juicio de que los cantantes no son inteligentes. Ahí te equivocas, Alexis, porque la arrolladora impresión que causa Cecilia Bartoli es la de inteligencia, de una inteligencia musical refinada, concentrada y enfocada hacia un arte por el que siente absoluto respeto y del que es ornato principal. Resulta curioso, pero el novelista ruso no es la única persona que tiene esta opinión de los cantantes; cualquiera que haya frecuentado el mundo de la ópera durante algún tiempo la habrá oído infinidad de veces: el talento acaba en la garganta y no consigue llegar al cerebro. Y es curioso, pero éste es un rumor que ha circulado acerca de la Bartoli, el de que es una simpática *ragazza* de Roma que posee una voz soberbia, que en el escenario está fabulosa; pero que, en fin, no te hagas ilusiones ni esperes que te hable de algo que no sean los chicos, los coches rápidos y la buena mesa.

¿De dónde salen esos infundios? ¿Quién los lanza o, mejor, quién es el primer idiota que se los cree? ¿Los genera la envidia? Pero ¿quién puede envidiar a Cecilia Bartoli si no es una persona de igual talento? Y de éstas hay muy pocas. ¿O se trata, sencillamente, de una manifestación de ruin malevolencia de alguien que, sin respeto por la verdad, quiere descubrir un defecto a todo trance y no descansa hasta encontrar la prueba de una imperfección? Quizá esto explique las ocasionales críticas que se hacen a Bartoli de tener una voz «pequeña», lo que sería como criticar a Emily Dickinson por haber escrito poemas «cortos». Qué malicia, la critican por cosas triviales en lugar de lanzar un ataque frontal. Pero como es imposible encontrar defectos en su canto o en su sentido musical, vamos a meternos con su interés por los chicos, los coches y la comida.

Cinco minutos en compañía de la Bartoli bastan para desmentir el rumor y reducir a la categoría de absurdo la mera posibilidad de que sea frívola. Es joven y la pobre estaba un poco nerviosa ante esta desconocida que quería hacerle contar por enésima vez la verdadera historia de Cecilia Bartoli. Pero desde el momento en que la conversación giró hacia la música, le brillaron los ojos todavía más (aunque parecía imposible) y pasó de ser una joven sentada a una soleada mesa ante una taza de café a una autoridad musical de primer orden.

Hablamos, primero, de *Las bodas de Fígaro*, pero no de la Susana que había cantado en Zurich la temporada anterior, sino de la que cantó en el Met hacía años. Me contó que, tres años antes del montaje, ella y James Levine, el director, acordaron que sería interesante para el público, y rendiría justo homenaje a Mozart, ofrecer cuatro representaciones de la versión original de Viena y otras cuatro de la revisión que el maestro hizo tres años después, en la que un cambio de cantante lo obligó a modificar dos de las arias de Susana. De este modo, el público de Nueva York podría escuchar las distintas arias durante una representación en lugar de en un recital, formato al que han quedado consignadas.

Todo marchaba bien hasta que Joathan Miller, el director escénico, explotó ante la idea de que fueran a interpretarse las dos arias, o quizá ante la idea de tener que introducir variaciones en el montaje, según el aria. Me gustaría subrayar que la causa del conflicto eran DOS arias. En un principio, Miller se negó en redondo, pero fue obligado a acceder. Entonces acudió a la prensa de Nueva York y denunció al Met por tener la audacia de cambiar la música de Mozart.

Aquí Cecilia Bertoli se puso seria.

—Todos nosotros tenemos una gran responsabilidad para con Mozart y vivimos en una incertidumbre constante, preguntándonos siempre: ¿Es esto lo que quería Mozart? Tenemos la obligación de hacer lo que él quería, no lo que deseamos nosotros. Yo sólo soy *una serva fedele* de su música. El genio es todo suyo.

En el caso de *Las bodas de Figaro* del Met, en un principio Bartoli trató de razonar con el inglés. Y entonces me soltó:

—Me encontré en la absurda situación de tener que justificar la música de Mozart. —Se rió ante el absurdo y repitió—: La música de Mozart.

También Milton se sintió en la necesidad de justificar los designios de Dios ante los hombres. Pero Milton perseveró y ahora tenemos *El Paraíso perdido*. Bartoli y Levine perseveraron, y el público quedó encantado con las dos versiones. El revuelo suscitado por la conducta de Miller provocó que no quedara ni una sola localidad para las ocho funciones.

Hablando de revuelo en los medios y de versiones alternativas, fuimos a dar en los dos temas siguientes: el *Giulio Cesare* representado en Basilea y su supuesta biografía escrita por Manuela Hoelterhoff, antigua crítica de ópera del *Wall Street Journal*.

Una de las ventajas de la edad es que nos enseña humildad. Yo aventuré el comentario de que, en el último montaje de *Giulio Cesare* presentado en Basilea, el director había optado por incluir arias de otras óperas de Händel. Aquí he de confesar que mi intención, por lo menos en parte, era demostrarle que también yo tenía cierta información musical e insinué mi indignación ante esta profanación del texto sagrado.

—¿Por qué? —preguntó ella esbozando su devastadora sonrisa—. No es más que lo que hacía Händel, sacar arias de sus propias óperas o de las óperas de otros e introducirlas donde y cuando le convenía, según las voces de los cantantes con los que trabajaba.

Y se lanzó a hacer un resumen histórico de los usos operísticos en el siglo XVIII que no hubiera desmerecido al de un Winton Dean o cualquier otro estudioso en la materia. Se expresaba en un tono gratamente exento de pedantería, hablaba con autoridad y con apasionamiento de un tema que le era tan familiar como querido. El secreto, como muy bien sabe todo el que ha pasado por la universidad o por una escuela superior, está en la pasión: pocos son los profesores que la sienten y menos los que son capaces de transmitirla.

Yo escuchaba, con humildad, los ejemplos que ella daba, nombrando a cantantes, montajes y funciones, hasta que, al fin, me convenció: qué puñeta, si Händel creía que eso estaba bien, quiénes somos nosotros para venir con remilgos.

Me hablaba con encendido entusiasmo de lo que debían de ser aquellas representaciones bajo la dirección de Händel, en las que los cantantes tenían libertad para hacer variaciones o improvisar, y mientras la escuchaba, me planteé lo que sería oír a la Bartoli en una representación en que ésta gozara de esa libertad para cantar con esos adornos vocales.

Cuando las dos volvimos a descender a tierra, le pregunté por el libro de la Hoelterhoff, cuya lectura me había hecho sentirme como si necesitara lavarme. El libro, *Cindarella and Company*, pretende ser la crónica de varios años pasados con la Bartoli mientras ésta se preparaba para el estreno en el Met de la *Cenerentola* de Rossini y consigue dar la impresión de haber sido escrito en colaboración con ella. El producto viene a ser una mezcla de artículo de revista de peluquería sobre una artista de cabaret y guión de culebrón brasileño; calificarlo de barato y cutre es coronar de laureles a la autora.

En algún pasaje del libro se elogia a la Bartoli como cantante, pero ahí se acaba la mención a sus dotes vocales y a su trabajo. A Hoelterhoff parece interesarle mucho más calcular cuánto cobran los cantantes (que siempre parece demasiado) y lo que pesan (íd.). Esta preocupación por el dinero y los kilos me hizo recordar que la señora Hoelterhoff, a pesar del apellido, es norteamericana.

A la Bartoli la indignaba que Hoelterhoff pretendiera hacer pasar el libro como una obra sobre música o una valoración de ella como cantante cuando, en realidad, es muy poco lo que dice de música o de canto.

—Yo le hablé de Händel y de Haydn, y ella acabó escribiendo cotilleos.

Le pregunté si había pensado en presentar una querrela y sonrió.

—Eso habría sido caer en la trampa de la *signora* Hoelterhoff, ¿no cree? El libro se publicó durante las representaciones de *Las bodas*. ¿Qué mejor medio de darle publicidad gratis? Además, yo estaba preparando *Rinaldo* y no quería perder el tiempo con abogados.

Yo, por mi parte, lamentaba haber perdido el tiempo con el libro de Hoelterhoff. Con gesto pensativo, la Bartoli dijo, no sin cierta compasión:

—Ella ganó con el libro dinero suficiente para comprar *filetto*. Pero creo que es preferible comer pan y cebolla, y conservar la dignidad.

Quizá, al fin y al cabo, haya algo de verdad en los cotilleos: ¡Bartoli habla de comida!

El tema de la traición siguió presente cuando la conversación derivó hacia *Così fan tutte*, otra ópera en la que ella ha triunfado.

—Todos traicionan a todos. Las hermanas traicionan a sus amantes, los amantes traicionan a las hermanas. Don Alfonso, *un uomo veramente maligno*, los traiciona a todos. Y la pobre Despina, la única traidora involuntaria, traiciona a sus señoras y el remordimiento la atormentará durante el resto de su vida. Es trágico, todo ello es trágico. —Calló un momento y añadió—: Es extraño, ¿verdad?, que no se llore al final de *Così*. Al final de *Butterfly* lloras, pero luego te olvidas. Pero de *Così* no te olvidas.

Cuando le pregunté a qué creía ella que se debía eso, respondió:

—Es que la traición de *Butterfly* es puro melodrama: la ves, lloras y te olvidas, pero no tiene nada que ver con la vida. Mientras que *Così* es la traición de todos los días.

Como parecía obligado, hablando con una cantante de ópera, le pregunté su opinión sobre el fenómeno de los Tres Tenores.

—Es un espectáculo y, cuando la gente piensa o habla de ello, así debería considerarlo: un espectáculo que no tiene que ver nada con la ópera, con la interpretación operística ni con sus carreras como cantantes de ópera. Si Zuccherò da un concierto, es lo mismo: un espectáculo.

¿Y lo que cobran los cantantes de ese nivel? Ella sonrió y preguntó a su vez:

—¿Por qué la gente no pregunta eso de Madonna o de los futbolistas? —Otra pausa y dijo, en tono mucho más serio—: Pero imagine el privilegio del que yo disfruto: me pagan por hacer aquello que más me gusta, cantar. El resto, las entrevistas, las fotos, el trato con la gente, es lo que considero trabajo. —Cayendo en la cuenta y admirándose de ello después de más de una década, sonrió—: Todo lo demás es placer y satisfacción. Y cobro por hacerlo.

Dejamos el tema del dinero y, durante un momento, yo lamenté la desaparición de los *castrati* de la escena de la ópera. Ella me comentó algo que yo ignoraba, que Händel disponía de contratenores cuando escribía sus óperas, pero que componía buena parte de su música para la voz más augusta del castrado.

—Ah, lo que debía de ser eso —exclamó, con un suspiro.

Yo apunté que no me parecía tanto el sufrimiento siendo en aras del arte, pero Bartoli no estaba de acuerdo.

Se hacía tarde y ella tenía que estudiar un nuevo papel. Yo aproveché la ocasión para preguntar qué papeles tenía en perspectiva. La respuesta fue inmediata:

—Alcina, Agripina y, finalmente, Popea.

«Sosiégate, corazón.»

Cuando me despedía, comenté que, dada la juventud y el entusiasmo del público asistente a las interpretaciones de piezas barrocas, si pudieran emitirse acciones, yo invertiría todo lo que tengo en la música barroca y su popularización. Ella se rio de mi prosaica metáfora y dijo:

—Es que esta música no es sólo hermosa. También nos enseña muchas cosas. Al final de *Così*, don Alfonso canta:

*Fortunato l'uom che prende
ogni cosa pel buon verso
e tra casi e le vicende
da region guidar si fa.*

Tras esbozar una sonrisa añadió:

—Tomar de cada cosa lo mejor y dejarte guiar por la razón, siempre la razón. Eso es algo que todos deberíamos aprender. Y que podemos aprender.

Creo que la Bartoli ha podido.

DA CAPO (CALLAS)

Maria Callas es la cantante más interesante del siglo. No la mejor —sea lo que sea lo que esto quiere decir— ni la más popular, desde luego, sino la más interesante, sin duda. Gracias a sus dotes vocales, la Callas siempre conseguía sorprender, mantener al auditorio con el oído atento, en espera de esa frase, perfectamente modulada, que permanecería en el recuerdo durante años o —cada vez más, a medida que se acercaba al final de su carrera— de ese desgarrar de la voz que no presagiaba nada bueno.

Nunca la vi actuar. Conozco su voz sólo por grabaciones y por los recuerdos de amigos que la vieron. Todos hablan con admiración de lo que hacía en el escenario y todos dicen que las horas pasadas en el teatro con la Callas son hitos en su vida de oyentes y espectadores.

También desde el punto de vista sociológico es interesante Maria Callas, porque fue la primera cantante de ópera realmente popular entre el gran público. Antes que ella estuvo Caruso y, un siglo antes, María Malibrán, muerta a los veintiocho años. Pero la Callas fue la primera diva que llegó a las masas y, un día, esta cualidad suya me llevó a jugarme la vida para oírla cantar.

Recién salida de la universidad, yo trabajaba en Nueva York. En aquel entonces, sabía poco de ópera, aparte de que me gustaba cómo sonaba, me gustaban aquellas señoras gruesas que cantaban sobre el amor y la muerte y me encandilaba el melodrama barato de los argumentos, con toda aquella pasión, aquel furor y aquellas ansias de venganza. Y es que yo era joven.

En marzo de 1965, la Callas iba a hacer las que serían sus últimas representaciones en Nueva York, dos funciones de *Tosca*, un dramón intenso por el que hoy ni cruzaría la calle. La prensa le había dado mucho bombo: Callas, Callas, Callas, y yo deseaba ver actuar a aquella cantante a la que sólo había oído en disco. Las entradas estaban agotadas desde hacía meses, no se encontraba ni una a ningún precio. La histérica demanda de localidades se debía a la misma clase de bombo mediático que crearían los fenómenos Beatles y Elvis, sólo que no lo parecía porque esto era ópera. Pero era lo mismo.

La víspera de la función, tras fracasar en todos mis intentos por adquirir una entrada, me acerqué al edificio de oficinas del viejo Met, en Broadway, para explorar el terreno. Volví al día siguiente, al salir del trabajo, me escondí en una cabina del aseo de señoras y esperé a que se vaciara el edificio. Unos quince minutos antes de la representación, tomé el ascensor hasta el cuarto piso y me puse a gatear por una tabla de madera que, situada a cuatro pisos de altura —tiemblo al pensar en mi temeridad—, comunicaba una ventana del edificio con la parte alta del muro posterior del paraíso. No; no miré abajo.

Llegué a la puerta de atrás y llamé con los nudillos, con la esperanza de que alguien abriera y me dejara entrar a ver, de pie, a la Callas, Callas, Callas; pero entonces aparecieron dos guardas de seguridad que me echaron de allí. Por esta causa no llegué a ver a la Callas en persona.

Hoy en día, prolifera y se prodiga esta especie de la megacantante: hace el saque de honor en los partidos de fútbol, canta en el estadio de Wembley, da recitales con Freddy Mercury. Hay un buen puñado de ellas, y son tan populares como la sopa de ajo. Pero escuchen ustedes las grabaciones de la Callas, vean las pocas horas de película que se conservan de la actuación de esta cantante fenomenal en los escenarios, y notarán la diferencia. Las otra, las de hoy, son simples intérpretes. Ella era una cantante. Yo volvería a arriesgar la vida para verla, incluso para verla en *Tosca*. Pero hoy no lo haría inducida por el bombo mediático, sino por la convicción de que la Callas ha sido y sigue siendo la cantante más sublime del siglo. Descanse en paz su alma atormentada.

ANNE SOPHIE VON OTTER

La mezzosoprano Anne Sophie von Otter es un caso aparte, pero ella no trata de dar la imagen de la diva cuyo talento la distingue de los simples mortales. Ella tiene una reserva muy británica y eso que antes se llamaba dignidad. Por algo Cecilia Bartoli le atribuyó un talento «majestuoso». Bastan unos minutos de conversación para comprender que Anne Sophie von Otter aprendió la cortesía desde niña. Esa reserva de la que ella se precia, afloró durante nuestra entrevista en Viena, cuando dijo: «En el fondo, la gente me tiene miedo», y su amplia sonrisa envolvió en ironía la observación. Una parte de ese temor, qué duda cabe, lo despierta la austeridad de su aspecto: la típica Dama de las Nieves nórdica, alta, rubia, de mirada clara y penetrante. Pero la total falta de autosuficiencia y el humor y la gracia que amenizan su conversación pronto borran esa imagen.

Además, esa reserva es algo que ella, al igual que muchos cantantes, ha tenido que imponerse. Dijo que al principio de su carrera no había puesto una barrera entre su vida personal y su vida profesional, y ahora parecía lamentar cierta confusión que se había creado por haberse mostrado afable y amistosa con personas que, según pudo ver después, sólo se acercaban a ella atraídas por su talento o por su fama. Una debe comprender que, por muy amistosa y afable que se muestre la profesional, ha de pasar bastante tiempo al otro lado del muro que separa lo público de lo privado. Dijo que, a medida que progresaba su carrera, había tenido que dividir su vida en dos partes, y añadió que fue una sabia decisión y que la considera necesaria para todos los cantantes. Al igual que muchas sopranos y mezzos, ella ha tenido su cuota de admiradores «excesivos», dicho sea con benevolencia, aunque da la impresión de que ha sabido poner coto a esos excesos.

Mientras hablábamos me vinieron a la memoria unos versos de Andrew Marvell: *For at my back I always hear / Time's winged chariot hurrying near.* (A mis espaldas siempre oigo / el aleteo del carro del Tiempo que cada vez corre más.) Aunque parece poco probable que este poeta del siglo XVII pensara en los problemas de las sopranos y mezzosopranos del siglo XXI cuando escribió estas palabras, su significado atañe particularmente no sólo a las cantantes sino a la mayoría de las mujeres que trabajan en ese vasto mundo del llamado «espectáculo». Probablemente, a los amantes de la ópera o, mejor dicho, a los adictos de la ópera —porque en realidad eso somos algunos— les desagrada que utilice el término de «espectáculo» para describir esa cosa excelsa que hacen los músicos y que nos enloquece, pero sería una bobada creer que los poderes que mandan en el cine y el teatro iban a inclinarse respetuosamente ante la musa de la Música y eximir a las cantantes de las exigencias que imponen a las actrices. Un mundo de muñecas de usar y tirar, de actrices que sólo encuentran trabajo mientras son jóvenes, un mundo que ha popularizado la cirugía de la vanidad, no va a perdonar a las cantantes. Al contrario, para ellas las exigencias son más severas, porque no sólo deben conservar un aspecto juvenil, sino que, además, han de preservar la lozanía y el brillo de la voz que tanta belleza imprimen al canto femenino.

El tema salió a relucir más de una vez durante la conversación, porque Von Otter iba a cantar la parte de Sesto —soberbiamente por cierto—, el hijo de Cornelia, en el *Giulio Cesare* de Händel. «Ya tengo una edad en la que no parece natural que siga cantando, por lo menos, ciertos papeles —dijo con una sinceridad desconcertante—. Hay muchas cantantes más jóvenes, buenas cantantes, y con frecuencia yo soy la más vieja del reparto, como ocurre en *Giulio Cesare*.» A la pregunta de si esta exigencia de eterna juventud era más estricta para las mujeres que para los hombres, respondió, después de pensar un momento, que no, que siempre ha habido tantos tenores y barítonos como sopranos y mezzos entre los «desaparecidos». Pero no negó que los convencionalismos culturales hacen que el público acepte antes a un Rodolfo cincuentón que a una Mimí «de cierta edad». Las mezzos, que rara vez han de cantar la parte de la dulce y tierna criatura, suelen tener más longevidad escénica.

Las entrevistas son peligrosas por naturaleza: el sujeto debe resistir la simple y humana tentación de hablar francamente o responder a las preguntas por entero. Y también debe, ¡ay!, dominar el impulso de chismorrear. Los cantantes, salvo quizá en la intimidad del dormitorio o, incluso, únicamente en la ducha, casi nunca hablan mal de otros cantantes, por mucha astucia que emplee el entrevistador en inducirlos a ello. Antes yo pensaba que era por miedo a las represalias, por si acaso los azares del reparto reunían en un mismo escenario al críticón y al colega criticado. Pero, para que se diera el caso, sería necesario que los cantantes leyeran las entrevistas que se hacen a otros cantantes, y no tiene por qué ser así. Tampoco se debe al temor de ser tachados de compañeros desleales. Con los años, he llegado al convencimiento de que hay que atribuir su reticencia, sencillamente, a la circunstancia de que también ellos cantan. También ellos se ponen delante de mil, dos mil o tres mil personas a jugarse la reputación y la paz de su espíritu a una sola representación, a veces a una sola nota. Y es que los cantantes son los únicos que saben, porque lo viven, lo que es salir a la luz de las candilejas y exponerse al foco, más potente todavía, de la expectación del público, cuando el más mínimo error puede convertir los aplausos en abucheos y silbidos. No es de extrañar, pues, que se muestren benévolo y tolerantes con los compañeros de profesión ni que la mayoría se limiten a hablar de una «desafortunada interpretación».

La prueba es que, hablando de la fecha de caducidad que el público pone a los cantantes, cuando aludí a cierto tenor, insinuando que no dejaría de cantar hasta que le clavaran una estaca en el corazón, ella sólo aparentemente siguió sentada, porque en espíritu saltó en su defensa e, inclinándose hacia delante, declaró: «Sigue siendo una gran voz. Y un gran cantante.»

Esta instintiva generosidad se puso de manifiesto más de una vez al hablar de otros cantantes, aunque con los directores no se mostró tan benévola. De uno de ellos dijo con un punto de amargura: «Hace quince años era mi mayor admirador. Ya no lo es.»

No tardé en advertir que Von Otter es una gran admiradora de Marc Minkowski, algo que, a mi entender, está más que justificado. El *Ariodante* de Händel, que ella grabó para la DGG y Les Musiciens du Louvre, en 1997, después de una serie de actuaciones en concierto, es un *compact disc* del que los adictos a Händel consumen sobredosis. Incluso los oyentes más morigerados se unen al coro de los críticos que afirman que es una de las mejores grabaciones que jamás se hayan hecho de una ópera de Händel y que el *Ariodante* de Anne Sophie es el patrón por el que habrán

de medirse las futuras interpretaciones. También con Minkowski ha grabado recientemente el oratorio *Hercules* de Händel y una serie de arias y escenas de Offenbach tan deliciosas que hacen desear al oyente vérselas interpretar en el escenario.

Basta una mirada a su discografía para comprobar que Anne Sophie von Otter es una cantante que ha elegido un repertorio escueto, pero ha elegido bien. También se aprecia que ha alcanzado ese privilegio —al que por lo general sólo tienen acceso los cantantes de música pop y rock— que consiste en conseguir que su compañía discográfica se arriesgue a lanzar un *compact disc* confiando en el gusto y el talento musical del intérprete.

Así ocurrió con *For the Stars*, que Von Otter grabó hace dos años con Elvis Costello, un astro de la música pop y antiguo y fervoroso admirador suyo. Cuando manifesté mis reservas acerca de ese *compact disc*, ella lo defendió con firmeza, y estoy convencida de que su defensa se basaba en el sincero convencimiento de que el disco había servido para demostrar que los dos mundos de la música, la popular y clásica, pueden fundirse y que cantar bien vale tanto para la una como para la otra. El clamoroso éxito del CD le da la razón.

Ello nos llevó, como suele ocurrir cuando conversan dos amantes de la ópera y de la música clásica, a hablar de lo que debería hacerse, en un mundo en el que la música clásica representa menos del cinco por ciento del total de ventas de *compact discs*, para preservar el arte y, en términos más simples y prácticos, permitir a cantantes y músicos que sigan encontrando trabajo. Von Otter afirmó que una parte de la responsabilidad en la formación del futuro público recae en la escuela, y se lamentó de que, al parecer, muchos países hayan abandonado el intento de enseñar a los niños a leer el pentagrama y a tocar un instrumento. Sugirió que la revitalización de los programas musicales sería una manera de infundir en los niños el interés por la música clásica. Dijo también que los teatros de ópera, quizá actuando en coordinación con las escuelas, deberían dedicar más tiempo y esfuerzo a buscar programas atractivos para interesar a los niños en lo que se hace en los teatros y salas de conciertos, y demostrarles que la ópera no es un arte apto sólo para vejestorios ricachones. Una vez hubimos convenido en esto, ella dijo que lamentaba que los teatros de ópera tuvieran que dedicar ahora tanto esfuerzo a estos menesteres que les restan tiempo y medios para su tarea principal que es el montaje de óperas. Por último, expresó el deseo de que se pueda llegar, si no a eliminar, por lo menos, a hacer más permeable la división entre música pop y música clásica, de manera que el público que no esté familiarizado con el mundo de la música clásica pueda acercarse a él sin la intimidación ni la prevención que suscita un medio cultural ajeno y un tanto imponente. También era muy consciente, como ha de serlo todo el que piense en el futuro de la música clásica, de las fuerzas económicas que concurren, mejor dicho, que no concurren: el dinero del Estado disponible para las artes es cada vez más escaso, el mercado de consumidores está envejeciendo y la economía mundial se halla en un estado alarmante que no sólo afecta a las subvenciones oficiales, sino a las aportaciones que los particulares están dispuestos a hacer a la causa de la música.

Se refirió también a la presencia invasora y apabullante de la música como ruido de fondo en la vida diaria: en las oficinas de Correos, en el teléfono, en la televisión e insinuó que esta omnipresencia de la música embota la sensibilidad de las personas para escuchar música con atención. A mi pregunta de si sus hijos sentían afición por la música respondió que no mucha, pero que sí se interesaban por el teatro, el mundo en el que trabaja su padre.

Le pregunté cuál había sido su papel favorito hasta ahora y, sin pensarlo ni un momento, me respondió que el de Carmen. Aludiendo una vez más a la imagen que muchos tienen de ella, de persona fría y reservada, le pregunté si eso había influido en su decisión de aceptar ese papel, con el que aquel verano había obtenido un gran éxito en Glyndebourne. Ella se rió y dijo que había sido estupendo no haber tenido que utilizar recursos de vestuario para hacer de chico y poder interpretar el papel de una mujer en la plenitud de la vida, en lugar de la «estúpida Dorabella con sus risitas». Por su manera de hablar, era evidente que no sólo le gustaba *Carmen*, sino que le había encantado interpretar el personaje. «La música es fantástica —afirmó esta gran señora del estilo barroco—. No me entusiasman las voces potentes en la ópera», añadió la mujer que, sin el menor esfuerzo, dio un do mayor durante una fogosa interpretación del «Dopo Notte» de *Ariodante*. «En francés no me cuesta cantar con soltura», dijo una cantante cuya dicción en italiano es una más de las perfecciones de su arte.

Reconoció que le imponía la idea de cantar *Carmen*, que estaba segura de que el papel le destrozaría los nervios. A fin de prepararse, se trasladó con su familia a Glyndebourne, lugar rodeado de campos llenos de corderos y vacas, y durante seis semanas hizo lo que ella llamó «ensayos del papel», en ausencia del director escénico durante la primera. Siguió tres semanas de ensayos en el escenario, tiempo suficiente para disponerse a presentar algo distinto de «la gitana turística con la rosa entre los dientes». Dijo que ésta es la clase de papel que a ella le gusta, en el que no se ha de cantar siempre según los cánones de la alta escuela, ni te obliga a usar continuamente una voz de ópera. La mayoría de los críticos europeos convinieron en que Von Otter había encontrado el papel idóneo para su talento.

Su agenda contiene recitales y conciertos para los próximos seis meses y otra ópera para julio de 2003, en que interpretará a Ruggiero en la *Alcina* de Händel, en Drottningholm, con Christophe Rousset. Cuando le pregunté cómo prepara una actuación importante dijo que le gusta disponer de seis meses, ya que el proceso de aprender un nuevo papel impone a la voz un gran esfuerzo. Al principio, no le dedica más que cuarenta y cinco minutos al día con el pianista. Comparó el proceso de asumir un papel al de hacer un crucigrama. «De pronto, las palabras están ahí. De pronto, los tiempos son reales y ves cómo ha de ser el personaje.»

Mientras va imponiéndose del papel, lee todo el libreto y traduce al sueco sus escenas y los pasajes que conducen a ellas para hacerse una idea clara de la acción dramática que ha llevado al personaje a su situación. También es importante comprender el mensaje del aria no sólo en el plano intelectual sino también en el musical.

Durante las primeras fases de la preparación, escucha una grabación o mira un vídeo de la ópera. Después de decir esto, comentó con ironía: «Debería estar prohibido verse a una misma en vídeo.» Al familiarizarse con la pieza, poco a poco, va descubriendo si tiene más fuerza la música que el texto. Las cosas se ponen más fáciles cuando llega el director, le gusta tener a alguien que le diga lo que tiene que hacer en el escenario, porque así puede concentrarse en cantar.

Piensa que las grabaciones de las óperas deberían hacerse en directo, ya que así se capta la emoción de la representación de principio a fin. Luego, siempre se pueden hacer sesiones para corregir los posibles fallos que se produzcan durante la función. En estas sesiones, ella suele cantar el aria dos veces seguidas, porque opina que durante la primera interpretación la voz suele estar fría. A menudo es la segunda la que sirve de base para la grabación, en la que el técnico «corrige la ortografía».

Me llamó la atención la frase y le pregunté si ésta era la comparación más adecuada y si no se ajustaría más a la realidad decir que el producto acabado, ya fuera un aria o toda una ópera, vendría a ser algo así como una colcha de retazos, con fragmentos de aquí y allá, unidos por el técnico con tanta habilidad que las costuras quedaran invisibles/inaudibles para el oyente.

«¿Qué necesidad tiene nadie de oír una nota falsa? —dijo, cargada de razón—. Quiero que el resultado sea de mi gusto. ¿Por qué tiene la gente que oírme cantar mal? —agregó, con no menos razón—. Si un CD está bien hecho, tardarás mucho en cansarte de escucharlo.»

Valía más no perder tiempo en esta cuestión, porque no tiene vuelta de hoja. La letra impresa da al escritor tiempo para corregir, rectificar, cambiar y ajustar un texto antes de presentarlo al lector. Y así ha sido desde que se inventó la escritura. No obstante, hasta el siglo pasado, la peculiaridad de la ópera consistía en que cada función era única y que quienes no podían gozar de la presencia física de Malibrán, Pasta o Rubini nunca podrían oírlos en aquella interpretación concreta. Por lo tanto, una de las características que definían la interpretación musical era la de que ésta no podía repetirse exactamente: el arte era espejo de la vida y cada acto era único. La moderna tecnología del sonido ha acabado con esa idea y pone a nuestro alcance un surtido ilimitado de interpretaciones perfectas que podemos aprendernos de memoria; incluso puede volver atrás en el tiempo y cambiar los instrumentos que acompañaban a cantantes como Caruso, del mismo modo que ahora las técnicas de la imagen permiten colorear *Metrópolis*. No obstante, si bien estas manipulaciones permiten a quienes no pudieron asistir a una representación hacerse una idea de cómo sonaba, por otro lado uno se pregunta en qué ha quedado la llamada grabación «en directo».

En un mundo en el que las subvenciones oficiales a los teatros menguan y al que ya no llegan los millones del señor Vilar, las grabaciones sirven para crear puestos de trabajo. Le pregunté por qué alguien tan famoso y tan entrevistado como ella consentía en seguir concediendo entrevistas. Von Otter respondió con toda franqueza: ella pensaba que toda persona que participaba en la grabación de un CD —como ocurre, a Dios gracias, con el *Giulio Cesare* de Minkowski— debe hacer cuanto esté en su mano para conseguir que el disco se venda. Por eso, se había avenido a permanecer tanto rato en el salón de su hotel en Viena —cuando la mayoría de los intérpretes se mostrarían mucho menos generosos con su tiempo— contestando a las consabidas preguntas y posando para las consabidas fotos.

No obstante, su inteligencia y su simpatía brillaron con suficiente frecuencia para dejar patente que ella no era una de esos famosos que en las entrevistas suelen poner el piloto automático, y así lo demostraba también la sinceridad de muchas de las cosas que dijo. Yo señalé que actualmente, y desde hace mucho tiempo, se la considera una de las grandes cantantes de la escena mundial, idea que ella rechazó con un ademán y aludió a una serie de malas críticas que había tenido en la prensa (francesa, cómo no), en una de las cuales se afirmaba que su voz estaba «hecha trizas». Reconoció que una crítica semejante aún la afecta, lo mismo que la costumbre de muchos estúpidos de preguntar si la ha leído. Una mala crítica, dijo, también puede ser interesante y beneficiosa (lo mismo he oído afirmar a infinidad de cantantes, pero ésta fue la primera vez que me pareció sincero), pero aquella crítica en particular no había hecho sino herir sin necesidad.

Le pregunté por sus proyectos y la respuesta alegró mi corazón de händeliana. Ruggiero, con Rousset, y Jerjes, con Christie, en el Théâtre des Champs-Élysées en noviembre de 2003. Aparte de Händel, también hay otras músicas que los cantantes cantan y que —lo sé de buena tinta— otras

gentes escuchan: *Les Nuits d'été* y *Beatrice et Benedict*, *Des Knaben Wunderhorn*, *Das Lied von der Erde*, *Capriccio* y conciertos y recitales que la llevarán por todo el mundo. También dará una clase magistral en Dinamarca en 2005. ¿Piensa en dirigir una ópera algún día? ¡NO!

El gato, que durante toda la conversación había estado durmiendo en el sofá, ahora se levantó y se desperezó, expresando, quizá, el sentimiento que Von Otter reprimía por educación. Eso me recordó que habían transcurrido dos horas y me hizo volver a la idea del paso del tiempo. ¿Adónde va la voz? Von Otter respondió al instante que ella deseaba ir hacia un repertorio más dramático, las damas malvadas de Janacek y de Strauss. En las potentes heroínas de Verdi no podría poner el alma. Y no le dolerá no haberlas interpretado.

Hizo una pausa, su rostro jugó un momento con una sonrisa, y dijo:

—*Las bodas de Fígaro*, ah, eso ya se acabó.

DEFORMAZIONE PROFESSIONALE

Desde hace tiempo opino que lo único que una persona del público está autorizada a decir durante una representación de ópera es: «Tengo un infarto.» La edad y la experiencia, además de las muchas horas pasadas en las butacas de los teatros de ópera, me hacen pensar que de las tres palabras sobran las dos primeras, que distraen a la concurrencia sin necesidad, y basta con la última. Es una burla cruel del destino que una persona con tales convicciones resida en Italia; como si un testigo de Jehová hubiera ido a parar, digamos, a Arabia Saudí.

Anoche había ensayo general de la *Olympiade* de Cimarosa en el teatro Malibrán (once años en proceso de restauración). Minutos después del comienzo del segundo acto, entró en la sala un caballero maduro que daba el brazo a una mujer mucho más joven que él. Se sentaron en la fila cero, justo debajo de mí, que estaba en un palco proscenio. A la mitad del preludio, una voz masculina se abrió paso hasta mi oído, pero, sumida en la belleza de la interpretación, conseguí abstraerme.

Aparecieron los cantantes y se pusieron a cantar, pero la voz parlante, que no tenía nada de musical, seguía sonando. Miré hacia abajo y vi la canosa cabeza del hombre inclinada hacia la de la mujer. El voluminoso peinado de ella me impedía verle la cara, pero sus ademanes me indicaban que él era quien hablaba. Y hablaba. Y hablaba. Y hablaba.

Tenor, soprano, mezzosoprano, dúo: la voz zumbaba como un trombón tapándolos a todos. Ni siquiera el aria de la soprano con *oboe obbligato* pudo detener el torrente de su verborrea. ¿Es esto lo que sientes cuando te acorrala el borracho del pueblo o el pelmazo del club? ¿No sería que su pobre esposa le había puesto el dinero en la mano para que se fuera a la ópera? Puede que hasta hubiera pagado la entrada de la otra. Cualquier cosa, cualquier cosa con tal de sacar de casa a esa cotorra y tener un ratito de sosiego.

Cuando el tenor atacó su aria, el hombre levantó lo que sin duda quería ser un dedo didáctico hacia el escenario; el director; uno de los cantantes; incluso el retrato de la pobre María Malibrán, que en paz descansa, colgado sobre el escenario. Pero la Malibrán no dijo ni palabra. Cuanto más compleja se hacía la música y más concentración exigía a los cantantes, más alto era el zumbido de la voz. Pensé en los perros, que marcan su terreno con orín. También pensé en arrojarle algo a la cabeza. Al igual que la supuesta esposa, yo estaba dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de poner fin al interminable ronroneo.

En el momento en que los cantantes iniciaban el sexteto con el que termina la ópera, calló y yo pensé que había terminado de hablar. Pero enseguida vi que mis ilusiones eran vanas, porque él convirtió el *ensemble* final en un septeto. Telón. El hombre dio unas cuantas palmadas desmayadas, se puso de pie y miró a su alrededor con una sonrisa condescendiente, como si todos aquellos aplausos, que orquesta y cantantes se habían ganado a pulso, estuvieran dirigidos a él.

No fue sino después, al salir, cuando alguien me dijo que aquel hombre había sido director artístico del teatro.

Durante la recepción que siguió al ensayo, me encontré sumergida en puro material de novela: los grititos de falsa alegría con que se saludaban los invitados; la exquisita cortesía con que se trataban personas que me consta que se detestan; la extraña similitud de la expresión de las mujeres, como si todos hubieran pasado por el bisturí del mismo cirujano, todo era grano para el molino del escritor. Como allí no había nadie a quien deseara asesinar, me puse a tramar un robo. ¿Cómo entrar en el *palazzo* para robar los soberbios platos Ming que estaban colgados de la pared, detrás de la mesa del bar? Cuando me presentaron a mi anfitrión me pregunté si aquel hombre sería lo bastante fuerte para poner en fuga a dos ladrones enmascarados pero sin armas. ¿Qué ventana utilizar para la huida? Varias mujeres habían dejado el bolso en una mesa cercana a la puerta, y me puse a pensar en cómo salir de allí con uno de ellos y en si dentro encontraría la billetera de otro invitado o cartas comprometedoras de un amante. Pero eso sería mucho pedir de la credulidad del lector, y deseché la idea de las cartas. ¿Quizá sólo el número privado del *telefonino* del amante? Ya me parecía verlos darse la mano, prolongando el apretón más de lo normal, al ser presentados, fingiendo no conocerse; pero, si así era, ¿por qué tenía ella el número de aquel hombre en el *telefonino*? Supongo que los bomberos, en su tiempo libre, piensan en la mejor manera de evacuar un edificio o clasifican a las personas calculando las dificultades que tendrían para bajarlas por la escalera. ¿Nos rajan mentalmente los cirujanos cuando les somos presentados? *Deformazione professionale.*

DE HUMANOS Y ANIMALES

RATONES

He vuelto al monte a pasar el verano y otra vez he tenido que acomodarme al ritmo y la cadencia de la vida del campo, un poco más lentos que en la ya tranquila Venecia. También hay aquí otra perspectiva, y cosas que en Venecia apenas cuentan en el campo tienen gran importancia. Por ejemplo, los ratones.

Hace varios días fui a pedir a mi vecina que me prestara una pala y encontré a la mujer sentada en el banco que tiene frente a la casa, con un artilugio en la mano que parecía un instrumento de la Inquisición. Era un bloque de madera del tamaño de una caja de zapatos con pequeños agujeros en la parte delantera y un juego de alambres dobles en cada uno, atados a un mecanismo que era accionado por un muelle montado en la parte superior del bloque. Pregunté qué era aquello y ella me dijo que era una ratonera que había construido su marido hacía unos cuarenta años pero que, al parecer, había dejado de funcionar, porque los ratones habían invadido la despensa en la que guardaba la harina de maíz.

Le dije que yo tenía en casa dos ratoneras norteamericanas y fui en su busca. Al volver, le expliqué minuciosamente el funcionamiento del resorte que descarga el golpe mortal, ¡zas!, al cuello del incauto ratón que tira del pedazo de queso que sirve de cebo.

Sí, ya lo sé: los derechos de los animales, la defensa de la Naturaleza, Greenpeace, Bambi... Pero es la harina que se usa para hacer la polenta que almorzamos todos los días, de modo que a paseo los principios.

Aquella tarde, oí un golpecito en el cristal de la ventana y, al levantar la cabeza, vi a mi vecina que sonreía satisfecha. Sin decir nada, levantó dos dedos y, después de una pausa bastante larga, anunció muy ufana: «*Due.*» ¿Cómo no?, tuve que ir a ver el resultado de mi traición. En efecto, eran dos.

CAZADORES

Lo confieso ya de entrada: aborrezco a los cazadores. Aborrezco sus chaquetas llenas de bolsillos, sus gruesas botas, sus gorras con orejeras y sus estuches de artesanía para la escopeta. Aborrezco su prepotencia y su talante sanguinario, y los sobados tópicos con que tratan de disculpar sus ansias de matar animalitos de piel y de pluma. Aborrezco la licencia que les permite cazar en mi propiedad, mientras se mantengan a cien metros de la casa, y aborrezco el cinismo de los pretextos con que tratan de justificar lo que hacen.

Los hemos oído hasta la saciedad: la caza sana la especie eliminando a los individuos menos aptos que, si no los cazáramos, morirían de hambre. Una se acuerda de la impagable explicación dada por los militares norteamericanos durante la guerra del Vietnam: «Tuvimos que destruir la aldea para salvarla.» Bien, es la misma fórmula, ¿no? Tenemos que matarlos para salvarlos.

Desde que compré una casa en la provincia de Belluno, no hay año en el que no tenga que vérmelas con cazadores. Durante los dos primeros años, nueva en la plaza, agachaba la cabeza (cosa que no pueden hacer los venados) y no decía nada cuando los veía llegar, aparcar junto a mi propiedad, apearse con unas escopetas del tamaño de bazokas, unos morrales en los que cabía un oso polar y unos perros a los que hacen pasar hambre durante todo el año para que anden listos, y meterse en el bosque, dispuestos a pasar un día de sano esparcimiento. Durante septiembre y octubre, me despertaban las descargas de las escopetas que sonaban por todas partes, quebrantando las escasas leyes existentes que prohíben disparar cuando aún está oscuro. Yo encontraba los cartuchos en la ladera de la colina que está detrás de mi casa, a mucho menos de cien metros.

Mi único consuelo me llegaba al día siguiente de levantarse la veda, ya que todos los años, durante el primer día de caza, mueren cuatro o cinco cazadores. Al parecer, son más los que sucumben de un ataque al corazón por el sobreesfuerzo que los que caen víctimas de disparos. Tengo que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no imaginarlos atados al techo de sus propios Range Rovers, porque eso, además de feo, sería poco deportivo.

Hace dos años, harta de esta sanguinaria diversión, inicié una protesta. Durante la temporada de caza, tres veces a la semana, me dedicaba a cortar la hierba, empujando la segadora arriba y abajo, arriba y abajo y de derecha a izquierda, hasta dejar el prado tan mondo como el cráneo de un marine, con la sana intención de ahuyentar de la provincia, con el ruido del motor, a toda criatura de cuatro patas o dos alas. Mantuve esta actividad hasta que, una mañana, desde el otro lado de la colina, un cazador disparó a un pájaro que pasaba volando por encima de mí o, por lo menos, así quiero creerlo. Una lluvia de perdigones me cayó en los hombros, pero, cuando subí a la colina, el tirador había desaparecido. Desde entonces, he abandonado la siega de protesta.

Este año, dos días antes de que se levantara la veda, pasó por delante de mi casa un hombre que me preguntó si había visto ciervos últimamente. «Ni uno», mentí con una sonrisa. Cuando él me anunció que, de todos modos, pensaba cazar en mi propiedad, le advertí que no quería verlo cerca de mi casa, cosa que le provocó tal acceso de rabia que no pude por menos de asombrarme de que se autorizara a manejar un arma de fuego a persona tan irascible.

El primer día de la temporada, al salir de casa, oí un coro de gorjeos que venía de lo alto de la colina. Empecé a subir, llamando a voces a mi vecino, para que supiera que lo que se acercaba andaba sobre dos patas, no sobre cuatro. Al llegar arriba, miré hacia su territorio y vi su puesto de caza, camuflado con ramas y hojas. Frente a él había una hilera de aves de distintas especies, atadas al suelo por las patas, que con sus trinos —no sé si de alegría o de pavor— atraían a sus congéneres. Cuando éstos acudían al reclamo, mi vecino los hacía migas a tiros. Deporte. Y una mierda.

GLADYS

Qué bochorno tener como animal de compañía una gallina. La gente tiene mascotas con más pedigrí: perros lobo irlandeses, gatos siameses, incluso guepardos. Pero lo más que yo he conseguido es una gallina, y ni siquiera es mía, sino de mi vecina octogenaria en el pueblo de Belluno. Puede ser, sencillamente, que la gallina se haya enamorado de mi cortacésped y busque mi compañía con el propósito de acercarse a la máquina. Todo es bastante confuso y muy poco distinguido.

La cosa empezó hace dos años, cuando a una de las seis gallinas de mi vecina —parda y blanca, una gallina de lo más corriente— le dio por cruzar la carretera cada vez que yo cortaba la hierba, y seguir la huella que dejaba la segadora, picoteando los gusanos y otros bichitos que quedaban al descubierto. Al poco tiempo, nada más oír el motor, ella salía a la carretera como una exhalación y se ponía a correr al lado de la segadora, sin temor a lo que pudiera sucederle por una desafortunada acción combinada de cuchillas y error de cálculo.

Había días en que se me presentaba en casa aunque yo no cortara hierba y, como me parece que las gallinas siempre tienen hambre, yo le echaba trocitos de pan, de queso o de lo que tuviera a mano. Al poco tiempo, había tomado la costumbre de aparecer cada vez que mi coche entraba por la puerta del jardín. Tiene su gracia que, cuando llegas a tu casa de vacaciones, acuda a saludarte tu mascota, si es, por ejemplo, un setter inglés o, incluso, un perro callejero de orejas gachas; pero ¿qué encanto tiene una gallina que viene trotando de medio lado y moviendo la cabeza arriba y abajo, por muy contenta que esté de verte?

Me pareció que la gallina necesitaba un nombre y, después de pensarlo bien, le puse *Gladys*. Parecía adecuado para una gallina pequeña con debilidad por las galletas *crackers* y la *mozzarella*. A los pocos días, en cuanto la llamaba, venía corriendo y comía en mi mano. No pasó mucho tiempo antes de que fuera yo la que respondía a su requerimiento: *Gladys* aparecía en la puerta y yo ya estaba echándole un trozo de pan o un grano de uva. Alguien le hizo una foto y me la imprimió en una camiseta blanca de manga corta. A veces me la pongo para cortar la hierba. Venecia no sabría apreciarla.

Hace tres semanas, llegué a casa a media tarde, y vi a mi vecina cruzar la carretera y venir hacia mí, muy agitada. «*È morta*», me dijo tristemente, sin darme tiempo a salir del coche. No hizo falta que me dijera de quién me hablaba. Hacía dos días que un hombre del pueblo había pasado por allí con dos pastores alemanes que hicieron lo que suelen hacer los perros con las gallinas: atacaron a una de ellas y la dejaron tan destrozada que mi vecina tuvo que rematarla.

Me quedé muy apenada. Si se trata de tu única mascota, que te ha demostrado cierto apego, en fin, es triste que se te muera, aunque sea una simple gallina y ni siquiera sea tuya. Pregunté a mi vecina si estaba segura —al fin al cabo, había cuatro gallinas idénticas—, y ella insistió: «*Era la*

Gladi.» Como ya habían transcurrido dos días desde la desgracia, no pregunté si podía darme los restos para enterrarlos al pie de los girasoles que tanto le gustaban. De las otras gallinas no había ni rastro, pero era dudoso que cualquiera de ellas pudiera ocupar el sitio de mi amiga.

Ayer saqué la segadora, le eché el carburante y puse el motor en marcha. «Ahoga tus penas en el trabajo, muchacha.» A los pocos instantes, una gallina pequeña de color pardo y blanco caminaba ágilmente al lado de la segadora, picoteando con alegría gusanos y otros bichos. Al igual que Santo Tomás, yo necesitaba pruebas para creer, de manera que me fui a la cocina a buscar un trozo de pan. En efecto, la gallina saltó desde la parte alta del jardín, vino en línea recta hacia mí y se puso a picar el pan en mi mano. *Gladys* estaba viva, *Gladys* estaba viva. Ya sé que no viste mucho que tu mascota sea una gallina, y menos si no es tuya, pero su vuelta a la vida me dio una gran alegría.

Hasta aquel momento, no había tenido valor para preguntar cuál había sido el destino de la víctima. Esto es el campo y vivo rodeada de personas cuyas familias han sido pobres durante siglos. *Brodo*, caldo.

TOPOS

Hace unos días salí al terreno que hay detrás de mi casa de campo, a rastrillar la hierba que había cortado la víspera. Mientras caminaba con el rastrillo en la mano, vi moverse algo entre la hierba a poca distancia delante de mí. Después de estar siete años oyendo hablar de víboras a los vecinos, me quedé paralizada, con los ojos fijos en la hierba que se ondulaba hacia delante y hacia atrás, con un movimiento irregular que no me pareció que pudiera producir una víbora.

Adelantando con cautela primero un pie bien calzado con bota y luego el otro, fui acercándome hasta que, al fin, la hierba se abrió un momento y vi el pelo gris y suave de lo que tenía que ser un topo. Durante unos minutos, no vi más que el lomo y la minúscula y tupida cola, porque el animalito hundía la cabeza en la hierba cortada y la hojarasca buscando algo que comer.

De repente, un poco más allá, vi moverse la hierba de la misma manera, luego distinguí otro remolino, y otro, y quedé maravillada: cuatro tiernos topos que trabajaban afanosamente a menos de un metro de donde yo me encontraba. Lentamente, dejé el rastrillo en el suelo y me acerqué mientras trataba de recordar todo lo que había leído y oído acerca de los topos. Sabía que son casi ciegos y que sólo detectan si alguien se acerca por la vibración de las pisadas. Durante los siete últimos años, las mismas personas que me advertían de las víboras, no se habían cansado de repetir que a la que ves un topo tienes que matarlo, partirlo en dos con la pala o aplastarlo con lo primero que encuentres, porque son la peor de las plagas de jardín.

Me agaché más aún, y ellos siguieron sin notar mi presencia. Tenían el tamaño de un ratón, el pelo como terciopelo gris y unas patitas palmeadas, para excavar mejor, como de patos miniatura. No se les veían los ojos, las orejas eran unas rajitas minúsculas y el hocico, largo y puntiagudo. Horadaban afanosamente entre la hierba cortada, haciendo lo que deben de hacer los topos a las ocho y media de la mañana del domingo.

Retrocedí muy despacio y entré en casa a buscar la cámara porque hacía años que deseaba ver un topo y un tejón, y pensé que bueno sería tener la foto por lo menos de uno. Volví al mismo sitio pisando con suavidad y aún los encontré entregados a su tarea. Clic, clic y luego a casa, para acompañar a mi vecina de ochenta y dos años a misa, que es lo que hago yo a las ocho y media de la mañana del domingo.

No regresé hasta casi las diez y, naturalmente, lo primero que hice fue ir a ver los topos. Tres habían desaparecido, pero uno no había encontrado la entrada de su túnel y se había quedado fuera. Tropezaba con las lilas, se enredaba con los pensamientos y corría de un lado al otro despavorido, cada vez más ciego, con el sol cada vez más alto. Comprendí que había llegado el momento de actuar y fui en busca de la pala, ahora ya sin pisar con sigilo. Esa vil criatura que durante seis años había devorado sistemáticamente los bulbos de mis tulipanes había quedado a la intemperie.

Agarré la pala, volví a salir y no tardé en encontrarlo, atrapado entre los altos tallos del muguete. Alcé la pala, la bajé y lo levanté con ella. Lo llevé a la entrada del túnel, pero no debía de ser un topo muy listo, porque dio media vuelta y se fue hacia las lilas. Yo volví a levantar aquella preciosidad de terciopelo y esta vez casi lo embutí en el túnel. Lo último que vi de él fueron sus patitas palmeadas de color rosa que desaparecían bajo tierra.

CESARE

Uno de mis vecinos aquí, en el campo, es el *signor* Cesare, cuyo mote es *il Francese* porque estuvo treinta y cinco años trabajando en las minas de carbón de Alsacia y, al jubilarse, hará unos veinte años, regresó a Italia, a la granja de la familia. Es bajito y huesudo como tantos hombres pequeños. A mí me parece todo marrón: cara marrón, manos marrones, ropa marrón y gorro de lana marrón, siempre, invierno y verano, hundido hasta las orejas. Unos dicen que tiene setenta años y otros que setenta y cinco. Vive en la granja de al lado y se pasa la mayor parte del tiempo, por lo menos en verano, cultivando sus campos y cuidando sus conejos.

Aquí la gente come conejo. La mayoría tienen diez o veinte (los conejos pueden pasar de la noche a la mañana de ser diez a ser veinte) y se comen por lo menos uno a la semana. Pero Cesare no se los come —él dice que no está bien matar a los animales—, sino que los tiene en jaulas de madera en el primer piso de la casa y, cuando se mueren de viejos, los entierra en una parcela que tiene reservada en uno de sus campos. Como los conejos comen mucha hierba, Cesare se pasa el verano trabajando en los campos. Dos veces al año, siega la hierba y la guarda para alimentar a los conejos. A fin de que la tierra dé mucha comida para los conejos, Cesare la abona con los excrementos de los conejos, que recoge de debajo de las jaulas y esparce por los campos.

Cesare vive solo. No se sabe de ningún vecino del pueblo que haya puesto los pies en su casa. En el invierno se calienta con el fuego de la chimenea y de una estufa de leña. En el verano, viene de Francia su hermano, que pasa un mes con él y duerme en una habitación que está encima de la de las jaulas, pero se trae un saco de dormir. Una vez, vino también la mujer del hermano, hará unos quince años, pero no ha vuelto.

«Del polvo venimos y en polvo nos convertiremos», cree Cesare y así lo afirma. «La tierra siempre está limpia; ella sola se lava y se asea continuamente.» Con esta creencia, Cesare nunca se lava. Tampoco se lava la ropa.

Cuando yo me instalé en mi casa, Cesare solía pararse a charlar conmigo camino de sus campos. Posee unos conocimientos sorprendentes y te habla con lucidez de muchos temas: historia, agricultura, antropología. Unos amigos franceses me dijeron que habla un francés muy elegante. Me llegó el rumor de que yo le caía bien, seguramente porque paso mucho tiempo trabajando al aire libre y le escuchaba con interés y con respeto.

Un día pasó mientras yo iba a sembrar unos plantones de uva, una variedad francesa de uva dulce de mesa y, en un impulso de buena vecindad, le pregunté si quería uno. Él me dio las gracias y, cuando se lo entregué, me preguntó si no podía darle dos, ya que todas las plantas necesitan ser plantadas a pares. Le pregunté por qué y me dijo que a las plantas, lo mismo que a las personas, les gusta la compañía de sus semejantes, o se sienten solas. Por desgracia, yo no podía darle más que uno, y sentí la necesidad de pedirle disculpas por ello al entregárselo.

Pasaron meses, durante los cuales de vez en cuando, seguíamos hablando de nuestros métodos de cultivo y de nuestros éxitos agrícolas, probablemente contentos los dos de tener un tema de conversación neutro que nos permitía conversar manteniendo una cortés distancia.

Nuestra protocolaria relación se mantuvo durante otros tres años, hasta el día en que Cesare me preguntó si la próxima vez que fuera a Estados Unidos podría traerle veinte kilos de patatas de siembra. Me explicó que había oído decir que las patatas norteamericanas eran buenísimas para los conejos, y quería plantar algunas.

Yo le dije que la ley prohíbe transportar plantas de un país a otro, pero él no atendía a razones. Le expliqué que los pasajeros de los vuelos internacionales sólo pueden llevar un máximo de veinte kilos de equipaje, y tampoco se dio por enterado. Al fin, desistí de intentar hacérselo comprender, pero no pude traerle las patatas.

Desde entonces, el *signor* Cesare no me habla y ha dicho a varias personas del pueblo que soy tacaña y mezquina. Si, al pasar cerca de su campo, lo veo trabajar, le digo: «*Buon giorno*» y saludo con la mano, pero el *signor* Cesare no me devuelve el saludo.

TEJONES

Siempre he sentido un especial afecto por los tejones, probablemente porque leí *El viento en los sauces* cuando era niña. Desde entonces, he leído mucho sobre ellos: de los tejones americanos, que comparten la madriguera con las marmotas, y de los tejones europeos, a los que injustamente se acusa de ser portadores de la tuberculosis bovina. A veces, viendo por televisión programas de animales, me quedo con la boca abierta. En mi favorito, uno de la BBC, vi trece tejones durmiendo en una sala de estar, atiborrados de los caramelos y galletas que el dueño de la casa les daba cada noche, con incansable generosidad, para atraerlos a su casa.

Imaginen mi alegría cuando, aquí, en el campo, mi vecina me habló de una tejonera, una construcción de tres agujeros que está justo al lado de mi propiedad y que, según la información local, lleva allí varios siglos. Y, en efecto, está todo: varias entradas, la pila de estiércol compactado al lado de la entrada, el árbol para rascarse, con pelos adheridos, y justo al otro lado de mi franja de lilas, discurriendo en paralelo a ellas, la inconfundible concavidad en la hierba, la senda abierta por docenas de patas peluditas de los habitantes de la tejonera, que todas las noches salen a comer raíces e insectos.

Desgraciadamente, los tejones también comen maíz, lo cual puede haber provocado una pequeña guerra. En una reciente visita a la entrada de la tejonera, vi un lazo de cable tendido delante de una de las salidas, a la altura del cuello de un tejón. Hace ya mucho tiempo que saqué la conclusión de que a los italianos no les gusta la naturaleza; durante treinta años, pocos indicios he podido observar de que la consideren algo más que como una cosa que se puede utilizar para lucrarse, engalanarse o llenar la cazuela. Emily Dickinson escribe sobre el «arrebato de cordialidad» que sentimos por las criaturas de la naturaleza, y en eso se nota que no era italiana. Ahí está el porqué de la trampa para tejones, puesta a sabiendas de que la especie está protegida y de que se castiga con fuertes multas a todo el que es sorprendido matando o tratando de atrapar un tejón.

Yo moví el lazo hacia un lado, lo cerré, para que ningún tejón pudiera meter la cabeza, y lo dejé allí. Al día siguiente, fui a mirar y el lazo volvía a estar como antes. Yo volví a moverlo. Así estamos desde hace una semana: cada tarde lo cierro, y a la tarde siguiente lo encuentro otra vez abierto. Aunque alrededor de la tejonera hay un grupo de árboles que se distingue desde mi casa, nunca veo a nadie por allí, y espero que el trampero tampoco me vea a mí cuando voy a desbaratar sus planes.

Sí, podría destruir el lazo, arrancarlo, llevármelo. O podría denunciar el caso a la Guardia Forestale para que vinieran a investigar. Pero éste es un *paese* pequeño —no hay más de cien personas— y yo soy forastera, por lo que no quiero ser causa de que a alguien le caiga una fuerte multa u otra sanción, aunque en mis momentos de rabia me gustaría ver cómo el lazo se cerraba

alrededor de su cuello. Tampoco lo retiro del todo, porque eso delataría la intervención de una mano humana, mientras que así se puede pensar que es un tejón el que, cada noche, lo aparta con el hocico antes de ir a tronchar docenas de plantas de maíz para mordisquear dos o tres mazorcas.

Aquí, en el pueblo, se llama «medicina» a los distintos venenos con que se rocían los campos. Hace poco, mi vecino taló para leña un cerezo centenario. Cada temporada de caza es un holocausto de criaturas de pelo y de pluma. Por todo ello, como dicen los ingleses, me guardaré el aliento para enfriarme las gachas en lugar de hablarles de ecología y respeto por el mundo en que vivimos. A pesar de todo, proseguiré mi guerra fría y cada tarde moveré el lazo. Pero ¿qué pasará en octubre cuando cierre la casa y regrese a Venecia?

LA MUJER DE DÜBENDORF

Mucho me temo que, en algún lugar de la zona protestante de un país de lengua alemana, haya una mujer que ha huido de Venecia horrorizada después de presenciar las estrambóticas y siniestras formas de culto que practican los católicos italianos. En el caso de que resida en una población como Dübendorf, deseo tranquilizar su espíritu explicándole lo sucedido.

Hace unos meses, la pareja de franceses que viven en el piso de abajo trajeron a la casa un gato cuya tarea debía ser la de acabar con las ratas que se cuelan en nuestro edificio desde el canal y pasan más tiempo del que sería de desear en los trasteros que rodean el patio común. Era, pues, un gato que venía a trabajar; no debía entrar en casa; se le alimentaría pero sin darle confianzas; veríamos en él a un asesino a sueldo, como si dijéramos un exterminador para liquidar ratas y al que en ningún caso debíamos convertir en mascota.

El primer error fue ponerle nombre: *Gastone*. Entonces vino el tapón colgado de un cordel (para enseñarle a cazar, ¿comprende?, no para que jugara), luego el primer arrumaco y alguna que otra caricia detrás de las orejas al pasar. Porque así lo dispone el orden universal y porque desde hace milenios su especie ha reducido a la nuestra a sumisa obediencia. Al poco tiempo, *Gastone* se había hecho el amo de los dos pisos y empezaba a mostrar gran preferencia por el salmón y los *nuggets* de pollo.

Ahora bien, en uno de nuestros principios nos mantuvimos firmes: a *Gastone* no se le permitiría salir de nuestro amplio patio para aventurarse en las calles de Venecia. Esto nos obligó a idear un complicado ritual para entrar y salir por el *portone* del patio que se abría a la calle. Hasta que, hace unas semanas, como el gato no estaba castrado y era *il mese delle gatte*, *Gastone* se escapó por una ventana y pasó dos noches fuera de casa. Nos lo devolvieron los de la Protectora, los *animalisti*, que vieron la dirección y el número de teléfono en el collar.

Esta tarde, un poco aturdida después de un largo viaje en tren, he abierto el *portone* sin tomar precauciones y he visto una sombra marrón que pasaba junto a mis piernas como una exhalación. Cuando he reaccionado, *Gastone* ya desaparecía por la primera bocacalle. He dejado las bolsas en el patio, he cerrado la puerta y lo he seguido llamándolo con esa vocecita melosa que ponemos para tratar de atraer al animal que nos ha dejado con un palmo de narices. *Gastone, Gastone, vieni qua, Gastone.*

Él ha venido en dirección a mí, me ha esquivado y ha corrido hacia el puente que conduce al Campo dei Miracoli. Yo lo he seguido por el puente, mirando con una sonrisa forzada a los transeúntes que me observaban.

Ya se han terminado los trabajos de restauración, y la iglesia de I Miracoli, que muchos consideran la más bella de la ciudad, vuelve a estar abierta a los turistas. Y a los gatos. Había seis o siete personas esperando para comprar entradas. *Gastone*, sin pararse a explicar que él era residente en la ciudad y, por lo tanto, estaba exento de pago, ha pasado de largo y se ha alejado corriendo por el pasillo central. Tampoco yo me he parado a acreditar mi condición de residente,

sino que lo he seguido por el pasillo, procurando andar con naturalidad mientras musitaba su nombre con falsa dulzura. El gato ha visto que la puerta de la cripta estaba abierta y ha entrado. Yo lo he seguido, pero el vendedor de entradas ya venía tras de mí preguntando agriamente qué estaba haciendo allí. No ha hecho falta que se lo explicara porque, en aquel momento, *Gastone* ha salido a la nave del templo y ha pasado corriendo por nuestro lado.

Velozmente, el gato ha subido al altar mayor. Y yo, detrás. Ha empezado a deambular de un lado a otro, pasando de los turistas, olfateando aquí, parándose allá, pero sin dejarse atrapar. Yo, siempre detrás del gato, sonreía a las personas que estaban en los primeros bancos o se agolpaban en la escalera. Por fin ha venido hacia mí. Yo me he arrodillado, hablándole en arrullos, susurrando falsas promesas de salmón. Se ha acercado un poco más. Yo me he abalanzado y lo he agarrado por el pescuezo.

En este momento, entraba en la iglesia la mujer de Dübendorf. Se ha quedado detrás de todo, petrificada ante el espectáculo de una mujer vestida de negro de pies a cabeza que bajaba la escalera del altar mayor de la iglesia de I Miracoli sosteniendo por el cuello a un gato y rezongando en italiano. Sólo Dios sabe la impresión que la pobre se habrá llevado a Dübendorf acerca de los estrafalarios ritos que practican esos papistas.

DÍGAME QUE ME PERDONA, PROFESOR GRZIMEK

Uno de los inconvenientes más incómodos de la edad es que se hace cada vez más difícil cerrar los ojos a la propia hipocresía. En cierto modo, la hipocresía caracteriza la vida moderna: los políticos piden perdón por cosas que sus gobiernos hicieron un siglo atrás; las agencias de prensa piden perdón por difundir noticias reñidas con la verdad; nuestros amigos nos dan largas explicaciones para que disculpemos su mal comportamiento.

Hace años que leo revistas que tratan de animales, hago aportaciones a diferentes sociedades protectoras y hasta siento una virtuosa indignación cada vez que me entero de que los egoístas campesinos de la India (o Nepal, o Nigeria; no importa el país mientras esté lejos), que no están dispuestos a dejar que los animales les destrocen las cosechas, protestan cuando una agencia gubernamental declara que la protección de los elefantes (o los tigres, los búhos reales, los sapos marinos), o el animal que ustedes quieran, es más importante que sus economías. Siempre que he visto fotos de animales muertos por desalmados mis simpatías han sido para el animal.

Hasta lo del lirón. El lirón es un animalito de color gris, pariente de la ardilla, pero más pequeño y mucho más adorable. Salta ágilmente de rama en rama, arrancando frutos aquí y allá, es irresistible, te dan ganas de acariciarlo. Es tan mono, que con su simpatía se ha abierto paso hasta el lenguaje popular, y del que tiene un sueño profundo y plácido se dice que duerme como un lirón. Pero, ¡ay!, también es un roedor. Es decir, que roe la madera y, si se te mete en casa o en el desván, no hay quien lo eche. Allí se quedará y allí criará a sus hijitos.

Esta semana, cuando llegué a mi casa del campo, los encontré instalados en las vigas. Debajo de ellos, en el suelo, como nieve sucia, había montoncitos de madera masticada, residuo de mis vigas del siglo XVI. También había orines y excrementos, pero esto se quita. A los lirones es más difícil desalojarlos.

Llamé a Mirto, mi amigo albañil, que vino a verlos.

—Sáquelos de ahí, Mirto.

—Son una especie protegida —me dijo él.

Lo mismo que los tejones, en favor de los que peleó durante todo el verano.

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera medirlas.

—En mi casa no hay especies protegidas que valgan.

De manera que, este fin de semana, Mirto vendrá con una escalera de cuatro metros y subirá a destruir la madriguera. Luego tatará cualquier agujero por el que puedan colarse, aunque el diámetro sea el de una moneda de cien liras, con una mezcla de cemento rápido y astillas de vidrio, la única forma de impedir que vuelvan a entrar.

¿Y si, a pesar de todo, vuelven? Las opciones son las mismas que tienen esos campesinos ignorantes y carentes de sensibilidad ecológica de países lejanos: la violencia o la destrucción de mi propiedad. Las palabras han salido de mi boca antes de que pudiera medirlas.

PARTE DE GUERRA

Una de las consecuencias de la hegemonía norteamericana en el planeta es que el inglés ha invadido otras lenguas. Una de las palabras invasoras es *escalation*, escalada que, aun traducida, conserva el significado del inglés, con toda la carga de violencia que pesa en sus sílabas.

He dedicado buena parte del verano a una «escalada» con los lirones que han puesto sitio a mi casa del campo. Yo gané la primera batalla con un hábil ataque por el flanco que los expulsó de las vigas del estudio y les hizo abandonar el principal teatro de operaciones. Pero pocos días después, sentada en el porche de la casa, satisfecha por mi fácil victoria, alcé la cabeza hacia las vigas que soportan el tejado y mi mirada tropezó con dos pares de ojitos negros del tamaño de pepitas de uva que me contemplaban con curiosidad. *Sam* y *Louise*, murmuré. Los nombres me brotaron de los labios espontáneamente. Un error táctico, ya que, desde el momento en que tuvieron nombre, los intrusos dejaron de ser, simplemente, «el enemigo».

Contentas ambas partes por la oportunidad de estudiar al adversario, estuvimos mirándonos durante unos diez minutos, hasta que los ojos se me fueron hacia lo que hasta entonces había supuesto un nido de golondrina. ¿Por qué *Sam* lo había envuelto con la cola? Me levanté y fui a pedir la escalera a mi vecina. Volví con la escalera, la apoyé en la pared y trepé hasta el último peldaño mientras farfullaba terribles amenazas, aunque a la manera de uno de esos sargentos falsamente feroces de Dickens. Los sacaría de allí, los arrojaría al suelo, les aplastaría la cabecita en el polvo.

Pero cuando llegué arriba, vi a *Sam* (o a *Louise*) agachado(a) en el nido, con las patitas juntas sobre el pecho y los bigotes de punta, temblando como un flan ante la acometida del monstruo furibundo. Me paré un momento, con los ojos a un palmo de los del enemigo. Supongo que yo debo de ser unas setecientas veces más grande que un lirón.

—Te retorceré el pescuezo.

Él se estremeció.

—Te agarraré, te estrellaré contra el suelo y te machacaré.

Él parpadeó.

—Te destruiré sin compasión.

Él arrugó la nariz.

Nos miramos a los ojos largamente, y luego me bajé de la escalera, a fin de estudiar el siguiente movimiento. Durante toda la semana hice acopio de artilugios satánicos. Les puse dos trampas ecológicas, que debían atraparlos sin causarles daño, pero los lirones pasaron de ellas olímpicamente. Puse la máquina de ultrasonidos que o los desterraría o los volvería locos, pero tuve que quitarla, porque al gato de la vecina no le gustaba. Preparé un mejunje a base de aceite de oliva y *pepperoncino*, según una receta que saqué de una revista de ecología, y con una pistola de agua rocié las vigas donde los había visto; pero me da la impresión de que *Louise* se lo pone detrás de las orejas, como si fuera perfume. Y un hombre que pasaba por allí con el coche me dijo

que da buen resultado colgar una cabeza de gato de plástico delante de donde crees que tienen la madriguera. Yo misma hice las cabezas utilizando porespán, y les pinté con esmero cara de gato y hasta les puse bigotes hechos con hilo dental. Luego subí y las colgué con trozos de hilo de las cuatro esquinas del tejado.

Aquella noche hubo un vendaval que arrancó ramas de los árboles y se llevó todo lo que encontró a su paso. A la mañana siguiente, cuando salí al porche con el café, vi cuatro criaturitas de color rosa y sin pelo, poco mayores que pistachos, muertas en el suelo debajo del sitio en el que había visto a *Sam* y *Louise* por última vez. De la madriguera no quedaba ni rastro. El viento se la habría llevado a los campos. Fui en busca de una pala, metí los lironcitos en una caja de cerillas y los enterré debajo de los lilos, cerca de la escalera.

He devuelto las trampas, el *pepperoncino* lo usaré para la pasta y, cuando me presten otra vez la escalera, descolgaré los gatos.

BLITZ

Fue un flechazo. Ya había tenido otros, pero ninguno como aquél, pues su arrolladora intensidad me tumbó de espaldas.

Desgraciadamente, como yo tengo dos pies y él cuatro patas, el idilio no tenía muchas probabilidades de prosperar. Pero yo he sido siempre una chica optimista y, poniendo mi corazón en manos de Cupido, decidí esperar acontecimientos.

Después de nuestro primer encuentro, pensaba mucho en *Blitz* y me preguntaba qué habrían dicho mis padres, hace décadas, si lo hubiera llevado a casa para presentárselo. Muy alto no era, medía poco más de sesenta centímetros, pero yo no paso de 1,62, por lo que la estatura no habría supuesto un gran inconveniente. Afortunadamente, mis padres tenían mentalidad liberal, por lo que la circunstancia de que él fuera negro tampoco habría sido obstáculo. Había, sí, diferencia de educación, y mis padres siempre me habían advertido que eso puede dar lugar a graves problemas en la pareja. Yo había pasado años y años en la universidad, y *Blitz* no había tenido más que tres meses de formación. Pero, por otro lado, teníamos la ventaja de que él contaba con un trabajo estable, gozaba de excelente salud y estaba, en fin, como un tren.

Blitz, bromas aparte, es un perro del cuerpo de artificieros que trabaja en la base de las Fuerzas Aéreas que está cerca de Aviano, a una hora de Venecia en dirección norte. Es un pastor holandés de ocho años y hace seis que presta servicios en Aviano. Lo conocí hace año y medio, cuando fui a aquella ciudad a escribir un artículo para la revista *Zeit* sobre la apertura de un nuevo centro comercial. El lugar hervía de generales con el uniforme cosido a medallas, animadoras de instituto y adictos a las compras que hacían cola de seis en fondo esperando a que se abrieran las puertas. Y allí, muy formal, sentado sobre los cuartos traseros, al lado de su entrenador, estaba *Blitz*. Como toda mi vida he sido muy amiga de los perros, me acerqué a él con mi saludo de rigor:

—Hola, perrito bonito.

Y es que nunca me ha dado vergüenza hacer el ridículo por un perro. El sargento, desde lo alto de su estatura, dijo:

—Señora, yo que usted no lo tocaría.

Cuando le pregunté por qué, él me respondió, impávido:

—Porque *Blitz* le arrancará la mano de un mordisco.

Es bien sabido que hacerse el inaccesible es una táctica que casi nunca falla, y supongo que la amenaza de arrancarte una mano es una de las mayores muestras de inaccesibilidad que puede dar un macho. La táctica indicaba que el mejor camino para llegar al corazón de *Blitz* pasaba por el entrenador, y entré en conversación con el soldado: que dónde vivía *Blitz*, que quiénes eran sus padres, que dónde trabajaba, qué amigos —y hasta qué amigas— tenía... Las respuestas hacían que mi interés por *Blitz* fuera en aumento, y cuando se me ocurrió decir que quizá escribiera un artículo sobre él, al sargento se le iluminó la cara.

Pocos podemos resistirnos al afán de atribuir cualidades humanas a los animales que tenemos al lado: cuanto más cerca están de nosotros, más insistimos en buscar semejanzas. Nos parece bien que los osos y los alces tengan sus reacciones perfectamente animales, y dejamos para los especialistas el estudio del significado, pero los gatos, los perros y, en general, todas las criaturas que nos metemos en casa tienen casi la obligación de ser como nosotros, si no por sus actos sí, por lo menos, por sus sentimientos.

Ahora bien, ni *Blitz* ni ninguno de sus compañeros de trabajo —*Rocky, Layca, Carlo, Arny* y *Allan*— son perros convencionales: amigos y compañeros que viven con nosotros, nos divierten, nos consuelan y nos quieren. Son perros trabajadores muy bien entrenados, capaces de olfatear drogas y los componentes químicos de las bombas a distancias asombrosas, y el proceso de humanización se complica porque estos perros dan a las personas unas compensaciones distintas de aquellas a las que el hombre está acostumbrado a recibir de su mejor amigo. Se dan casos en los que los perros salvan la vida de las personas dejando fuera de combate a un atacante peligroso. La mayoría de los canes de casa son unos mantas que se pasan el día tumbados y no tienen inconveniente en idolatrar a toda la familia y también a cualquiera que les haga una carantoña en el súper. Los perros entrenados en la detección de explosivos aman a sus entrenadores, aunque al hablar de «amor» ya estamos otra vez atribuyéndoles cualidades humanas. Ellos obedecen al entrenador, responden con presteza a sus órdenes y dan señales de que estar en su compañía les encanta. Si hay amor, imagino que lo ponen los entrenadores, que hablan de los perros con mucho afecto y se hinchan de orgullo ante cualquier elogio que les hagan del animal.

Las perreras de la base aérea de Aviano están situadas a cierta distancia de la autopista que va de Pordenone a Aviano. Es un enorme edificio prefabricado con habitáculos para una treintena de perros, aunque en la actualidad no hay más que seis animales. Su misión consiste en descubrir drogas o bombas, además de vigilar y atacar. Por lo que me dijeron los soldados, parece que lo único que un perro necesita para cumplir con su cometido es olfato y entrenamiento: en realidad, los servicios de seguridad de los aeropuertos civiles utilizan cada vez más labradores, *collies* y hasta *beagles*, a los que los entrenadores militares califican en tono condescendiente de perros «pasivos». Los militares, por su parte, requieren perros capaces de desempeñar la doble función de detectar y atacar.

Detrás del edificio hay un extenso campo vallado, donde los perros reciben entrenamiento y hacen ejercicio. En realidad, éste es el único sitio en el que los perros pueden correr en libertad; el resto del tiempo lo pasan en la perrera o trabajando y, cuando trabajan, están atados a una correa corta que los mantiene al lado del entrenador, mientras guardan la entrada o patrullan por el interior o el perímetro de la base.

Esta falta de ejercicio es sólo aparente: el doctor Mark Smith, el veterinario, dijo que estos perros hacen mucho más ejercicio que el clásico perro doméstico. Para ellos, un turno de ocho horas no es nada. Además, se les controla el estado físico y el peso, y cada seis meses son sometidos a un reconocimiento completo. Hace unos meses, *Blitz* se rompió un diente y uno de los dentistas de la base tuvo que limárselo. Pero no le puso una corona. Pregunté, y me dijeron que la presión que ejercen las mandíbulas de un perro de este tamaño es de unos ciento cincuenta kilos por centímetro cuadrado, lo que haría saltar hasta la corona más robusta. Así pues, en la sonrisa

de *Blitz* hay ahora un hueco. Cuando los animales son muy viejos para trabajar, las Fuerzas Aéreas tienen la política de permitir que algunos sean adoptados por los entrenadores o, si el perro está muy enfermo para trabajar y la enfermedad se considera irreversible, se le sacrifica.

Esto le ocurrió a *Roy*, un pastor alemán, el verano pasado. El doctor Smith le diagnosticó cáncer de huesos y las Fuerzas Aéreas, propietarias del perro, decidieron sacrificarlo. Los hombres que me describieron la muerte de *Roy*, unos aguerridos soldados, no podían disimular la emoción. El sargento Howard, encargado de la perrera, decidió que, después de una vida de leales servicios, *Roy* se había ganado las honras fúnebres militares, y las tuvo, incluida una salva de veintiún fusiles de la guardia de honor.

Hablando de muerte, pregunté al doctor Smith qué se hace con las mascotas de los militares que mueren mientras sus amos están destinados en Aviano. Me dijo que una empresa italiana se hace cargo de los cadáveres a cambio de una cantidad que va de los treinta dólares por un gato o un hámster a los ochenta por un gran danés. La tarifa por una incineración es de ciento ochenta dólares. Las cenizas se entregan al dueño. Al oír estas cantidades, imaginé que los caseros italianos deben de encontrar muchos huesecitos enterrados en el jardín cuando sus arrendatarios norteamericanos son trasladados a otro destino.

La empresa italiana ya se había llevado a *Roy* antes del funeral, de manera que los fusiles dispararon al aire sobre un ataúd vacío. Apenas revelada esta circunstancia, mi interlocutor se tapó la boca con la mano y dijo:

—No era mi intención levantar la liebre.

Una metáfora quizá incongruente, pero que a mí me pareció muy oportuna.

Aunque me daba reparo preguntar, dada la delicada índole de mis sentimientos, no pude menos que interesarme por la vida sexual de *Blitz*. Nula. Es tan severo el entrenamiento que ni el olor de una hembra en celo prevalece sobre una voz de mando del entrenador. La única posibilidad de tener una vida romántica que existe para un perro como *Blitz* es ser seleccionado para el programa de cría del departamento de Defensa, una política nueva, introducida quizá para satisfacer la creciente demanda de perros especializados en la detección de explosivos. En la actualidad, la mayoría de los perros de las fuerzas armadas se compran a criadores de Estados Unidos y Europa, pero la compra queda supeditada a un período de prueba de diez días, durante el cual se comprueba tanto el estado de salud como las aptitudes naturales del animal.

Los hombres que trabajan con estos perros llegan a desarrollar una gran sensibilidad hacia sus pupilos, como se puso de manifiesto cuando se refirieron a la «personalidad» —no sin pedir perdón por el uso de la palabra— de cada animal. *Layca*, al parecer, es imprevisible, y su entrenador nunca sabe si va a morder, a gruñir o a saltar sobre una persona. Todos estuvieron de acuerdo en que *Rocky* es el más sereno y pacífico. En realidad, mientras hablaban de él, yo tenía la impresión de que el estigma de «pasivo» rondaba la mente de los cuidadores. Con satisfacción, me enteré de que *Blitz* estaba considerado por todos como el más noble del grupo.

Pasamos al tema de las emociones, y los soldados mostraron su desdén hacia la creencia popular de que estos animales carecen de emociones. Hablaron de amor, de antipatía y de celos y, en prueba de ello, citaron el caso de un perro que, durante un período de tiempo, tuvo que compartir a su entrenador con otro perro. Cuando el entrenador iba a buscar al segundo perro para una sesión de trabajo o de ejercicio, el primero trataba de sacar la pata de la jaula para atacar al otro, y siempre que el segundo perro pasaba por su lado en compañía del entrenador, el primero

se mostraba agresivo. Mientras duró el adiestramiento conjunto, el primer perro solía levantar una pata y fingir una lesión para llamar la atención. ¿Celos? Pues yo diría que sí, por más que los teóricos de la conducta animal opinen lo contrario. Y cuando oyes hablar de sus perros a sus entrenadores, no te cabe duda de que también hay cariño entre ellos.

Toda la teoría se me fue de la cabeza el día en que salimos todos juntos a jugar. Antes de que se me autorizara a acercarme a los perros, tuve que embutirme en el traje de protección. El traje, confeccionado en un material muy grueso, pesa unos diez kilos y no es lo que se dice muy apropiado para presumir de elegancia: su finalidad es la de proteger a la persona del ataque de los perros, de aquella presión de ciento cincuenta kilos por centímetro cuadrado y de la dentellada rápida y repetida que los entrenadores llaman *typewriting*, es decir, tecleo.

De pie en el campo, con las cumbres nevadas de los Dolomitas a mi espalda, vi acercarse a *Blitz* sujeto a la correa que empuñaba su entrenador. Durante lo que me pareció un tiempo larguísimo, *Blitz* y yo, al fin, nos encontramos frente a frente. Yo, con aquel traje que me obligaba a mantener los brazos extendidos, y él, sentado en el suelo, mirándome la garganta y ladrando. Observé que el diente limado a ras de la raíz no reducía la agresividad de sus fauces, en las que aún debía de haber por lo menos noventa y dos piezas, que, vistas desde donde yo estaba, parecían del tamaño de sardinas. Mientras él ladraba y yo veía cómo su saliva me salpicaba los pies y le contaba los dientes, me vino a la mente el día en que, veinte años antes, al ser evacuada de Irán durante la revolución, un joven guardia revolucionario trepó a nuestro autobús y me puso en la cara el cañón de un kalashnikov. Desde entonces no había sentido un miedo tan vivo y animal.

Después de haber pasado mucho tiempo metida en aquel traje, cuando *Blitz* y yo ya nos conocíamos un poco mejor, tuve ocasión de observarlo en compañía de su entrenador. Y durante aquellos minutos en los que el soldado le acariciaba la cabeza, se dejaba lamer el cuello por aquella larga lengua y le daba de beber agua de su propia botella, comprendí que también *Blitz*, incluso el *Blitz* de los muchos dientes, poseía esa maravillosa cualidad canina que genera lo que Emily Dickinson llamó «arrebato de cordialidad» entre el hombre y la bestia. Y las palabras salieron de mis labios espontáneamente:

—Hola, perrito bonito.

LA PRIMERA VEZ QUE COMÍ OJO DE CORDERO

Sólo que no lo comí, por lo que pueden ustedes seguir leyendo sin reparo. Fue en 1979, en Irán, hacia el final de la revolución que nos haría salir a todos del país. William, mi compañero, y yo fuimos invitados a una cena de despedida en casa de unos amigos iraníes: había sido decretada la ley marcial y era evidente para todos —salvo, naturalmente, para el gobierno de EE.UU.— que muy pronto tendríamos que abandonar Irán, y nuestros amigos deseaban mostrarnos su afecto y consideración ofreciéndonos un buen ágape.

Ya habíamos estado antes en su casa y ellos en la nuestra, por lo que conocíamos los guisos de Parveen y pensábamos que nos haría una de sus especialidades: fardelillos de hojas de parra, buñuelos de espinacas, cordero a la parrilla... Cuando llegamos a la casa —temprano, porque teníamos que regresar antes del toque de queda—, observamos que en la cocina, situada en la parte trasera, estaba la madre, buena señal sin duda, porque todo el vecindario consideraba a la *hannum* una buena cocinera. Cenarían con nosotros, además del padre de Parveen, su hermana y su cuñado. Cuantos más familiares nos acompañaran, mayor era la consideración que se nos mostraba.

Nos sentamos alrededor de la mesa baja, sintiéndonos muy transgresores por cenar juntos hombres y mujeres en casa de una familia tradicional. Había pistachos, almendras y pasas, un bol de yogur y pepino. Tomamos té y charlamos cortésmente poniendo especial cuidado en hacer caso omiso del tableteo de las ametralladoras que de vez en cuando se filtraba por las paredes.

Al cabo de unos diez minutos, Parveen pidió disculpas y, cruzando el patio, fue a la cocina, de la que volvió enseguida transportando una fuente de arroz del tamaño de un barreño, en cuyo centro humeaba un montón de carne. Depositó la fuente en el centro de la mesa y procedió a amontonar arroz con carne en nuestros platos. Cuando todos estuvimos servidos, hundió la cuchara en el resto de la carne y extrajo, en rápida sucesión, dos objetos del tamaño y la forma de canicas. Depositó el primero en el plato de William y el otro en el mío.

Comprendiendo, con viva angustia, lo que acababa de ocurrir, yo mantenía un pertinaz monólogo sobre el uso del pretérito perfecto, y William, no menos consternado que yo ante lo que nos aguardaba, me escuchaba conteniendo el aliento, como si su máxima aspiración fuera usar correctamente ese tiempo verbal.

Todos nos pusimos a comer, quizá yo un poco más despacio que los demás. El arroz nunca había estado tan seco; cada una de las pasas, hinchadas y succulentas, se me atragantaba. Bebí varios vasos de té, empujando de vez en cuando con la punta del tenedor aquella bolita repelente, al tiempo que lanzaba miradas de admiración al exquisito manjar, para dar a entender que lo reservaba para el final.

William, a quien, durante meses de ley marcial, nunca faltó el valor, demostró una vez más su heroísmo y se comió el suyo de un bocado. Ya no quedaba más que el mío, que me miraba a intervalos.

La cena se terminaba: yo sabía que después había arroz con leche con aroma de agua de rosas. Miré el plato y me pareció que el plato me miraba. Entonces recordé el consejo que se daba a las doncellas victorianas en su noche de boda: «Cierra los ojos y piensa en Inglaterra.»

Una granada, u otra cosa que hizo el ruido que piensa uno que ha de hacer una granada, estalló en la calle de al lado, y el padre de Parveen dio un rodillazo a la mesa que hizo tambalearse el jarro del agua. Varias manos fueron a sostenerlo, un vaso de té cayó a la alfombra y alguien volcó el bol del yogur. Cuando se restableció el orden, mi plato estaba vacío y yo sonreía extasiada por haber sido objeto de una deferencia tan oportuna y delicada.

Siguió el arroz con leche, pero ya era hora de irse si no queríamos llegar tarde a casa. Rápidos apretones de mano, y el marido de Parveen nos acompañó hasta la esquina de nuestra calle. Allí más apretones de mano y más reverencias.

Al meter la llave en la cerradura, William preguntó:

—¿Dónde lo tienes?

—En el bolsillo, envuelto en el pañuelo, y de hoy en adelante soy vegetariana.

DE LOS HOMBRES

PECHOS

La apoteosis de mi temporada operística de 1997 fue la representación del *Ariodante* de Händel en Amsterdam. Se hizo en concierto, es decir que los cantantes se limitaban a cantar siempre en el mismo sitio, sin vestuario de época, ni decorados, ni aspavientos, ni telón de fondo. Mark Minkowski dirigió una de las más electrizantes interpretaciones de una ópera de Händel que he oído en mi vida y Anne Sophie von Otter me reafirmó en la opinión de que es una de las mejores cantantes del momento. Ariodante es uno de los papeles que Händel compuso para un *castrato*, y como en la actualidad, ¡ay!, no cantan *castrati*, interpreta el papel una mujer, generalmente una mezzosoprano, como ocurría en este caso. Pero Ariodante es un chico. Aunque el que estrenó la obra no era un chico completo, el público del siglo XVIII aceptaba la convención y hacía como si creyera que estaba entero. Doscientos años después, aunque la intérprete tiene atributos femeninos, también nosotros aceptamos la convención y asumimos que Ariodante es un chico.

Yo esperaba con impaciencia la publicación del *compact disc*, a fin de confirmar la impresión que me había causado la audición. Al fin, en el Musik Hug de la Bahnhofstrasse lo vi y una amiga muy generosa me lo regaló. La carátula no dejaba lugar a dudas, porque allí estaban el título —ARIODANTE— y Anne Sophie von Otter para demostrarlo. La habían retratado en blanco y negro, con el hombro izquierdo cubierto por una artística pieza de armadura muy adornada, como las que lucen en los cuadros de los museos esos caballeros que parecen tan bajitos encima del caballo. La pieza, decorada con un delicado dibujo de flores y aves, parece, sin embargo, lo bastante robusta como para proteger el hombro de un buen mandoble. Pero debajo de ella lleva un vestido negro de cóctel con escote en «V» por el que asoma el nacimiento de los senos.

¿Ariodante, senos? ¿No era un chico? Sí, sí, ya sé que en realidad no es un chico porque su parte la canta una chica, pero se supone que es un chico. Y los chicos no tienen pechos. Ellos tienen músculos.

Le miré la cara. Lleva el pelo a lo chico pero hace años que la Von Otter lleva el pelo a lo chico. Si mides metro ochenta, probablemente es una buena idea. Y tiene los labios pintados y las cejas mal dibujadas, y ha sido sorprendida mirando hacia la izquierda, como si se preguntara cuándo va a terminar esa ridícula sesión fotográfica.

Intrigada, empecé a pasearme por los pasillos de la sección de música clásica, mirando las carátulas de los discos, y al cabo de un cuarto de hora, lo había descubierto. Ahora ya no basta la música o, por lo menos, ya no vende. No, señor; ha de ser sexo y música o, como en algunas de las horripilantes interpretaciones que escuché aquel día, sólo sexo. Elegí unos cuantos *compact discs* entre los de más erótica presentación y los puse. Hay una violoncelista que parece estar practicando el sexo con su instrumento, sin duda porque es lo único con lo que sabría hacerlo. Estaban también los llamados *Sensual Classics II*, en la foto de cuyo catálogo se ve a una joven

pareja, cada uno de ellos arrobado por la ropa del otro. Pero lo mejor fue la joven violinista oriental que estaba de pie en medio de un lago, con un violín blanco en la mano. Lo más curioso es que sus pezones parecían seguirme, como la mirada de esos Cristos pintados sobre terciopelo.

Mezclar sexo y música pop me parece normal, pero utilizarlo como reclamo para vender música clásica me parece ofensivo. Harta de aquel cóctel barato, me llevé mi CD y me puse a escucharlo. Y pasé tres horas en el cielo. Con pechos o sin ellos, Ariodante es heroico y apasionado y Anne Sophie von Otter, una de las grandes cantantes de nuestra época. Con pechos o sin ellos.

EL HOMBRE ITALIANO

Al parecer, Italia es «descubierta» cada cinco o seis décadas. Los ingleses en el siglo XIX y los norteamericanos después de la Segunda Guerra Mundial descubrieron Italia, sucumbieron al encanto de sus muchos dones y la describieron en una prosa impregnada de la pasión y el optimismo que siempre acompañan al nuevo amor. Durante los últimos años les ha tocado a los europeos hacer el descubrimiento y son muchos los que encuentran solaz en este lugar privilegiado, cuyos signos de identidad nacional son, sencillamente, la felicidad y la disposición para disfrutar con pasión y entusiasmo hasta de los goces más simples de la vida.

Mucho se ha dicho y se ha escrito sobre la «nueva» Italia, la Italia que ha dado al mundo una imagen que conjuga con perfecta armonía la elegancia y la sencillez. No hay más que ver la exquisita línea de la solapa de una chaqueta de Armani o el cosido de unas botas Fratelli Rosetti para percibir esa búsqueda instintiva del buen gusto y el bien hacer. Hasta el plato más sencillo de una *trattoria* popular es muestra de ese afán de perfección. Y me parece que eso nos indica la medida en que la nueva Italia es, en realidad, la heredera legítima de la vieja, porque si algo nos revela la Historia de Italia es ese amor constante por la belleza, la elegancia y esa cualidad intangible de la *bella figura*.

También se ha descubierto al italiano, y me refiero, concretamente, al hombre: el macho de puertas afuera que por la noche ayuda a fregar los platos o el joyero seductor que el domingo lleva a sus hijos al parque de atracciones y grita con ellos en las montañas rusas. Lo que ambas imágenes tienen en común es la familia, la base de la que todos los hombres italianos proceden y a la que todos desean volver. Y cualquier indagación en la personalidad del italiano, el nuevo o el viejo, debe empezar por ahí.

Una de las cualidades que en mayor medida caracterizan al italiano es la absoluta seguridad de su propia valía, que emana de él y lo envuelve en un halo de salud emocional que lo protege de los avatares de la vida. Y ese sentimiento se lo infunde la familia. Miren si no a los niños que juegan en los parques o en las estrechas calles de sus ciudades. Todos tan bien vestidos y tan bien calzados, con unos zapatitos que dentro de nada les estarán pequeños. Y miren alrededor y, cerca de ellos, detrás o a su lado, verán a una mujer de la familia —una hermana, una tía, una madre, una abuela—, en actitud protectora y cariñosa, que tiene en los ojos ese mismo brillo con que mira la Sagrada Hostia en el momento en que el sacerdote la levanta durante la misa. Porque allí está él: *un figlio maschio*, compendio de la gloria de la cultura, de las esperanzas en el futuro de la familia, de la virilidad del padre y la feminidad de la madre. Todo está ahí, en esa criatura adorada que, desde la cuna, sabe que es el centro del universo familiar, que cada momento de su vida, cada gesto y cada palabra es fuente de dicha para quienes lo rodean. En los países no latinos esta especie de incondicional adulación se mira con suspicacia y se la considera germen de complejos inevitables, la serpiente del Edén de la vida, causa de males psíquicos seguros. Aquí, en Italia, por el contrario, no es más que la manera en que se manifiesta una particular clase de

amor, y sus resultados, como se ha demostrado desde que la loba amamantó a aquellos dos rorros, es la formación de un hombre que durante toda su vida no dudará ni un momento de su valía ni de su virilidad.

Existen, qué duda cabe, infinidad de tópicos acerca de los italianos, entre otros los clásicos del *Latin Lover* y el mafioso con puro a los que ahora se ha unido el del ejecutivo con chaqueta de cachemir, el maletín en una mano y el *telefonino* en la otra. Al igual que todos los tópicos, éstos tienen su origen en la realidad, porque estos hombres existen efectivamente, pero no abundan y para la mayoría de los italianos son figuras jocosas, como lo es la supuesta estupidez de los *carabinieri*, fuente inagotable de chistes, como el que dice que siempre van de dos en dos porque uno lee y el otro escribe. El italiano auténtico, si tal figura existe, es mucho más interesante, y es producto de ese amor espontáneo e incondicional que aglutina a la familia.

La Historia no ha tratado bien a Italia, que ha visto llegar y marchar a muchos ejércitos, que ha sido barrida de arriba abajo por los invasores y que durante siglos ha conocido gobiernos de varias formas que se han mostrado más o menos corruptos e incompetentes. Por ello, es natural que la única unidad social en la que confían los italianos sea la familia, es la familia lo que se debe preservar y todos se consideran adeptos de esta fe, la verdadera fe de los italianos. Una vez se ha comprendido esto, resulta mucho más fácil comprender al varón italiano. Su esposa, la madre de sus hijos, merece todo su respeto, por más que la fidelidad no sea siempre una de las maneras en las que se manifieste. El trabajo es importante, el éxito es vital, porque eso le permitirá proteger mejor a sus hijos frente a las incertidumbres del futuro. Y el placer, que ese futuro incierto puede destruir en cualquier momento, hay que buscarlo en todas sus varias y exquisitas formas: la buena mesa, el buen vino, la buena cama, la caricia de un fular de seda, la satisfacción de poseer objetos bien hechos y de buena calidad.

Uno de los rasgos más asombrosos de estos hombres, por lo menos para los no latinos, es la naturalidad, la total falta de escrúpulos con que se conceden sus placeres. A las mujeres hay que amarlas, el dinero hay que gastarlo, la vida hay que vivirla, y ellos consumen estos placeres con la misma fruición con que se comían el helado que les compraba sus amantísimas tías y hermanas. Al fin y al cabo, el placer es suyo por derecho de nacimiento, y ¿quién es el guapo que pretenda reprochárselo?

Como queda dicho, los italianos no son dados a alimentar complejos acerca de su virilidad y, por otra parte, tampoco dudan de que su físico sea perfectamente presentable y hasta deseable. Al igual que los animales y que los niños pequeños, ellos están muy a gusto con su cuerpo y muy satisfechos de su potencial erótico. A los italianos no se les ve acudir al gimnasio para rebajar estómago, ni correr en la cinta para eliminar esos cinco kilos que les sobran, como tampoco levantar pesas para desarrollar una musculatura que haga palidecer de envidia al mismo Adonis. Si tienen estómago, el sastre lo disimulará. Y, si no, siempre les queda el recurso de definirse como «robustos». La idea de seguir una dieta les parece un poco ridícula y todas esas historias sobre no fumar son perversas y extranjeras. Puesto que comer y fumar proporcionan un placer físico, no hay razón para negarle al cuerpo lo uno ni lo otro.

No pretendo dar a entender con ello, sin embargo, que los italianos sean unos hedonistas simplones: son mucho más finos y sofisticados. Quizá al estudiarlos se deba prescindir del concepto del hedonismo y verlos como los últimos paganos auténticos que quedan en Europa,

hombres para los que la vanidad es una virtud y no un vicio, para los que el placer es un fin y no un pecado.

Todos los meses, las revistas y periódicos italianos publican los resultados de encuestas con las que se trata de reflejar la vida social, psicológica y sentimental de los italianos. Al parecer, son cada vez menos los que se casan y, de éstos, menos los que se casan por la Iglesia. Son más los que se tiñen el pelo y los que se divorcian o se separan y menos los que tienen más de un hijo. Y sin embargo, a pesar de las estadísticas, el italiano, tranquilamente, se aplica a su tarea, que consiste en ser un hombre, ni más ni menos. Y en virtud de este hecho, aún se considera que ocupa una posición especial en la sociedad. Basta ver quién dirige el gobierno, las grandes empresas y las universidades para comprender que su posición está segura, porque el país sigue en manos de los hombres y no es probable que esto vaya a cambiar pronto, aunque son muchos, hombres y mujeres, los que desearían que así fuera. Sí, son muchas las mujeres que llegan a puestos de responsabilidad —las dos últimas presidentas de la Cámara de Diputados, por ejemplo— y que *la donna manager* se está abriendo camino en el comercio y la industria. Pero Italia sigue siendo en gran medida tierra de hombres.

Ahora bien, esta hegemonía masculina es muy distinta de la que se observa en otros países, quizá porque está suavizada por el verdadero afecto y consideración que los italianos sienten por las mujeres tanto como por la circunstancia de que las instituciones reconocen la completa igualdad entre mujer y hombre. No hay más que pensar en un lugar tan sórdido como Arabia Saudí, donde se niega a las mujeres hasta los más básicos derechos humanos y civiles para apreciar la forma en la que aquí las mujeres pueden hacer valer su independencia.

Al hablar de la posición de la mujer en este país hay que tomar en consideración una circunstancia, intangible pero que en Italia tiene una fuerza arrolladora: el auténtico placer que supone para los hombres la compañía de la mujer. La mayoría de las relaciones —no sólo entre una mujer y su amante, sino también entre una mujer y el hombre que le vende el queso y el *prosciutto*— están matizadas por el mutuo reconocimiento de una posibilidad sexual, por remota y disparatada que sea. Quizá, en un principio, esto pueda parecer un delirio nacido de la frustración, pero toda mujer que haya vivido o viajado por este país tiene que haber percibido esa carga sexual que impregna el aire cuando habla con un italiano, por trivial que sea la conversación.

Habrá quien lo considere una impertinencia, una ofensiva familiaridad de un extraño, pero para muchos italianos no es más que un tributo que se rinde a una mujer, no más procaz ni más provocativo que la mirada de admiración que nos merece un cuadro o un campo de amapolas. Las mujeres existen para el placer de los hombres, los sexos existen para su mutuo deleite y, por consiguiente, con el *peccorino* viene incluido un cumplido y con el *stracchino*, una sonrisa que esponja el corazón y te habla de lo que pudo haber sido.

Suele decirse de los italianos que son tan superficiales como unos colegiales, que toda la vida son adolescentes. Aquí cabría preguntar, quizá, si no podría decirse otro tanto de los hombres en general. De todos modos, si esta superficialidad fuera privativa de los italianos, podría considerarse parte integrante de su gran encanto y, ya que en Italia nunca está lejos el concepto de familia, como un efecto más de su básico apego a los suyos. Si el único vínculo esencial es el de la familia, todos los demás pueden considerarse meramente anecdóticos. El gran secreto de los italianos estriba en el hecho de que las relaciones humanas, por superficiales y transitorias que parezcan, no por ello han de ser forzosamente intrascendentes o triviales.

Una mujer que pasa la velada con un italiano, ya sea amigo o amante, compañero de trabajo o marido, no puede por menos de advertir una y otra vez la diferencia que existe entre uno y otro sexo. Quizá se la haga presente, simplemente, ese acto tan banal y anticuado como es el de retirarle la silla cuando va a levantarse, o el de presentarle, con una sonrisa, la flor comprada a un vendedor ambulante, o el de tomar en consideración sus opiniones o saber rectificar las propias en el curso de una animada discusión sobre política o música. Cualquiera que sea la causa, ella se sentirá envuelta en ese cálido ambiente que se genera cuando se está con una persona que te aprecia, que goza por el simple hecho de estar en tu compañía y que no trata de disimular ese gozo. Para algunos éste puede ser el italiano nuevo, pero los que tenemos la inmensa fortuna de vivir en este bendito país reconocemos en él al italiano de siempre, el que, si Dios quiere, debe perdurar.

LAS COSAS QUE SE DICEN EN LA CAMA

Cada vez que vuelvo a Estados Unidos me encuentro con cosas que me sorprenden, aunque, con los años, he aprendido a distinguir entre las sorpresas que son constantes y las nuevas. Las constantes son las que me llaman la atención cada vez: la obesidad de la gente, esas personas infladas como colchones neumáticos, vestidas con sudaderas de color pastel de tallas inverosímiles. Está también la sorpresa recurrente de la banalidad del lenguaje, con la palabra *like*, «como», incrustada en caprichosa pirueta sintáctica, por ejemplo: «*He was, like, tall*», «Él era como alto», «*Should we, like, go*», «¿No tendríamos como que irnos?». O la sorpresa infalible de los horrores de la televisión, la basura que nunca te defrauda. Y cada vez que tomo el metro para ir del aeropuerto al centro me sorprende el número de negros que veo.

Luego están las sorpresas nuevas, pero, al igual que todo buen turista, trato de limitarme a una por viaje. En las décadas de los sesenta y los setenta, con frecuencia me sorprendía el número de los asesinos en serie, pero con los años se han hecho tan corrientes que he tenido que incluirlos en la categoría de sorpresas constantes. Lo mismo que los matrimonios ancianos en los que uno de los cónyuges asesina al otro para evitarle «el sufrimiento de la lenta muerte del Alzheimer». Cuando observé que siempre era el marido el que mataba a la esposa y empecé a sospechar que el motivo era menos noble que el aducido, no tuve más remedio que transferir estos casos a la categoría de sorpresas reiteradas.

Pero en este viaje he tenido una sorpresa auténtica, tanto como para asombrar a esta vieja cínica. Saltó de la primera plana del *Asbury Park Press*, un diario del sur de Nueva Jersey. Estamos a primeros de junio, los chicos y chicas se gradúan en el instituto. El punto culminante de la graduación es el Senior Prom, el gran baile de despedida que se celebra durante los últimos días de clase. Si vas y con quién vas son los factores determinantes de la categoría personal y social de todos los estudiantes de secundaria de Norteamérica. No asistir al baile es como tener el sida o, ahora que el sida parece estar controlado, la lepra. (Recuerdo el caso de una mujer de Tejas que trató de contratar a alguien para que matara a la muchacha que era la rival de su hija, aunque creo que era para ser la majorete que presidía el desfile, no para ser la reina del baile. Que viene a ser lo mismo.)

La primera edición avanzaba la noticia. Recién nacido hallado en el aseo de las chicas durante el baile de despedida. Muerto, por supuesto. A medida que transcurrían los días fueron conociéndose detalles, y el caso fue motivo de comentarios y rumores. Una de las asistentes había ido al aseo entre baile y baile, había tenido el niño, lo había tirado al cubo de los desperdicios y había vuelto a la pista. Todo ello había pasado inadvertido, se decía, porque la muchacha estaba tan gruesa que nadie se había dado cuenta de que estaba embarazada. La encargada de la limpieza de los aseos, al notar que la bolsa de los desperdicios pesaba más de lo normal, la había abierto. Consternación, horror y orden de practicar la autopsia. La muchacha, detenida para ser interrogada. No se facilitaba el nombre.

Dos días después, el *New York Post* publicaba su foto y el clamoroso titular: «Melissa, ¿cómo fuiste capaz?». La había delatado una amiga, por supuesto, y se había dado a la prensa la foto y el nombre. Más golpes en el pecho. Más interrogantes acerca del carácter nacional. ¿Podrá sobrevivir la democracia? Una vez empiezan a plantearse las Grandes Preguntas, resulta imposible seguir leyendo.

Por consiguiente, concentré mi atención en el escándalo, más bucólico, que había convulsionado a Norteamérica antes de que Melissa se calzara sus zapatos de baile: ex as del fútbol americano, pillado en el catre con un bomboncito. *The Globe*, uno de los principales ornatos de la prensa de alcantarilla, había suministrado a un público ávido no sólo fotos, sino la transcripción de sus arrullos, la cual confieso haber leído con gran curiosidad.

ÉL: Cuando se presenta alguien como tú es curioso. A mí no creas que me da así, sin más. Es que a mí lo que me pasa... Es que me siento atraído. Haces que me sienta tan bien...

ELLA: Mmmm oh, es que lo haces tan bien... Cómo me gusta. Oh, Frank, es que no puedo creer que estés haciéndome estas cosas. Oh, es que es increíble. Frank es que eres genial. Me encanta esto. Oh, es que eres de fábula...

Aparte de la ramplonería de la gramática, llama la atención la patética pobreza del lenguaje, como si los dos hubieran pasado tanto tiempo viendo culebrones y películas baratas que hubieran caído víctimas de la Invasión de los Ladrones del Lenguaje. De acuerdo, Frankie había estado muchos años recibiendo golpes en la cabeza, pero hasta un discapacitado mental tenía que darse cuenta de que aquello era una encerrona. La cita fue filmada y fue grabada.

¿En qué punto llega a hacerse tan abrumadora la inanidad de una cultura como para que las personas pierdan la facultad de expresarse más que con frases hechas? Sus expresiones son material propio de una Babara Cartland en un buen día. O de un D. H. Lawrence en un día malo. Ni en un momento de pasión —menos que nunca en un momento de pasión— los seres humanos pueden hablarse de esta manera. Los lingüistas no se ponen de acuerdo sobre si tenemos habla porque somos humanos o somos humanos porque tenemos habla. En cualquier caso, después de leer este diálogo, uno siente la tentación de solicitar la admisión en otra especie.

INSTINTOS

¿Creen ustedes que hay un sitio al que van a parar todas esas horas que desperdiciamos en inútiles debates y charlas? ¿Consideran posible que exista una especie de contenedor cósmico en el que se acumulan, exhaustas tras una labor tan ardua como inútil, todas esas horas que pasamos hablando de religión, de política o de cualquiera de esas cuestiones sociales acerca de las cuales, a estas alturas, todo el mundo tiene una opinión inamovible? Estoy segura de que no hay nadie que no se haya jurado a sí mismo, sobre todo, a la mañana que sigue a una cena especialmente exaltada, no volver a hablar nunca más —¡NUNCA MÁS!— del aborto, del papa ni de astrología. Pero todos reincidimos, ¿verdad? Estoy segura de que todos tenemos nuestros temas sensibles, que indefectiblemente nos arrastran a fútiles discusiones que nos dejan con el corazón palpitante y la cabeza atónita por lo estúpida que llega a ser la gente.

Al cabo de los años he hecho el voto de no hablar de religión, por lo menos, con quien sea adepto de una de ellas, de evitar a toda costa discutir sobre el aborto y no permanecer en una habitación en la que se toque el tema de la pedofilia.

Pero estos temas nos asaltan de improviso, se cuelan en las salas de estar de los amigos, incluso salen a cenar con nosotros. Hace varias semanas, degustando la primera *frittella* de la temporada de Carnaval, me quedé absorta un momento en aquella explosión de nata, pasas, bizcocho y azúcar y, antes de que pudiera darme cuenta de lo que ocurría, la pedofilia se había metido en el comedor, se había sentado a la mesa y alargaba la mano hacia los pasteles. O eso me pareció. Tres de los presentes estábamos hablando de la tendencia del sistema judicial italiano a aceptar la alegación de trastorno mental, aunque con un matiz peculiar muy italiano: trastorno mental transitorio, por el que una persona, durante el tiempo que tarda en cometer un delito —asesinar a sus padres, incendiar un teatro lleno de gente o violar y estrangular a una niña—, puede hallarse en estado de enajenación y, por consiguiente, no ser plenamente responsable de sus actos.

Yo iba a reírme de esta palmaria tontería cuando uno de los presentes dijo:

—Es que, en el caso de los pedófilos, realmente es así. Obran por un impulso irresistible.

De un modo que me pareció perfectamente decoroso, dejé en el plato lo que quedaba de un pastel que de repente me parecía insípido y dije:

—Vale más que dejemos de hablar y nos vayamos a casa.

Siguió un silencio de consternación general hasta que expliqué que, por lo que a mí se refería, tan pronto como la expresión «impulso irresistible» entraba en una habitación, ya podíamos marcharnos, porque no íbamos a poder ponernos de acuerdo en nada.

Lo dije en serio y realmente quería marcharme, porque los que no creemos en los impulsos irresistibles no deberíamos perder el tiempo hablando con los que sí que creen en ellos. Y, tal vez, deberíamos aprovecharlo aprendiendo a tricotar. Por lo menos así, a cambio de la energía

invertida en la labor, tendríamos una bufanda o un jersey en lugar de ese vago remordimiento que sentimos por habernos dejado arrastrar, una vez más, a perder horas de vida y hasta, incluso, alguna amistad.

Todos lo hemos oído mil veces: «Lo acometió un impulso irresistible.» «Él (siempre es un “él”, ¿verdad?) no sabía lo que hacía.» «Él no pudo contenerse.» El ejemplo más frecuente que se aduce es el caso del hombre que inicia un escarceo amoroso con una mujer y, de pronto, oye que ella le dice: «No.» Es decir, él desea seguir adelante y ella se niega. Ahí es donde entra en escena el impulso irresistible, porque ¿qué va a hacer el chico, eh? Por más que ella diga: «No», él ha llegado a un punto, ¿comprenden ustedes?, en el que ya no puede parar. Es irresistible, ¿comprenden?

Cada vez que se recurre a este manoseado ejemplo, extraído del cajón de las excusas baratas, yo pregunto cuál habría sido la reacción del hombre si la mujer, en lugar de decir «No» hubiera dicho: «Tengo el sida.» ¿El impulso habría seguido siendo irresistible?

Otro elemento interesante de esta creencia es el objeto del deseo. Parece que, por lo menos por lo que he oído contar durante las últimas décadas, los impulsos irresistibles de los hombres indefectiblemente conducen a causar daño o dolor a otra persona: violación, asesinato, agresión. Por otra parte, los impulsos irresistibles de las mujeres suelen ser comestibles: chocolate, helado o repetir de postre. Las grandes pecadoras tal vez lleguen a teñirse el pelo de otro color o a comprarse un bolso de Gucci. Pero, generalmente, no dejan un rastro de sangre.

Así pues, a fin de cuentas, sólo quedan preguntas. ¿Por qué la sociedad concede únicamente a los hombres el lujo de tener impulsos violentos irresistibles? ¿Por qué las mujeres no los tienen o, si los tienen, por qué parecen poder resistirlos con tanta facilidad? Y, a fin de cuentas, siempre queda la pregunta primitiva: ¿adónde van a parar las horas que pasamos hablando de estas cosas?

¡OH, LINDO PIECECITO!

Debo confesar que, al igual que muchas mujeres, yo, francamente, no le encuentro la gracia a la pornografía. Es decir, la idea no me resulta en modo alguno estimulante, ni en el aspecto sexual ni en el intelectual. Sin duda, ello se debe tanto a haberme criado en la Norteamérica de los años cincuenta como a nobleza de principios. Al fin y al cabo, ¿se imaginan ustedes a Mamie Eisenhower mirando fotos guarras? No he visto ninguna película pornográfica en toda mi vida, es decir, aparte de *Terminator I*, nunca he mirado las fotos de ninguna de las consabidas revistas ni he leído los artículos. En rigor, no puedo decir que desaprobe la pornografía. Mi ignorancia me impide opinar.

Ahora bien, en una ocasión algo de eso tuve que leer, en el curso de un trabajo de documentación, y acabé leyendo nada menos que pornografía china de los siglos XVIII y XIX. Bien, sin duda pensarán ustedes que todos somos iguales, ¿no?, que a todos nos estimulan las mismas cosas, que hay prácticas comunes a diferentes culturas. Pues no, señor.

De lo leído acerca de la pornografía china, se desprende que el principal objeto erótico del hombre chino (¿y quien ha escrito alguna vez algo acerca de los objetos eróticos de las mujeres?) era —sí, lo han adivinado— ese piececito diminuto, ese apéndice mutilado, hediondo y vendado, tamaño ideal: ocho centímetros, y sin eso no pienses en casarte, guapa. Era algo que se hacía a las niñas a los tres años, generalmente por la madre o una tía: se le doblaban los dedos hacia abajo y se le ataban a la planta del pie con unas vendas especiales de algodón que sólo se le quitaban para limpiar el pus o la sangre e inmediatamente eran sustituidas por otras. No hacen falta muchas explicaciones ni mucha imaginación para tener idea de cómo debía de doler. Y así toda la vida.

Las efusiones de los hombres que contemplaban esos capullitos putrefactos, epicentro del fetichismo erótico, no debían de quedar muy lejos de los velados excesos del *Roman de la Rose*, aunque sin la delicadeza de ese poema. Escuchen si no. «Cada vez que veo a una niña que sufre el dolor de los pies vendados, pienso en el futuro, cuando sienta esos lotos en mis hombros o los sostenga en la palma de la mano, y me inunda un deseo incontrolable.» Y todas sabemos lo que eso significa, ¿verdad, chicas? O esta perla: «¡Oh, ese piececito! Ustedes, los europeos, no comprenden lo exquisito, lo dulce, lo excitante que es! El contacto de los órganos genitales con el piececito produce en el varón una voluptuosidad indescriptible, y las mujeres expertas en el amor saben que para despertar el ardor de su amante nada mejor que tomar el pene entre los pies.» ¿Tienen estómago para otra muestra? De acuerdo, ahí va: «Cuanto más pequeño es el pie de la mujer, más exquisitos son los pliegues de su vagina.»

Feministas más militantes que yo sostienen que la pornografía degrada a la mujer porque su verdadero objetivo es la degradación de la mujer, puesto que con frecuencia se basa en su sufrimiento físico. Al leer toda esta mierda china te das cuenta de que en realidad se trata de meditaciones sobre la indefensión de la mujer, una indefensión que las deja a merced del deseo

del hombre. Se ha dicho de los chinos que son un pueblo sutil, y en esto lo han demostrado, porque han eliminado todo ese siniestro ruido de las cadenas y los grilletes, todos esos nudos y cuerdas. Al fin y al cabo, no hace falta atarla a la cama, ya que no puede andar.

Me gustaría creer que hoy la mayoría de las personas de uno u otro sexo encuentran todo esto francamente horrible, por lo que tan inquietante como los textos chinos me pareció la manera en que autores occidentales escribían sobre esta costumbre en pleno siglo xx. En 1976, en *The Sex Life of the Foot and Shoe* (La vida sexual del pie y el zapato) se decía: «Los chinos consideraban el pie vendado la parte más erótica y deseable de toda la anatomía femenina.» Obsérvese el uso del gentilicio «chinos». Me gustaría conocer a una mujer china que considerase erótico un pie vendado. El libro alude también a «molestias a las que las niñas desarrollaban cierta inmunidad». ¿«Molestias»? ¡Puñeta! ¿Y él cómo lo sabía? ¿Le habían vendado los pies? Otro autor opinaba que el vendaje de los pies «disuadía a las mujeres de interesarse por el baile, la esgrima y otros ejercicios físicos populares». Sí, como el de estar de pie, andar y correr. Uno lamentaba que la costumbre de vendar los pies hubiera puesto fin al «grande y antiguo arte de la danza china». ¿Es necesario señalar que también puso fin al arte, más antiguo todavía, de caminar?

Dejo a su criterio decidir qué es peor, si hacer eso a las niñas o restar importancia al hecho en sí, por considerar que lo que les pase a las mujeres no importa demasiado. Si bien se mira, probablemente, hay poca diferencia.

Puesta a elegir, creo que yo preferiría ir a ver *Garganta profunda*.

«UNA GILIPOLLEZ»

Estaba dando clase a un grupo de estudiantes norteamericanos cuando me enteré de que habían muerto más de veinte personas al precipitarse al vacío el teleférico en el que viajaban en los Alpes italianos. Mientras uno de los estudiantes explicaba que, según se creía, el accidente se debía a la imprudencia de un piloto de marines que volaba muy bajo y otros hacían cábalas sobre otras posibles causas, una muchacha dijo, con una voz de cansancio cósmico: «Una gilipollez.» Me chocó la ordinariez de la expresión, pero, después de todo lo que he oído y leído acerca del accidente, no he podido hallar mejor definición. Una gilipollez: al parecer, unos muchachos, ebrios de testosterona y de la sensación de poder que debe de producir el volar por ahí a velocidades supersónicas en sus pequeñas cápsulas mortíferas, estaban compitiendo para ver quién volaba más bajo, saltándose todas las normas de seguridad y de prudencia. Lamentablemente, para que pilotos y navegantes disfrutaran con su machada, una veintena de personas había tenido que perder la vida.

Hace veinte años, cuando trabajaba en Irán, todos mis contrincantes de tenis eran hombres, la mayoría, antiguos pilotos de combate de la guerra del Vietnam. Recuerdo el día en que, mientras descansábamos entre set y set, tomando té helado y charlando, les oí comentar lo mucho que echaban de menos los vuelos de combate, lo fantástico y emocionante que era bajar en picado a primera hora de la mañana, vomitando fuego por las ametralladoras y lanzando napalm sobre los aldeanos mientras dormían y luego dar la vuelta y acribillar a la gente que huía. Uno dijo que aquello era mejor que un polvo, mejor que cualquier otra cosa que él hubiera hecho en su vida antes o después. Todos lo echaban de menos porque era «divertido». Y, atención, éstos eran los mismos chicos que suavizaban el saque cuando jugaban conmigo, que siempre estaban dispuestos a cubrir más de la mitad de la pista en los partidos de dobles, chicos hacia los que yo sentía verdadero afecto. Pero, desde aquel día, ya no pude mirarlos con los mismos ojos.

He pasado años dando clase en centros dependientes de las Fuerzas Armadas norteamericanas y, con frecuencia, mis estudiantes me han hecho comentarios similares, acerca de lo fabuloso que es descender de los cielos para asustar a los estúpidos paisanos que están en las playas, de la maravillosa sensación de fuerza que te infunde saber que tienes el poder de decidir sobre la vida y la muerte de los que están a ras de tierra. Por consiguiente, cuando, a raíz del siniestro de los Alpes, los militares empezaron a hacer desmentidos y hablar de mapas con errores y de instrucciones confusas, comprendí que se había puesto en marcha la campaña de desinformación. Pero las pruebas eran evidentes y no fue posible disimular lo ocurrido: muchachos que se divertían haciendo de las suyas. Una gilipollez.

Entonces los indios van y hacen estallar su bomba, y la CNN nos enseña las multitudes que se lanzan a la calle a dar vítores y alaridos de júbilo, más alegres que una feria porque la India ya tiene la superbomba, Shiva, el destructor, está en el patio trasero. Muchos de los entrevistados —

todos ellos hombres, por cierto— se explayaban acerca de lo orgullosos y fuertes que se sentían de que por fin la India fuera una potencia nuclear, digna de respeto. Una gilipollez.

Un fenómeno similar es el idilio que mantiene el macho norteamericano con las armas de fuego. Culturismo, religión y armas de fuego son los tres temas de los que no quiero oír hablar en clase, porque son los tres temas que provocan en mis alumnos accesos de irracionalidad delirante. Su ignorancia, tanto en términos de cultura general como de historia en particular, les hace interpretar sesgadamente la Constitución norteamericana e insistir en que este documento les da derecho a tener en casa un arma; es más, a tener tantas armas como les plazca. Si tratas de razonar con ellos te expones a perder el juicio; si los escuchas es señal de que ya lo has perdido.

A mí el planteamiento me parece muy sencillo: si todo el poder que un hombre va a tener en esta vida es esa especie de pene portátil, le divertirá usarlo y nunca dejará que se lo quiten. Y es que, ¿comprenden?, cuando empuñan la pistola, cuando pilotan el avión o cuando hacen saltar por los aires medio Rajastán, ellos no ven un arma mortífera sino el poder. Una gilipollez.

UN TRIVIAL JUEGO ERÓTICO, O «SÍ, SOY UNA PURITANA»

PREGUNTA: ¿Cuántas veces al año sacan *Panorama* y *Espresso* tetas y culo en la portada?

RESPUESTA: Cincuenta y tres.

Después de treinta años de venir a Italia y diecisiete de residir aquí, es posible que yo haya desarrollado una abulia visual ante las portadas de estas revistas de actualidad. Una semana sí y otra también aparecen en los quioscos con tetas en una y culo en la otra, o las dos con las dos cosas, en aparente proporción inversa a la cantidad de auténticas noticias que se hayan producido durante la semana. De vez en cuando, la cosa tiene cierto sentido, por ejemplo, cuando en el interior hay un artículo sobre enfermedades venéreas o pornografía, pero sería mucho más representativo que el artículo que trata de la excesiva proliferación de los exámenes médicos mostrara en portada —justo, lo han adivinado— una mamografía. Claro que la gente no comprará una revista con unos pulmones en la portada. ¿Y a quién seducirían unos riñones?

Más preocupante para la persona que reside aquí es el contenido de los artículos y lo que demuestran acerca de la manera de pensar o, por lo menos, la manera de escribir de la gente acerca del papel de uno y otro sexo. El *Espresso* del 6 de marzo, que no he visto hasta hoy, publica un artículo sobre la reciente necesidad del Pentágono de intervenir con frecuencia creciente en casos de abusos sexuales que infligen a las soldados sus superiores masculinos.

La periodista (una mujer, les ruego que no lo olviden) escribe que, frente a la violencia carnal a la que han sido sometidas algunas mujeres de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, el escándalo de Tailhook es un «*trivialissimo gioco erotico*» que consistió en obligar a las reclutas femeninas a correr desnudas entre dos filas de cadetes masculinos con «*gli attributi in erezione*».

Infeliz de mí, que siempre había pensado que los juegos eran entre dos personas o equipos, y que eran juegos porque se practicaban entre iguales. Tanto si es un juego deportivo como un juego erótico, los que lo juegan han de ser dos y los dos han de tener las mismas posibilidades de ganar y de divertirse. Si no, no es un juego. En este caso, ninguno de los términos utilizados por la periodista es válido, porque no era un juego, no era trivial y, desde luego, no era erótico, por lo menos, para las mujeres afectadas.

Y esto es lo chocante de vivir aquí: que nosotras, las mujeres, nos hemos acoplado a un universo que es eminentemente masculino por su manera de ver, aceptar y, lo que es más importante, por su manera de pensar acerca de estas cosas.

En el mismo artículo, la periodista escribe que los varios actos realizados por oficiales superiores masculinos, entre los que se citan violación, sodomía y defecar sobre una mujer atada en un cuarto de baño, son «*assai poco da gentiluomini*». Bien, muchas gracias por la ilustración. Vale más no imaginar lo que tendrían que hacer para que esta señora lo calificara de mal comportamiento. Termina el artículo diciendo que el Pentágono ha abierto una línea telefónica

gratuita que puede ser utilizada por mujeres que hayan sido sometidas a actos de violencia sexual para registrar sus *«lamentele»*, palabra que se utiliza para describir la especie de queja que puede expresar la persona que ha adquirido una bombilla que no se enciende.

Los italianos suelen decir: «Yo me encargo de mis enemigos, pero que Dios me proteja de mis amigos», y ésta es mi respuesta a un artículo tan deleznable, un artículo —¡ay, Dios!— escrito por una mujer, una mujer que trata la violencia sexual como una trastada que nos hacen los niños si nos descuidamos. No tiene nada de particular, chicas, es sólo un trivial juego erótico.

Las pocas veces que he manifestado mi repulsa a la permisiva actitud hacia la violencia sexual que observo aquí, mis amigos italianos me han tildado de «puritana», término que al principio me chocaba y ahora me indigna. Se diría que tengo que creer que cualquier atención sexual de un hombre —deseada, no deseada, inducida, provocada o acompañada de un cuchillo— es la mayor muestra de galantería a la que puede aspirar la mujer. Además, ponerlo en tela de juicio revela algún profundo trauma sexual o afán de cuestionar el orden natural de las cosas. No es de extrañar que haya tantos hombres que creen que las mujeres alimentamos fantasías de violación.

Y quizá sea esto lo que hace que me sienta incómoda después de leer un artículo como éste, párrafo tras párrafo, en ese tono paternalista que con la mayor naturalidad descarta la igualdad sexual de la mujer: éste es el orden establecido. La gente no empieza con actos, empieza con palabras, palabras como éstas. Y las palabras surgen en respuesta a actitudes dominantes. Si lo llamas «negro» será más fácil lincharlo. Y si lo llamas *«un trivialissimo gioco erotico»* puedes violarla. Este artículo fue publicado en uno de los medios de información más importantes de este país, y estoy segura de que no llamará la atención. Esto me asusta.

NECESITO ALGUNOS HOMBRES BUENOS

Al igual que el cuerpo de marines de EE.UU., yo necesito algunos hombres buenos. Y, como los marines, los quiero jóvenes y duros, y arteros cual serpientes, y quiero que vayan a un país extranjero a matar, matar y matar. Pero, a diferencia de los marines, no me interesa la política ni pretendo apoyar los intereses de Estados Unidos por la fuerza de las armas. No, señor. Mis objetivos son mucho más concretos, hasta podríamos calificarlos de bíblicos, porque lo que yo persigo es la venganza, y la quiero ya.

En uno de los últimos números de una revista femenina italiana aparece un artículo titulado *«In Bangladesh, dove le donne bruciano»*. El artículo describe un nuevo delito que, al parecer, esta temporada hace furor en Bangladesh y que consiste en arrojar ácido sulfúrico a la cara de las mujeres que rechazan a sus pretendientes. Ilustran el artículo fotografías estremecedoras de las víctimas. Las jóvenes miran a la cámara con unos ojos almendrados, vestigio de la serena belleza que debían de tener aquellos rostros convertidos en lava. (No comentaré la circunstancia de que todas las muchachas que aparecen en las fotos hubieran sido hermosas, pero me pregunto por qué no había fotos de muchachas poco agraciadas a las que se hubiera hecho esto.)

Dice el artículo que de este delito empezó a hablarse en los años ochenta y desde entonces la práctica ha cundido entre los hombres de Bangladesh hasta el punto de que en 1997 se denunciaron a la policía 177 casos. Es de suponer que los no denunciados sumarán otros tantos, o más. (Detengámonos un momento a considerar qué sociedad es aquella en la que puede no denunciarse una cosa así.)

En 1995 se aprobó una ley por la que se condena a los hombres convictos de este crimen a cadena perpetua e, incluso, a muerte. ¿Están ustedes preparados para la gran sorpresa? Hasta ahora no se ha sentenciado ni a uno solo, a pesar de que numerosos lanzadores de ácido han sido acusados e identificados. «Pagan, compran a los jueces y a la policía», explica una de las víctimas. Tres hombres que fueron aprehendidos han apelado al Tribunal Supremo y su víctima está segura de que los soltarán.

Y por eso yo necesito a algunos hombres buenos. Marines. Dispuestos a ir allá a matar a esos cabrones o, mejor, a echarles un poco de ácido a la cara. No hace falta que me digan que ésta es una reacción irracional y que nada bueno puede salir de ella. Eso ya lo sé. No se molesten en tratar de razonar conmigo aduciendo que la violencia no se remedia con violencia. Eso también lo sé. Ya he desistido de atenerme a buenas razones y también de atenerme a la Ley, sobre todo en lugares en los que la Ley parece estar de parte del mejor postor.

No es probable que cambien las leyes, y si cambian, no creo que sean aplicadas. Y es que las víctimas son sólo mujeres, ¿comprenden?, por lo que no es probable que se envíe a esos mozos a prisión o a la horca, sólo por haber robado a esas muchachas su aspecto humano, su futuro y la

esperanza de conseguir la felicidad o siquiera una vida humana normal. Enviar allá a mis marines o, quizá, alquilar a unos matones del país para ajustar cuentas no resolvería nada. Pero piensen un momento: qué gusto daría, ¿verdad?

EL PROMOTOR

Uno nunca sabe cuándo va a ocurrir, ¿verdad? La semana pasada ocurrió durante el desayuno. Yo estaba invitada en casa de unos amigos alemanes, personas respetables, que me presentaron a varios amigos suyos. Uno de los invitados era un suizo de mediana edad que trabajaba en Asia, en lugares tales como Laos, Tailandia o Myanmar. Al oír esto, me picó la curiosidad y le pregunté en qué consistía su trabajo.

—Soy promotor —fue su respuesta.

Como esta palabra no me aclaraba nada, le rogué que fuera más explícito. Resulta que el hombre intenta ayudar a Tailandia a aumentar sus ingresos por turismo al tiempo que reduce el número de personas que inundan el país. ¿Podría una persona que reside en Venecia concebir idea más seductora que la de reducir el número de turistas? Estaba claro que era mi hombre.

Me preguntó si había estado en Tailandia y le respondí que en tres ocasiones, y añadí, supongo que en broma, que la última vez que pasé la aduana en el aeropuerto de Bangkok tuve la impresión de ser la única persona que no era sexoturista, ya que tres aviones cargados de lo que parecían obreros de la construcción japoneses habían aterrizado al mismo tiempo que el mío.

—Es terrible, terrible —dijo con gesto de repugnancia—. Ése es el sexoturista de la peor especie.

Yo, ignorante de que hubiera distintas clases de sexoturistas, comenté:

—A mí me parece que da lo mismo. Tanto si en el billete te gastas mil dólares como si te gastas trescientos, lo cierto es que vas para hacer el acto sexual con niñas de diez años.

Nuevamente, su repugnancia fue evidente.

—No; la pedofilia es terrible, espantosa, horrible. Nosotros no queremos tener nada que ver con eso. Y no queremos que sigan llegando todos esos aviones de turistas pobres.

—¿Pues qué quieren? —pregunté, mientras se me enfriaba el café.

—Estamos construyendo hoteles de lujo en el norte, para atraer a Tailandia a un turista mejor. —Supongo que quería decir «más rico»—. Será mucho mejor para el país y para la ecología.

Yo miré en derredor para ver si alguien más seguía nuestra conversación, pero todo el mundo hablaba de música. Mientras él seguía hablando de sus grandes planes para construir hoteles más lujosos y exclusivos, yo comprendí que sólo se me brindaban dos opciones: o levantarme para ir en busca de más café o clavarle el tenedor en el ojo izquierdo. Estaba en casa ajena, por lo que debía atenerme a las leyes de la cortesía, de modo que, con una disculpa, me levanté, fui a llenarme la taza y, al volver, sumé mis estupideces a la charla sobre música. Conservé la calma y resistí la tentación de preguntarle si, dadas las dificultades económicas del festival de música al que todos asistíamos, habría que pedir a las solistas femeninas que se prostituyeran a fin de recaudar fondos. O quizá, con objeto de conseguir un turismo más selecto, podríamos utilizar en su lugar a los niños del coro y cobrar una prima extra. Él siguió charlando amigablemente hasta que llegó la hora de marcharnos, incapaz de comprender lo monstruosa que me parecía su jesuítica

racionalización del mal. En cierto modo, era peor su autismo moral que lo que estaba haciendo, que ya era bastante repugnante. Me habló de su preocupación por la ecología de Tailandia y de cómo su amor a aquel país le había hecho dedicar todo un fin de semana a limpiar las playas de una de las islas menores. ¿Qué mejor prueba del amor de una persona hacia un país que no es el suyo, un país poblado por gente pequeña y de piel oscura?

Estoy segura de que él se considera un ecologista y también lo estoy de que se cree amigo de Tailandia. Bien, yo soy norteamericana y nosotros acostumbramos a utilizar un lenguaje más directo, por lo que a esta clase de hombres no los llamamos promotores: los llamamos proxenetas.

ARABIA SAUDÍ

Hace veinticinco años que estuve trabajando allí, y todavía no respondo de mí cuando sale a relucir el tema de Arabia Saudí. La sola mención del lugar hace aflorar lo peor que hay en mí y me vuelvo violenta, rencorosa y vengativa. Durante la Guerra del Golfo, no podía por menos de decir que ojalá los navegantes de los bombarderos de EE.UU. se equivocaran de ruta unos cuantos grados y soltaran un rosario de bombas de las gordas a lo largo de la autopista principal, hasta la misma sala de estar del palacio real de Riyad. Cada vez que me entero de que ha habido disturbios en Arabia Saudí, tanto si los policías zumban a los revoltosos como si los revoltosos zumban a los policías, lo celebro. Y si se trata de esas escenas de pánico, con gritos y avalanchas que todos los años se producen durante la peregrinación a La Meca, bien, vale más que no les diga lo que pienso.

Bastaron apenas nueve meses de estancia en ese lugar, que me revienta oír llamar El Reino, para convertir a una mujer de buena voluntad, y trato fácil en general, en una arpía vengativa. Como ha transcurrido tanto tiempo desde que estuve allí, ya no puedo distinguir entre lo que es exageración y lo que es auténtico rencor; pero sé que el tiempo que pasé en Arabia Saudí dando clases en la Universidad Rey Saud de Riyad fue el peor de toda mi vida.

Fui allí impulsada por la codicia, atraída por la promesa de grandes sumas de dinero; fui porque acababa de pasar un año en China, donde mi convicción de que una occidental no tenía derecho a llevarse dinero de aquel país me obligaba a gastar todo el sueldo en cenas para mis amigos y en metros y metros de seda que enviaba a mis amistades de Italia, no tanto porque deseara hacerlo como para dejar allí todo el dinero. Cuando me marché de China estaba arruinada y necesitaba un empleo.

Al leer la oferta de la Universidad de Riyad, enseguida comprendí que debía abstenerme de optar al puesto: tenía amigos que habían trabajado allí o que tenían amigos que habían trabajado, y lo que contaban bastaba para disuadirme. Pero me urgía encontrar trabajo y, animada por el grato recuerdo de los cuatro años pasados en Irán, solicité la plaza, mantuve una breve entrevista y fui contratada para enseñar Inglés y Literatura Inglesa. ¿Qué diferencia podía haber entre un país musulmán y otro?, me preguntaba yo con deliberada inconsciencia.

Si mal no recuerdo, tomé el avión en París, donde embarqué con numerosas mujeres, la mayoría, maquilladas como para salir a un escenario y vestidas con pantalón vaquero y unas blusas o jerséis de una talla excesivamente pequeña. Quizá no estaban familiarizadas con las tallas europeas.

Cuando el avión aterrizó en Riyad, todas aquellas mujeres habían desaparecido y en su lugar había estrechas nubes negras verticales con pies pequeños. Estábamos en un país musulmán, de modo que no podía tratarse de una conversión, que es cosa de cristianos, según tengo entendido.

Sencillamente, las mujeres habían sido enfiardadas en velos negros. Habían desaparecido las onduladas melenas rojizas, los labios de un rojo más rojo, los vaqueros y los jerséis ajustados y en su lugar había ahora unas formas negras semejantes entre sí.

Aduana, inspección de pasaportes —que supuso la confiscación del mío— y traslado en coche hasta la zona de alojamiento de la universidad, donde se me condujo a un apartamento de cuatro habitaciones que sería mi hogar durante el curso académico.

Poco hay que decir acerca de la primera semana de introducción en la rutina universitaria y asignación de horarios y programas, que fue relativamente normal. Pero ¿y mi pasaporte? Retenido para un «proceso de trámite».

Durante aquella primera semana, me sentí expuesta por primera vez al macho saudí, lo cual sucedió cuando fui con una compañera (se me había advertido que no anduviera sola por la ciudad) a comprar comestibles al mercado. Al principio, pensé que, simplemente, eran patosos: tenían que habernos visto, ¿por qué tropezaban con nosotras? Yo, tal como estipulaba mi contrato, llevaba falda hasta los pies y manga larga, por lo que no me parecía que mi recatada persona pudiera ser un estímulo erótico, si bien la persistente torpeza de los transeúntes del género masculino empezaba a hacerme sospechar.

A medida que transcurrían las semanas, las agresiones iban en aumento: mi persona ha sido blanco de encontronazos, salivazos, toqueteos, embestidas de motos... No sé si olvido algo. Ah, sí, la masturbación.

¿Y cómo es que nada de lo que he leído sobre Arabia Saudí hace alusión a esto? No creo que haya cesado, porque todas las occidentales con las que trabajé en la universidad lo habían sufrido, y con tanta frecuencia que, cuando nos enterábamos de que alguien había sido víctima de una de estas vejaciones, recibíamos la noticia con un suspiro de cansancio. El lugar más a propósito era el autobús. La parte trasera, situada encima del motor (en verano, en este país, la temperatura supera de largo los cuarenta grados), está reservada a las mujeres y tiene puerta independiente. Hay dos hileras de asientos orientados hacia delante, pero, a fin de proteger a las personas de la contaminación que supondría ver a las del sexo contrario, una mampara de madera separa la sección destinada a las mujeres del resto del pasaje. Como para saber dónde tienes que bajar has de poder ver por dónde va el autobús, entre las dos placas de la mampara hay una rendija vertical, de apenas medio centímetro. Para ver dónde estabas y poder solicitar la parada, tenías que arrimar la cara a la rendija.

Lo normal sería que todos los asientos de la sección masculina del autobús (mayor, con aire acondicionado y lejos del motor) mirasen hacia delante, ¿no? No, señora. La penúltima fila mira hacia atrás, lo que permite a sus ocupantes contemplar el medio centímetro de la abertura que da al espacio destinado a las mujeres. Me gustaría decir que cada vez que yo tomaba el autobús había un hombre sentado en aquella fila, con las manos en los bolsillos de la chilaba, masturbándose, pero sería exagerar. Lo cierto es que ocurría tan a menudo que primero dejé de contar las veces y luego dejé de tomar el autobús. Todas las mujeres con las que trabajaba, es decir, las occidentales, decían que lo habían visto, y más de una vez. Hermosas playas, y una población muy acogedora...

Los taxis no eran mucho más seguros, aunque sólo una de mis compañeras tuvo un percance: el taxista la llevó fuera de la ciudad y la dejó en la carretera. Al parecer, no hubo intento de agresión, sólo ganas de fastidiar y darle una lección. Yo nunca tuve problemas, pero tampoco

tomaba taxis yendo sola.

Ninguna de mis compañeras sufrió una agresión física en forma de ataque o violación: estas cosas estaban reservadas para las mujeres del Tercer Mundo. Me dijeron, y que conste que era sólo un rumor, pero un rumor muy persistente, que la violación de las criadas era cosa corriente, en especial de las filipinas. ¿Y la policía? No bromeen, amigos. Nosotras, las occidentales, estábamos protegidas por el pasaporte. Pero ¿dónde estaba el mío? Todavía siguiendo un proceso de trámite.

Mientras yo estaba allí, una compañera recibió la visita de una alumna que había tenido dos años antes. La muchacha, de unos veintidós años, cursaba segundo de Medicina. Vino a la escuela, solicitó hablar en privado con su antigua profesora y cerró la puerta del despacho.

Cuando se hubieron sentado, la muchacha preguntó a Evelyn cómo quedaban embarazadas las mujeres occidentales, lo cual, habida cuenta de que estaba en segundo de Medicina, no decía mucho en favor de la calidad de la enseñanza que recibía.

—De la misma manera que las de aquí —dijo mi amiga—. Eso ya te lo han explicado, ¿no? —Y es que una nunca sabe hasta dónde puede llegar la censura.

—Eso ya lo sé, desde luego: el pene y la vagina —dijo la muchacha con displicencia—. Pero ¿qué hacen las occidentales para quedar embarazadas?

—Lo mismo que las saudíes —dijo mi amiga.

La muchacha no se dejaba convencer, y la causa de su resistencia, según averiguó mi amiga mediante discreto interrogatorio, era que la joven tenía libre acceso a una extensa colección de vídeos porno de su hermano, en los que todos los actos sexuales que se mostraban no eran procreativos. Por ello, fiel a la mejor tradición del método científico, la muchacha había acudido a una fuente fidedigna: si quieres saber de las costumbres sexuales de los occidentales, ¿a quién preguntar mejor que a una occidental?

Mi amigo William tuvo una extraordinaria experiencia erótica en Arabia Saudí, varios años después de que yo estuviera en el país. Él residía y enseñaba en Yedda y tenía un criado yemení, Ahmed, muchacho atento y servicial, que limpiaba, guisaba y lo ayudaba con el árabe. Una vez que William iba a marchar a Europa de vacaciones, Ahmed le preguntó a Mister William si querría traerle un regalo del extranjero. William dijo que sí. Ahmed se lo hizo jurar. William se lo juró y entonces Ahmed dijo que deseaba que Mister William le trajera una mujer.

—Ahmed, no puedo traerte una mujer.

—Me ha dicho que sí. —Gesto apenado, compungido.

—Pues no puedo.

—Sí puede, Mister William. Una mujer de ésas.

Ahmed se llevó el puño a los labios y sopló, como si inflara un globo. Ah, vamos, una muñeca hinchable.

William ya se veía entrando con disimulo en un *sex shop* y metiendo de contrabando la muñeca en Yedda. Se puso colorado.

De regreso de Londres a Yedda, William paró en Venecia para hacerme una visita y me lo contó. Le pregunté si había encontrado la muñeca y me confesó que había visto una en el escaparate de un *sex shop* de Soho y la había comprado. Yo quería verla y él, bastante incómodo, la sacó de la maleta.

Doblada, tenía el tamaño de la *New York Review of Books* y nos miraba desde el suelo con ojos azul cyan, sonriendo, los labios rojos. Su cabellera rubia caía sobre lo que podía verse de sus hombros.

—Hay que verla —insistí.

Sin esperar respuesta, la saqué de la bolsa y la desdoblé sacudiéndola como si fuera un mantel.

—Vamos —dije.

William la infló. Y la mujer tenía... hmmm... tenía orificios.

A fin de poder volver a meterla en la bolsa de plástico, había que deshincharla, para lo que la extendimos en el suelo, esperamos a que saliera el aire, le pusimos libros encima y los pisamos hasta dejarla bien prensada.

Después de doblarla, en lo que invertimos casi un cuarto de hora, teníamos que esconder el cuerpo, por así decir, y la metimos dentro de una de las camisas nuevas de William. Con el mayor cuidado, quitamos los alfileres del cuello y los puños, desdoblamos la camisa, introducimos a la mujer, doblamos la camisa y clavamos los alfileres. La camisa estaba casi igual que las otras camisas nuevas, quizá sólo un poco más gruesa.

En el aeropuerto, según me contó William después, los funcionarios de la aduana le abrieron la bolsa, miraron las camisas con ojos perspicaces, sacaron la más gruesa, la desdoblaron, sacaron a la mujer y la extendieron. Y esto delante no sólo de William sino de otros tres hombres que trabajaban para la misma empresa.

Confío en que Ahmed le creyera.

Mis alumnas, simpáticas criaturas, llegaban a la escuela acompañadas por el hermano, el padre, un tío, un chófer o el marido. Venían envueltas de pies a cabeza en la *abayah* negra que se quitaban nada más cruzar la puerta que separaba la sección de las chicas de la de los chicos. El personal era femenino: las lecciones por vídeo sólo podían seguirse si las impartía una mujer. Ahora que se ha extendido tanto la enseñanza *on-line*, me gustaría saber si se tolera la «ciberpromiscuidad».

Yo tenía catorce alumnas en una clase y llegué a apreciarlas sinceramente una vez quedé zanjado el tema de la religión mediante la fórmula de que ninguna de nosotras estaba interesada en la religión de la otra, aunque yo no confesé que tampoco estaba interesada en la que figuraba en mi solicitud de empleo. Eran encantadoras, desde luego. Una ya estaba casada y otra tenía una abuela que era más joven que yo, que en aquel entonces tenía treinta y nueve años.

El recuerdo más nítido que guardo de la clase es del día en que tuve que enseñarles el uso del subjuntivo, ¿o era el condicional? En fin, el tiempo que se usa para hablar de situaciones y deseos hipotéticos. Para que no se me acusara de que les enseñaba a mentir, y recordando la suerte de la profesora que habló en clase del *Paraíso perdido* y al día siguiente fue despedida, hice hincapié en que éste era el modo en que hablábamos de las cosas que nos gustaría hacer, como por ejemplo: «Si tuviera un millón de dólares, iría a París de vacaciones.» Desde luego, la verdad es que si yo hubiera tenido un millón de dólares me habría faltado tiempo para largarme de su xxxxxx país, pero dije París para disimular.

Primero habló Hariba, que dijo:

—Si teniendo millón dólares, yendo París de vacaciones.

Dirigiéndome a la clase, yo dije entonces:

—Vamos a ver, Hariba dice que si tuviera un millón de dólares se iría a París de vacaciones. —Sonrisas generalizadas—. Ahora preguntaremos a Nahir qué haría ella si tuviera un millón de dólares. Nahir, ¿qué harías si tuvieras un millón de dólares?

Vaya, qué casualidad, también Nahir quería yendo París de vacaciones. Bonita ciudad, París. Yo avanzaba por el pasillo, acercándome a Farida, que pasaba por ser la más educada y religiosa de la clase, y también la más estudiosa. Pero cuanto más me aproximaba yo, más inquieta parecía ella, y cuando le llegó el turno de responder, casi no podía hablar y se quedó con la cara hundida entre las manos.

—¿Qué sucede, Farida? —pregunté, y a la porra París.

—Oh, Miss Donna —dijo ella alzando una cara bañada en lágrimas—. Yo no puedo mentir. Yo tengo un millón de dólares.

Vaya.

¿Y mi pasaporte? ¿Mi pasaporte? ¿Quién tenía mi pasaporte? Al fin, unas mujeres que llevaban allí más de un año —pero vale más no detenernos ahora a estudiar esa forma de locura, ¿no les parece?— me dijeron que todos los pasaportes eran retenidos a la llegada y no te los devolvían hasta que te ibas. De este modo, si te despedías, la administración de la universidad podía optar por «someter a trámite» el visado de salida, y como, al no formar parte del profesorado, ya no tenías derecho a alojarte en la universidad pero, por otra parte, siendo mujer no podías alquilar habitación en un hotel, no tenías más remedio que quedarte en el apartamento, pero pagando cien dólares la noche. Se creía que te retenían hasta que habían recuperado todo el importe del salario y entonces te daban el visado o quizá te retenían un poco más. Para que sirviera de escarmiento a las demás. Hermosas playas, población acogedora.

Un sábado se nos permitió llevar a las alumnas al recién inaugurado polideportivo de la universidad. No sé con qué finalidad, puesto que todo el ejercicio físico que practicaban esas chicas era caminar, y despacio. Allí fuimos, y entramos en el inmenso complejo deportivo, las profesoras con falda larga y las chicas, unas cincuenta, envueltas en sus nubes negras. Y nuestros ojos pudieron contemplar con admiración la piscina y las pistas de squash, de balonmano y de baloncesto. Las instalaciones no podían ser más modernas, el parque de las pistas estaba impecable, recién pulido, aún sin estrenar por los chicos.

Una de las alumnas tomó una pelota de baloncesto y trató de hacerla botar. La pelota se fue rodando y otras chicas entraron en la pista para recogerla. Sabían lo suficiente como para lanzársela unas a otras, y luego se animaron a lanzársela mientras corrían. Eran cada vez más las que se quitaban la *abaya* y entraban en la pista. Corrían arriba y abajo, arriba y abajo. De vez en cuando, una se paraba debajo del aro y probaba de encestar y, cuando la pelota caía, siempre había alguna que la recogía y se la llevaba corriendo, y las otras la perseguían.

Las profesoras, todas occidentales, las mirábamos desde los banquillos. No sé quién fue la primera en darse cuenta de que las chicas llevaban zapatos de tacón alto y que cada uno de sus pasos dejaba una pequeña muesca —redonda, cuadrada o rectangular— en el parque.

Nadie dijo nada. Las chicas corrían arriba y abajo, tan contentas, con las melenas sueltas, gritando de júbilo. Y cada una dejaba tras de sí una hilera de muescas. Había en la pista unas treinta muchachas que corrían arriba y abajo, arriba y abajo. La imagen de aquellos cientos, miles de muescas es uno de los pocos recuerdos buenos que guardo de Arabia Saudí.

Bien, ha llegado la hora de los acertijos. En una de las cajas de un supermercado de Riyad guarda turno una mujer que lleva en el carro: dieciocho botellas de zumo de uva, una caja de levadura, cinco kilos de azúcar y una garrafa de plástico de veinte litros. ¿Qué va a hacer la mujer?

Lo han acertado: vino. La mayoría de las personas que trabajaban en la universidad, hombres y mujeres, hacía vino en casa. Yo lo hice, y era horrible, tanto que lo eché por el fregadero, pero no antes de que mi apartamento apestara durante días, mientras el repugnante brebaje fermentaba. Algunos colegas que llevaban en el país más tiempo que yo tenían sofisticadas recetas para vino y para cerveza. Las personas que mantenían contacto con el cuerpo diplomático tenían acceso a vino, cerveza y whisky, y se decía que en muchos complejos residenciales, donde la mayoría de los empleados de las grandes empresas extranjeras hacían vida aparte, había no sólo auténticas destilerías sino incluso, en uno de ellos, una tienda en la que podías comprar tocino. Yo no entré en muchos hogares saudíes mientras estuve allí, pero en todos los que visité había abundantes existencias de whisky.

Durante algún tiempo, jugué al tenis con el director de uno de los principales bancos extranjeros, y muchas veces, después del partido, iba a su casa a tomar una cerveza. El tenis se acabó el día en que me ofreció cocaína, de la que le llegaba una buena provisión por correo diplomático y que guardaba en el congelador, junto con hachís y marihuana. La cerveza, en el peor de los casos, nos hubiera costado a él unos azotes y a mí la expulsión, pero por consumir droga te cortan la cabeza, y yo no estaba dispuesta a exponerme a eso, y menos por un hábito que no compartía y que nunca me ha interesado.

Se podría calificar la universidad de farsa, una farsa con biblioteca, sí. Todos los estudiantes debían ser aprobados. Todos los estudiantes debían tener calificaciones brillantes. Probablemente, eso no haga mucho daño en el departamento de Literatura Inglesa, pero en las clases de Cirugía de la Facultad de Medicina las consecuencias pueden ser más graves. Yo sólo tuve un enfrentamiento con la administración, cuando el decano, que me había contratado, me llamó a su despacho.

El buen doctor era un tipo de lo más relamido: pelo como ala de cuervo, planchado hacia atrás, glaciales gafas oscuras y, para que no faltara nada, hasta tenía acento inglés. Me dijo, como diría después a todas las profesoras, que la universidad había decidido solicitar de nosotras que, por respeto a las costumbres locales, nos cubriéramos el pelo y quizá también la cara (sin duda, por respeto a las costumbres locales, yo hubiera tenido que ir en ropa interior), a pesar de que nuestro contrato estipulaba que ello no sería necesario.

Yo lo escuché, admirando sus zapatos y su traje, hasta que hubo terminado. Sabía que el doctor pulido, que estaba casado con una saudí encantadora y liado con una compañera mía (nada de particular, ¿verdad?), se había graduado en Estudios Americanos.

—Doctor —le dije con una sonrisa tan untuosa como la suya—, sé que se ha graduado en Estudios Americanos. —Aquí hice una pausa, para darle tiempo de sonreír modestamente—. En tal caso, estoy segura de que le será familiar el poema de E. E. Cummings «Canto a Olaf, gozoso y grande».

Él sonrió para indicar no ya familiaridad sino intimidad con el poema, aunque sospecho que el doctor relamido no debía de leer más literatura americana que la de *Playboy* y *Hustler*.

Interpretando su sonrisa siguiente como permiso para continuar, dije:

—Por ello, me temo que no tengo más opción que la de recordarle el último verso del cuarto párrafo. —Él me miró vivamente y yo proseguí—: Aquel que dice así: «Ésa es una mierda que no me pienso comer.» —Aquí hice una pausa, pero él no dio a entender ni con un gesto ni con una palabra que conociera el texto—. Buenos días, doctor.

Cuando me marché, no me devolvieron el depósito que había tenido que adelantar por el apartamento, y no lo recuperé hasta que lo reclamé desde Estados Unidos por una carta en la que manifestaba que estaba segura de que se había producido un error administrativo, ya que el pueblo al que se ha confiado la protección de las ciudades santas de Meca y Medina no podría ni concebir siquiera la idea de la estafa, y qué iba a pensar la gente del islam si se consentían estas cosas.

No está bien visto que los norteamericanos utilicemos la palabra *nigger*, una forma despectiva de referirnos a una persona de raza negra, ¿verdad? Pues bien, mientras estuve en Arabia Saudí, yo fui una *nigger*. Es decir, por una circunstancia de mi nacimiento —concretamente, la de ser mujer—, la mayoría de las personas que me rodeaban daban por descontada mi inferioridad. Además, no veían razón alguna por la que debieran reconocermelos más elementales derechos humanos o civiles u otorgarme un trato digno. Yo fui objeto de sus fantasías eróticas y también de su violencia mientras ellos se beneficiaban de mi trabajo. Después de pasar nueve meses en aquel país, si hubiera tenido a mi alcance los medios necesarios, habría podido fácilmente volverme violenta. Y no hay que olvidar que mi «negritud» era temporal. Yo sabía que aquello acabaría y que, pagando, podía ponerle fin cuando quisiera. Cuanto más tiempo transcurría, más fuerza adquiría la fantasía de la violencia, y aun ahora, al cabo de veinticinco años, subsiste.

Aparte de lo dicho, quiero dejar bien claro que mi desagrado, mi profunda aversión, no tienen absolutamente nada que ver con los árabes ni con el islam. Yo admiro una gran parte de la cultura árabe y siempre he visto el islam como una fuente de consuelo y de paz para mis amigos musulmanes. Viví cuatro años en Irán tranquila y contenta y, cuando me marché, llevaba conmigo un sincero afecto por sus gentes y una gran admiración por su cultura. Todo mi rencor es para Arabia Saudí y sólo para la población masculina. Yo era huésped de su país y ellos me escupieron y me engañaron. Después de más de un cuarto de siglo, aún les deseo todo los males que la historia pueda depararles. Pero, querida, si tiene unas playas tan hermosas y la gente es tan acogedora...

EL HOMBRE NEOYORQUINO

Hace años, buscando compañía masculina civilizada, contesté a varios de los anuncios publicados en la columna de «Contactos personales» de la *New York Review of Books*, considerada por muchos la primera revista intelectual de Estados Unidos. No. No escribía para mí sino para mi más vieja y querida amiga, que había enviudado hacía siete años. Hacía más de treinta que ella residía en Nueva York, conocía bien la ciudad, sus costumbres y hábitos, y a menudo me hablaba de la poca disponibilidad de hombres aptos. Ahora que lo pienso, con la misma frecuencia comentaba la poca aptitud de los disponibles, pero yo estaba convencida de que, con un alejandrino tajo de mi espada, podría resolver el problema y encontrar para ella al señor Justo y Cabal.

La transformación que ha experimentado la sociedad hace que cada vez sea más difícil que los hombres y mujeres norteamericanos entablen conocimiento: ya no se organizan cenas parroquiales; durante las últimas décadas las distintas organizaciones sociales han perdido a muchos de sus miembros, y el número de personas que trabajan desde casa es mayor que nunca. Por si fuera poco, los mejores pronto son apartados del rebaño y, cuando llegan a cierta edad, la mayoría de los hombres o están casados o son gays. O las dos cosas.

Sin dejarme amilanar por las estadísticas, durante los meses siguientes escribí a tres anunciantes, explicando que no lo hacía en mi nombre sino en el de una amiga que residía en Nueva York. Llegaron las respuestas y al fin todos se pusieron en contacto con mi amiga, que se citó con cada uno de ellos. Y como yo voy a Nueva York con frecuencia, tuve ocasión de conocerlos.

Por puro milagro, fruto de la paciencia y el cariño, ese sentimiento que se cimenta en cuarenta años de amistad, mi amiga aún me habla, aunque debo reconocer que para ello habrá tenido que echar mano de toda su paciencia y tolerancia. Y es que aquellos hombres, por diversas razones, resultaban inaceptables, aunque disponibles estaban, desde luego. En ellos se manifiestan los diversos inconvenientes con los que se enfrentan las neoyorquinas de cierta edad (en Nueva York, entras en esta categoría poco después de los treinta) que buscan un hombre con el que mantener eso que los norteamericanos no saben llamar sino «una relación».

El primero fue Edward, un oso con barba, mezcla de Fidel Castro y Helmut Kohl. Cincuenta y tantos, divorciado, hijos mayores, se definía como «doctor inteligente, con interés por la lectura, la música clásica, la buena mesa y los museos».

Primer indicio: con frecuencia, «interés» es eufemismo de «obsesión». El interés de Edward por la música tenía la forma de un conocimiento enciclopédico de las grabaciones de la música de determinados compositores: si mal no recuerdo, dos de sus favoritos eran Hindemith y Bartok. Podía disertar largo y tendido —y lo hacía, desgraciadamente— acerca de las diferencias entre el tal de Furtwangler de 1936 y el cual de De Sabata de 1951. Pasé una velada en su compañía oyéndole hablar de música y en ningún momento salieron de sus labios palabras tales como

«sublime», «delicioso» o «emocionante». Él hablaba de la tonalidad de las flautas aquí y del retraso en la entrada de los segundos violines allá. Lo mismo hubiera podido estar hablando del precio de la tripa de cerdo en el mercado de futuros de Chicago; y es que no parecía que el tema lo apasionara.

Edward también lo sabía todo de comida y de las colecciones de los grandes museos de infinidad de países. Pero nada de lo que decía daba a entender que las pinturas le parecieran bellas ni que disfrutara contemplándolas. He observado que muchos norteamericanos, especialmente los de edades comprendidas entre los cuarenta y los sesenta, parecen haber trasladado aquel entusiasmo que sentían de niños por coleccionar cromos de béisbol o aprenderse de memoria el promedio de bateado de sus jugadores favoritos a aficiones más «adultas». Lamentablemente, en ese tránsito del deporte a la cultura se dejan la mayor parte del placer y toda la pasión que tanto encanto daba a sus aficiones infantiles. Los temas favoritos parecen ser: coches caros, primeras ediciones y equipos estéreo tan sofisticados que las diferencias de sonido creadas por los distintos modelos sólo pueden ser detectadas por otras máquinas o por los perros.

Edward aborrecía todas las formas de ejercicio físico y no había pisado un gimnasio desde la universidad, lo cual no dejaba de resultar reconfortante. Bebía vino con el almuerzo y brandy después de la cena. Y fumaba. Que Dios lo bendiga por estas cosas. A veces, tengo la impresión de que Nueva York está llena de no fumadores abstemios que se pasan la semana yendo del despacho al *fitness center* en busca de la inmortalidad.

El segundo era Jason, que se describía como «profesional interesado en el cine, la historia y la política». Bien, pensé al enviar mi carta, es neoyorquino, por lo tanto tiene que ser liberal.

Afortunadamente, yo estaba en Nueva York el día en que mi amiga iba a conocer a Jason y pude ir a almorzar con ellos. Nos encontramos en un pequeño restaurante de Columbus Avenue, cerca del Lincoln Center. Jason, que en el anuncio nada decía de su aspecto y en cuanto a la edad confesaba «más de cincuenta», tenía unos hoyuelos sospechosos detrás de cada extremo de la mandíbula. Eran redondos, y en cada uno hubiera cabido una pasa. Mientras hablábamos, yo apoyé la barbilla en la palma de la mano, señalando en mi propia mandíbula el lugar y, mientras sonreía amablemente a Jason, capté la mirada de mi amiga y articulé en silencio la palabra *lifting*. Yo había leído no hacía mucho que en Estados Unidos casi la mitad de las operaciones de cirugía plástica se hacen a hombres, pues también ellos se ven afectados ahora por la necesidad de mantener un aspecto juvenil bien entrados en la mediana edad. Es de esperar que no a todos les dejen esas indiscretas «pasas».

Jason, dos veces divorciado, era directivo de una empresa de inversiones. Estaba muy preocupado por las muchas cosas que andaban mal en el país y creía que nuestra única salvación pasaba por el retorno a los «valores de la familia». Porque los norteamericanos dicen realmente estas cosas, sí. En ningún momento mostró ni la menor curiosidad por lo que nosotras pudiéramos pensar sobre el tema. Ni, al parecer, veía incongruencia alguna entre su fe en la familia, sus divorcios y su *lifting*.

En cuanto terminamos el café, yo sufrí uno de mis terribles dolores de cabeza y dije que tenía que irme a casa a tomar una aspirina. Él pareció sorprendido de que nos levantáramos las dos y rechazó nuestra oferta de pagar el almuerzo.

Jason me proporcionó una prueba más en apoyo de otra de mis observaciones acerca de los hombres norteamericanos: no escuchan a las mujeres. No estoy segura de que se escuchen los unos a los otros, pero no cabe duda de que a las mujeres no nos escuchan. Ello podría explicar por qué usan con tanta frecuencia expresiones tales como: «sabe usted, lo que quiero decir es, algo así como, ummm», a modo de relleno coloquial, como quien dice para retener el uso de la palabra mientras piensan en lo que van a decir a continuación. A veces, en las raras ocasiones en que se abre un pequeño resquicio en uno de esos monólogos, me ha resultado muy revelador hacer el comentario de que he descubierto que los escorpiones fritos son deliciosos o que estoy segura de que la enfermedad de las vacas locas está en el agua potable. Aún espero recibir una respuesta.

El último fue Robert, con el que tomamos café, puesto que mi amiga ya no quería dedicar más tiempo a una primera entrevista ni estaba dispuesta a enfrentarse a aquellos muchachos sin lo que los polis llaman «cobertura». Robert («profesor, gran cultura, solvencia económica») ya estaba en el café cuando llegamos y pareció encantado de conocernos. En realidad, Robert estaba encantado con todo: el café, el día, la circunstancia de que fuéramos tan buenas y viejas amigas. En fin, si a Robert le hubieras explicado la Segunda Ley de la Termodinámica, también habría estado encantado.

Y es que Robert se había puesto en contacto con su verdadero yo, estaba perfectamente centrado, había encontrado al niño que llevaba dentro. Robert había probado la psicoterapia, sí, había probado la religión, la aromaterapia y la meditación trascendental; pero ahora estaba seguro de haber encontrado la verdadera paz en las páginas de uno de los dispensadores de paz y sabiduría en boga, cuyos libros llenan las secciones de autoayuda de miles de librerías en toda Norteamérica. Lo único que teníamos que hacer, ¿comprendéis?, es entrar en contacto con nuestros sentimientos, buscar nuestro centro, y también nosotras podríamos experimentar esa mágica transformación. Naturalmente, enseñaba Sociología.

Mientras Robert se explayaba derrochando buena voluntad, me vino a la memoria una descripción de la *Epistle to Dr. Arbuthnot* de Pope:

*Eternas sonrisas delatan su vacuidad
cual los arroyos someros gorgotean sin cesar.*

A él le bastaba, como les ocurre a muchos norteamericanos, tener buenos pensamientos para considerarse una persona estupenda e interesante. Lo único que tenía que hacer era «desear» que ocurrieran cosas buenas, lo cual era más que suficiente para convencerse a sí mismo de que esto hacía de él una persona infinitamente válida y hasta fascinadora. Su interés en sus resortes internos era absoluto. Se había construido un mundo solipsista en el que no tenían cabida cosas tales como el arte, la historia o la política, salvo, naturalmente, en la medida en que lo afectaban a él. O al niño interior, imagino.

Esta vez fue mi amiga la que tuvo uno de sus dolores de cabeza, y volvimos al apartamento a leer el *Times*, tomarnos un Haagen Dasz y rumiar sobre lo difícil que es encontrar en Nueva York a un hombre apto.

SOBRE NORTEAMÉRICA

MI FAMILIA

Si mal no recuerdo, *Ana Karenina* empieza con una frase que dice que todas las familias felices lo son de la misma manera, mientras que las desgraciadas lo son cada una a la suya. Como se trata de Tolstoi, que es de suponer que sabía de estas cosas, lo daré por bueno, pero tengo la impresión de que lo que las familias son, cada una a su manera, es raras. No sé si felices o infelices, pero raras, seguro. De niños damos por descontado que la nuestra es la familia normal, porque es la que tenemos delante. Al fin y al cabo, acabamos hablando igual que ellos, teniendo las mismas ideas en lo social y lo fiscal, y batallando con el estrés, la bebida o la ley del mismo modo que ellos, por lo que lo inmediato es pensar que su comportamiento es normal, por extravagante que pueda ser.

Lo anormal lo detectamos en otras personas y en sus familias: sabe Dios la de cosas raras que vi cuando era niña. Pero, quizá porque tenemos tan poca experiencia del mundo, no nos parece extraño y no lo consideramos así hasta que somos mayores. Entonces estamos tan ocupados en aprender, ver y mirar que no nos queda tiempo para juzgar ni discernir, y nos limitamos a almacenar.

No es sino después cuando juzgamos o, por lo menos, hacemos una valoración o, quizá, nos limitamos a lanzar una mirada objetiva sobre lo que nos había parecido normal, y ahora vemos que quizá no lo era.

En este contexto, se me ocurre pensar en Dickens y en todos esos curiosos personajes secundarios que pueblan sus novelas: el anciano que lanza los almohadones del sofá a su esposa para atraer su atención; Wemmick y su anciano padre, Uriah Heep. La primera vez que leemos la novela, los personajes se nos antojan irreales, casi como caídos de otro planeta. Pero cuando la releemos de mayores nos damos cuenta de cómo abundan en el mundo los Uriah Heep y la agresividad de baja intensidad en muchos matrimonios. Así, cuando contemplamos a nuestra familia con la perspectiva de la edad adulta e incluso de la vejez, nos damos cuenta de que muchas de las cosas que hacían podían parecer bastante raras.

Una parte de los personajes de mi niñez eran las tres tías de mi madre, que vivían en una casa de doce habitaciones. La tía Trace era viuda, y de su marido nunca llegué a saber sino que había sido farmacéutico (lo que dejaba amplio margen para la especulación acerca de la causa de su muerte), y la tía Gert y la tía Mad, «que se pronuncia de manera que rime con el americano *had* y no con *bad*, para no dar pie a la sospecha de que estaba chiflada» (pues *mad*, pronunciado de la segunda manera, significa «loca»). Las tres mujeres convivían en perfecta armonía, y cuando yo fui lo bastante mayor para visitarlas, ya no trabajaban, si es que habían trabajado alguna vez.

Las tres jugaban a cartas, concretamente al bridge. Las cartas llenaban sus días y sus noches. Tenían varias amigas con las que echaban sus partiditas. Como el domingo iban a la iglesia, ese día no jugaban, a no ser que la iglesia organizara una velada de bridge. Y Gert hacía trampas. Mi madre me lo contaba riendo, porque Gert era un pilar de la parroquia. Con los años, había creado,

a base de titubeos y vacilaciones, un lenguaje en clave que resultaba tan explícito para su pareja como si le hubiera enseñado las cartas. «Oh, me parece que me arriesgaré con un corazón.» «No sé si subir a dos picas.» Como yo no juego al bridge, no sé descifrar estos mensajes; a nosotros nos bastaba con saber que hacía trampas. Las apuestas, al cabo de cuatro horas de juego, no pasaban quizá de un dólar. Pero hacía trampas. También donaba miles de dólares al año a beneficencia y era muy generosa con cada uno de los miembros de una familia numerosa y, en general, desagradecida. Pero hacía trampas.

También tenía una amiga «de color», lo cual era excepcional en la Nueva Jersey de los cincuenta, pero una de las jugadoras era de color. Ninguna de las otras la quería de pareja, de modo que Gert siempre la elegía a ella. Aquella mujer jugaba muy mal, y Gert siempre perdía cuando jugaba con ella, pero no dejaba de incluirla en el juego ni de elegirla de pareja. Ni de invitarla a la cena de Nochebuena, por Dios.

De Gert no recuerdo muchas cosas, salvo que por la noche metía las flores en el frigorífico, para que durasen más, que se quejaba por teléfono a los padres de todos los niños que le pisaban el césped y nunca salía de casa sin sombrero. En los últimos años de su vida, cuando Mad y Trace ya habían muerto, siguió viviendo en su casa de doce habitaciones, sin dejarse convencer para venderla y mudarse a otra más pequeña. Pero cuando estallaron los disturbios raciales en Newark, Gert, convencida de que un ejército de negros indignados procedente del gueto subiría por la calle principal y rodearía y destruiría su casa —que distaba del gueto sus buenos quince kilómetros—, vendió la casa y se mudó a un cuchitril de seis habitaciones. Murió poco después y dejó, en el armario de la ropa blanca, un montón de sábanas y toallas de su ajuar. Bellas piezas de hilo bordadas a mano. Aún conservo seis servilletas.

El tío Joe, el fontanero, era otro que tal. Él no deseaba sino ser granjero, pero su padre se empeñó en que aprendiera un oficio, y Joe se hizo fontanero, y era bueno, aunque me consta que no le gustaba su trabajo. Lo único que supo decirme cuando le pregunté qué tenías que aprender para ser fontanero fue: «El día de pago es el viernes y la mierda nunca va hacia arriba.»

En su madurez, se fue de la ciudad y se instaló en una granja en el norte de Nueva Jersey, donde abandonó las tuberías y los fregaderos. Se pasaba todo el día en su tractor, plantando y cosechando, encantado de la vida. Instaló delante de su casa un tenderete de madera en el que vendía flores y hortalizas. Se pasaba las veladas mirando catálogos de semillas y, al parecer, también su cartera de valores, porque murió multimillonario.

Mi hermano, tres años mayor que yo, heredó el carácter alegre de mi madre y la casi total falta de ambición que ha caracterizado nuestras vidas. Y posee en gran medida la capacidad para, como dirían los italianos, *arrangiarsi*, encontrar la solución, descubrir la manera de salir de un apuro, caer de pie.

Para ejemplo, ninguno mejor que el caso del montón de tierra. Su último empleo antes de retirarse fue de director de un complejo de un centenar de apartamentos. Sus funciones consistían en gestionar los contratos y el cobro de los alquileres, además de encargarse del mantenimiento de

los edificios. Un día los propietarios decidieron instalar la calefacción a gas, lo que exigía retirar la vieja caldera y el depósito del gasóleo situados debajo de uno de los aparcamientos.

Los operarios desmontaron la caldera, desenterraron el depósito y se lo llevaron. Entonces se presentaron los inspectores de la Agencia de Protección Medioambiental, quienes manifestaron que como en el pasado el depósito había tenido una fuga y vertido gasóleo, toda la tierra extraída, que había quedado amontonada junto al foso, estaba contaminada y quedaba embargada y que, para retirarla, habría que contratar los servicios de una empresa de transportes especializada.

Mi hermano, que no en vano llevaba muchos años en la ciudad, sabía acerca de la relación entre los inspectores y la empresa especializada un poco más que el ciudadano corriente, gracias a sus compañeros de caza, algunos de los cuales pertenecían a una organización que —hummm, ¿cómo expresarlo con delicadeza?— trabajaba con cierta independencia de la ley. (Nueva Jersey, italianos, industria de la construcción, ¿lo captan?) Por lo tanto, mi hermano abrigaba sospechas acerca del verdadero nivel de contaminación de la tierra.

Se daba el caso de que mi hermano iba a tomarse dos semanas de vacaciones. La víspera de su marcha, llamó a uno de sus compañeros de caza que, casualmente, se dedicaba a suministrar tierras de relleno a distintas obras y, también casualmente, formaba parte de la aludida organización, y le expuso que iba a estar fuera y que si su amigo —cuyo nombre no me reveló— lo deseaba, podía pasar durante las dos semanas siguientes a llevarse la tierra que se encontraba al lado del foso en el que había estado el depósito. Eso sí, tenía que ir de noche y con camiones sin identificación.

Dos semanas después, mi hermano y su esposa regresaron de vacaciones, bronceados y en forma. Al bajar del taxi que los había traído del aeropuerto, mi hermano, como buen gerente, miró en derredor a los edificios y terrenos que estaban a su cuidado.

Consternado por lo que veían sus ojos, se golpeó la frente con la palma de la mano y exclamó:

—¡Ay Dios, me han robado la tierra!

Entró en el edificio y llamó a la policía para denunciar el robo.

También en el lado paterno de mi familia se daban casos raros, aunque en éste las excentricidades tenían visos de leyenda. Mi tío-abuelo Raoul, bilingüe en español e inglés, siempre contestaba al teléfono en inglés con acento español y, si preguntaban por él, decía que era el mayordomo y que iría a ver si Mister Leon estaba *libre*.^{*} Este mismo Raoul un día tomó un taxi delante de su hotel en Nueva York y se hizo llevar a Boston.

El tío-abuelo Bill vivía en una gran mansión, a unas cincuenta millas al norte de la ciudad de Nueva York, y con frecuencia desaparecía, durante períodos más o menos largos, en alguna república bananera de América del Centro o del Sur. La explicación oficial era que se dedicaba al comercio del café; pero, en tal caso, ¿a qué venían esas historias de entrevistas mantenidas con distintos jefes de Estado, rodeados de guardias armados de metralletas?

Bill estaba casado con la paria de la familia, la tía Florence, que no sólo estaba divorciada sino que, además, era judía. Por si fuera poco, ella y Bill habían vivido «en pecado», como se decía entonces, antes de que su unión fuera sancionada por el Estado, ya que el clero no quería

saber nada. A la vista de tantos inconvenientes, el resto de la familia de muy buen grado pasábamos por alto la circunstancia de que Florence tenía cara de caballo y, para colmo, era bastante menos inteligente que un equino.

Su mantra, que no se cansaba de repetir cada vez que íbamos a visitarla, era que una mujer tiene que fingir que es estúpida para conseguir que un hombre se case con ella. Ni mi hermano ni yo observábamos ni el menor indicio de que la tía Florence estuviera fingiendo.

Ah, sí, ahora, al pensar en ellos, me viene a la memoria Henry. Henry era su cocinero japonés, una especie de fantasma invisible que, según se decía, estaba en la cocina, aunque nosotros no llegamos a ponerle la vista encima. Reza la crónica familiar que Henry había estipulado en su testamento que dejaba los ahorros de toda su vida a Estados Unidos. Como no dejó testamento ni familia, se cumplieron sus deseos.

El hermano de mi padre era oficial de la Marina Mercante. Era guapísimo y se rumoreaba, aunque ni mi hermano ni yo recordamos la fuente del rumor, que había sido amante de Isadora Duncan. De todos modos, la primera vez que lo oí yo aún era muy joven como para saber quién era ella.

Recuerdos de familia, misterios de familia.

EL IMPERIO DEL TOMATE

Los norteamericanos de mi generación fuimos educados en la Ética Puritana del Trabajo. Nos gustara o no, la idea de que uno debía estudiar y trabajar era una de las bases en las que se asentaba nuestra idiosincrasia: la mayoría de nosotros, en lo de ir a la universidad, no teníamos más capacidad de elección que la que habíamos tenido al estudiar primaria: eso era lo normal y, después, te hacías a la mar en busca de empleo. Aquellos a los que nos gustaba estudiar nos quedábamos algún tiempo más a bordo del buque nodriza, para que nos llevara hasta el doctorado y decíamos adiós con la mano a nuestros compañeros que se alejaban remando rumbo a puestos de maestros, abogados o ingenieros.

Podías pasarte décadas en la universidad: solicitar otra beca, aceptar un puesto de ayudante de profesor. Y el crucero seguía.

Pero llegaba un momento en el que se dejaban sentir las consecuencias económicas de nuestra ausencia del mercado laboral propiamente dicho. Lo de las becas y ser ayudante de un profesor daban para un discreto pasar, cereales para el desayuno y sandalias Birkenstock, pero no para ir a la ópera y no digamos a Italia.

Es un problema que Dickens plantea con rigor inapelable al hacer decir a Wilkins Micawber que «cuando entra más que sale, el resultado es la felicidad; cuando sale más que entra, el resultado es la desgracia». Por lo tanto, yo debía procurar que las entradas superaran las salidas para evitar la desgracia de que un año tuviera que renunciar a pasar un par de meses en Italia.

En los años setenta, mientras completaba mis estudios universitarios, yo residía en Massachusetts. Mis padres vivían en Nueva Jersey, a pocas horas de distancia, y los visitaba de vez en cuando. Mi madre, apasionada de la jardinería y la horticultura, siempre plantaba varias docenas de tomateras, no sé por qué, ya que es imposible que dos personas consuman el producto de más de unas cuantas plantas. El huerto estaba situado en la parte posterior de la propiedad, pero se veía desde la calle.

La manzana de Newton cayó una tarde en que, durante una de mis visitas, yo estaba trabajando en el huerto con mi madre. Una mujer se nos acercó para preguntar si le venderíamos unos tomates. Y es que no hay nada como lo cultivado en casa, ¿verdad? Mi madre le dijo que no, pero le regaló un montón de tomates y la mujer se marchó muy contenta. Entonces mi madre me miró y dijo riendo:

—Probablemente, podría hacer una fortuna si los vendiera en vez de regalarlos.

¿Si los vendiera en vez de regalarlos? ¿Si los vendiera en vez de regalarlos? ¿Si los vendiera en vez de regalarlos? ¿Podía haber hecho mejor pregunta Karl Marx?

En aquel entonces, en el estado de Nueva Jersey, era legal vender los productos de tu huerto, mientras los cultivaras y los vendieras en tu propiedad. A varios kilómetros de la casa de mi padre, un viejo amigo suyo tenía una granja en la que la gente podía entrar y llevarse cajas de

tomates o melocotones pagando a tanto la caja. ¿Acaso la diferencia entre los precios al por mayor y al detalle no es la clave del comercio?

A las siete de la mañana siguiente, yo ya estaba en la granja del señor Vreeland, donde cargué seis o siete grandes cajas de tomates y las llevé a casa de mis padres. Saqué una mesa plegable a la carretera, la cubrí con un viejo hule, puse encima unos cuantos cestos pequeños, con un kilo de tomates aproximadamente cada uno, y concentré mi atención en las lecturas que debía preparar para el semestre siguiente, que, si mal no recuerdo, eran *Sir Gawain y el Caballero Verde* y *Beowulf*.

A las dos de la tarde, Grendel y su madre habían muerto y yo había leído y anotado la primera parte de *Beowulf*. Y vendido todos los tomates. A la mañana siguiente, duplicué el número de cajas, lo que supuso doble beneficio. Y es que llevamos el capitalismo en la masa de la sangre.

Estábamos en agosto y aún faltaban tres semanas para que tuviera que volver a dar clase en la universidad. Mis padres estaban contentos de que prolongara mi visita y yo tenía mis libros, de modo que ¿por qué no quedarme?

No tardé en establecer una rutina: al amanecer, yo estaba en el campo, donde trabajaba durante una hora o dos, ahuyentando mosquitos del tamaño de abejorros, sorprendiendo a algún que otro ratoncito y llenando más y más cajas, hasta que mi Volkswagen, un «escarabajo», se hundía bajo su peso.

Pronto se corrió la voz acerca de mi puesto de tomates y yo me hice con una clientela. Algunos compradores preguntaban si los tomates los cultivaba yo misma, y yo, muy ufana, señalaba el huerto de mi madre, lleno de plantas rozagantes. Otros preguntaban si utilizaba pesticidas y yo respondía con un escandalizado «Desde luego que no», aunque sólo Dios sabe lo que el señor Vreeland derramaba, pulverizaba o rociaba cuando nadie lo veía.

A veces, cuando me aburría, abandonaba el puesto durante unas horas, dejaba en la mesa un bol e invitaba a la gente a autoabastecerse. Eran muy pocas las personas que aprovechaban la ocasión para robar, aunque la mayoría cambiaban los tomates de una caja a la otra, según sus preferencias de tamaño y maduración.

Y entonces llegó *Harry*. Mi mejor amiga y su marido, que vivían en Nueva York, habían adquirido un cachorro de terrier escocés, *Harry*, que en aquel entonces estaba en su fase de peluche. Querían irse de vacaciones, pero ¿dónde, oh, dónde dejar a *Harry*? De manera que *Harry* entró en la empresa, en la que dormía o jugaba con su pelota de tenis debajo de la mesa, o seguía a los clientes y trataba de colarse en su coche. Aunque no movía ni una pata para ayudar en la recolección o el embalado, no dejaba de ser un buen relaciones públicas. Más de una vez tuve que insistir en que los tomates estaban en venta, pero *Harry* no.

Fue mi compañero durante dos semanas, siempre contento, siempre dispuesto a correr tras una pelota o dejarse rascar la tripa. ¿De cuántos empleados puede decirse eso? Me gusta pensar que, aunque se alegró de volver a ver a sus amos cuando vinieron a buscarlo, sintió separarse de mí.

En la universidad se reanudaron las clases y yo regresé a Massachusetts. Quizá fue ver mi contrato y el triste sueldo que iba a percibir lo que me hizo volver a Nueva Jersey el segundo fin de semana del curso, a mi imperio del tomate, a ganar en dos días lo que la universidad me pagaba en un mes. O quizá era sólo mi herencia, la Ética Puritana del Trabajo.

EL FUNERAL DE MI MADRE

Mi madre murió por los cigarrillos. Durante más de sesenta y cinco años, fumó a razón de un paquete al día. Venía de una familia de fumadores: tres hermanos suyos también murieron por los cigarrillos. Pero también venía de una raza muy fuerte, porque, incluso después de que se le diagnosticara un enfisema, jugó al tenis hasta más de los setenta y nadó cada mañana hasta bien cumplidos los ochenta. Hacia el final de su vida, un día en que yo había ido a recogerla al hospital después de una embolia leve que la mantuvo ingresada una semana, me pidió que parase y fuera a comprarle un paquete de cigarrillos. Sólo dejó de fumar unos tres meses antes de su muerte. Simplemente, un día ya no le apeteció, y no volvió a encender un cigarrillo.

Mi madre también era amiga de bromear, tenía un ácido sentido del humor y una gran afición al absurdo; yo la recuerdo siempre alegre. La gente la quería, confiaba en ella y, durante las últimas décadas de su vida, se erigió, implícitamente, en centro de nuestra numerosa familia. Era generosa, y sospecho que fue la callada benefactora de muchas de mis tías y primas. Sí, le gustaba la broma, le gustaba un trago y, con el trago, un cigarrillo.

Cuando murió, hace seis años, dejó dispuesto que la incineraran, lo mismo que a mi padre, decisión que a mi hermano y a mí no dejó de sorprendernos. Como había que esperar algún tiempo entre su muerte y la entrega de la urna, yo regresé a Italia y volví a Estados Unidos para la ceremonia. Ésta tuvo lugar un día de finales de un invierno seco y soleado en un cementerio de Nueva Jersey inmenso, acres de lápidas todas iguales y equidistantes, rodeadas de un césped tan corto como el pelo de un marino.

Alrededor de nosotros se extendían el césped y las losas perfectamente alineadas hasta perderse en la distancia: todas iguales, todas iguales, todas iguales. El césped, más que recortado, parecía recién aspirado: nada rompía la uniformidad, no se veía ni una flor.

Mi madre adoraba las flores, siempre llenaba el jardín de atrás de las casas en las que vivimos, cuando yo era niña, de grandes parterres de flores multicolores. Nada de cuadros simétricos, sino belleza en desorden, y en uno de los recuerdos más vívidos que conservo, la veo arrodillada en el suelo y cavando.

Mientras caminábamos detrás del sacerdote por el impoluto cementerio, mi hermano, que portaba la urna, mi cuñada y yo, me venían a la cabeza algunas de las genialidades de mi madre. La noche en que me despertó para que la ayudara a robar estiércol de vaca en una granja. O la tarde en que volvió de una merienda en el jardín de una tía rica con el bolso lleno de violetas que había arrancado a escondidas. Y recordé también que en Navidad siempre hacía un regalito al perro y que en Halloween lo disfrazaba.

Cuando estábamos a unos dos metros del nicho en el que iba a ser depositada la urna, vi una colilla en el suelo, la única mácula en toda la pulcra extensión. Sin pensar, señalando la colilla, dije a mi hermano: «Mira, mamá se hubiera alegrado. No la han puesto en NO FUMADORES.»

Ahora, al escribirlo, reconozco que debió de sonar de un modo horrible. El ministro nos miraba sin disimular su reprobación: nosotros tres, las personas que más la querían, desternillándonos de risa con sus cenizas en la mano. Pero entonces pensé que ése era el comentario que ella hubiera hecho en circunstancias similares y comprendí que le hubiera parecido muy divertido y que se hubiera reído. Parecía una frase adecuada para la ocasión y, aun ahora, consciente de lo aventurado que es afirmar tal cosa, creo que es la despedida que más podía complacerla.

GORDITOS

Hay una novela de Thomas Wolfe que se titula *You Can't Go Home Again* [No puedes volver a casa]. Quizá, para los norteamericanos que llevamos décadas fuera de Estados Unidos, un título más apropiado sería *You Shouldn't Go Home Again* [No debes volver a casa]. Aunque no tengo intención de volver a vivir allí, sigo interesada en las múltiples peculiaridades de mi país y no puedo sustraerme a la costumbre de llamarlo *home*, mi casa. Quizá sea puramente lenguaje, una sensación de afinidad con el lugar en el que se habla tu lengua materna, quizá sólo un sentido del humor compartido, aunque muy bien podría no ser más que un hábito lingüístico.

Ahora bien, cada vez que llego a Estados Unidos tengo la sensación de haber aterrizado en lugar equivocado, de que me encuentro rodeada de individuos de otra especie, como si los ladrones de cuerpos hubieran invadido el país en mi ausencia y dejado a replicantes en el lugar de las personas que dejé allí cuando me marché. Aún se habla mi lengua materna, pero las frases hechas, la contumaz familiaridad y las constantes repeticiones de *like*, «como», y *I mean*, «quiero decir», hacen que tardes en darte cuenta de que, con frecuencia, sus palabras están desprovistas de auténtico contenido.

Pero la sensación de alienación se agudiza cuando contemplo el tamaño de las personas. Los norteamericanos son obesos, pero con una obesidad peculiar, que te hace pensar en una raza de andróginos extraídos de una manga pastelera, moldeados toscamente con una espátula gigante y embutidos en pantalones vaqueros de cintura baja y camisetas del tamaño de tiendas de campaña, antes de someterlos a un corte de pelo criminal y lanzarlos a la calle. A veces, me asalta el temor de que, si toco a uno de ellos, el dedo se hundirá hasta la segunda falange y saldrá pringado de grasa.

Los padres de la Iglesia dedicaban gran parte de su tiempo y de su argumentación a la doctrina de la «transustanciación», concepto que me viene al pensamiento cuando contemplo esas montañas de carne: ¿de qué fuente se ha transustanciado toda esa masa, si no de lo que comen? ¿Y qué has de comer y en qué cantidad para producir tanto bulto? En un rápido recorrido por un supermercado, vemos kilómetros de estanterías repletas de productos sin grasas, bajos en calorías, anticolesterol, mucho de esto y poco de lo otro, que se extienden hacia el cada vez más lejano horizonte de la esbeltez, y ahora los restaurantes suelen indicar en el menú las calorías o el contenido en grasa de cada plato.

Entonces la materia prima de tanta masa debe de estar al acecho en otros pasillos y en ese constante picoteo que se observa dondequiera que se reúnen los norteamericanos. Imaginen mi sorpresa, quienes viven en un país en el que los adultos palidecen ante la idea de echar crema de leche al café y la expresión «sin azúcar» forma parte del vocabulario básico del niño, al descubrir el nuevo sistema de tallas en las prendas de vestir, por el que se han sustituido los números —que podrían acomplejar al comprador al sugerir tamaños grandes— por la letra «X», que se repite hasta tantas veces como cifras decimales tiene *pi*.

Es su obsesión por la delgadez y el culto que le rinden lo que hace tan paradójico el tamaño de los norteamericanos. Si estar gordo fuera deseable o siquiera socialmente aceptable, sus hábitos alimentarios y sus adiposidades tendrían una explicación. Pero ¿cuál es el personaje público que quiere estar gordo? Es más, ¿cuál lo está? Un paseo por las anoréxicas calles de Manhattan nos permite comprobar que los ricos están delgados y los pobres están gordos. Pero ¿cómo es esto posible en un país del que se ha eliminado la pobreza, o eso dicen?

«Negación» es un término que suelen utilizar los norteamericanos aficionados a la jerga psicológica. Me parece que, en este caso, la «negación» consiste en hacer todo lo contrario de lo que crees estar haciendo. Un observador más autorizado o cualificado que yo podría apuntar que los norteamericanos incurren en esta aberración por lo que respecta no sólo a su tamaño sino también a su política, a su lugar en el mundo y a su futuro económico. Pero éstos no son temas que me apetezca comentar, como no sea para decir que en la idea que cada nación tiene de su lugar en el mundo suele haber una buena parte de quimera. Quizá por ser el norteamericano un pueblo tan práctico y amante de la concreción ha optado por presentar al mundo esa imagen de su manera de pensar y su manera de ser.

La novela más célebre de Thomas Wolfe es *Look Homeward, Angel* [Mira hacia casa, ángel].* Pues va a ser que no.

QUEDARÍAMOS HECHOS HAMBURGUESA, SEÑORA

Fue el temor al ridículo lo que me hizo volver a la base de las Fuerzas Aéreas de EE.UU. en la que había trabajado, aunque ahora no iba a disertar sobre las novelas de Jane Austen ni la poesía de John Donne, como había hecho durante quince años, sino a hablar de bombas. Estaba terminando una novela —de escribir, no de leer— cuando me entró la duda de si la explosión con la que la había empezado podía considerarse real. Había hecho saltar por los aires una piscina, lanzando miles de litros de agua por los alrededores y, al atacar el desenlace, empecé a preguntarme si la carga explosiva que yo había imaginado habría podido causar los destrozos que causó.

¿Y quién podría informarme mejor que los hombres que manejaban bombas a diario? Años atrás, yo tenía a un artificiero en la clase y aún recuerdo cómo le miraba los dedos a hurtadillas, para cerciorarme de si aún los tenía todos. Seguramente, el escuadrón seguiría en la base, y así era, y sus hombres se mostraron más que dispuestos a hablar conmigo.

La sala de visitas en la que esperaba a los soldados era pequeña y hospitalaria, al estilo norteamericano, es decir, que tenía una máquina de coca colas y un simpático perro mascota. En el centro de una mesa redonda había un bloque rectangular de lo que parecía esa especie de arcilla verdosa con la que jugábamos en el parvulario. Recordé que las fichas de dómينو venían en un estuche de aquel tamaño. ¿Y no tenía Sprüngli una caja de bombones con la misma forma?

Entraron los tres soldados especializados en demoliciones y me estrecharon la mano. Eran unos chicos simpáticos, parecidos a los estudiantes que yo tenía años atrás y a los que apreciaba mucho. Uno era alto y flaco, y los otros dos, más bajos y gruesos. Mientras charlábamos, observé más atentamente a los dos más fornidos porque su figura me llamaba la atención. De cintura para abajo eran perfectamente normales: caderas estrechas y piernas rectas. Pero el torso parecía desproporcionado, como si les hubieran apretado el cinturón y les hubieran inflado el pecho hasta el doble del tamaño normal. Parecían acolchados. ¿Llevaban chaleco antibalas debajo del uniforme?

Rechacé el ofrecimiento de una coca cola, me senté con ellos a la mesa y les expuse mi petición: necesitaba saber la magnitud de la carga necesaria para volar todo un extremo de una piscina.

—¿Una piscina a ras de tierra, señora? —preguntó uno.

Estuvieron hablando entre ellos en términos técnicos durante uno o dos minutos, al cabo de los cuales el sargento dijo que se necesitaría un artefacto del tamaño de una bomba de incendios.

—Pero de las grandes —puntualizó otro, extendiendo la mano a unos ochenta centímetros del suelo.

Como el personaje de la novela habría tenido que transportar la bomba a una distancia considerable y como, en aquella fase del libro, las sospechas aún recaían en uno de los personajes femeninos, comprendí que había creado un monstruo.

—¿Y si la piscina estuviera sobre una plataforma elevada? —pregunté.

—Entonces sería mucho más fácil —dijo uno de los soldados, y señaló el rectángulo verde—. Probablemente, bastaría eso.

—Ah, sí —dije, ajustándome las gafas y apoyando la barbilla en la palma de la mano, en un esfuerzo por aparentar naturalidad—. Por cierto, ¿qué es eso? —dije como si hiciera rato que tenía la intención de preguntarlo y la charla sobre cargas y potencias me hubiera sacado la idea de mi pobre cabeza.

—Es explosivo plástico, señora —respondió el sargento con una sonrisa, una de esas sonrisas norteamericanas con el número justo de dientes perfectos. Observando sin duda la viva atención con que yo miraba los dos cables eléctricos que asomaban por un extremo del rectángulo verde, añadió—: Pero no es de verdad. Lo usamos en las sesiones de entrenamiento.

Muy aliviada, cedí a la curiosidad y pregunté:

—Si fuera de verdad y estallara en esta habitación, ¿qué efecto tendría?

El rubio, uno de los hinchables que hasta entonces no había abierto la boca, dijo:

—Quedaríamos hechos hamburguesa, señora.

Yo insistí en el tema y descubrí que aunque uno estuviera detrás de un escritorio, de un archivador o debajo de la mesa a la que estábamos sentados, la única diferencia estaría en la clase del ingrediente mezclado con la hamburguesa: metal, plástico o madera.

Ellos habían contestado a mis preguntas y yo comprendía que tendría que hacer cambios en el libro, pero algo —quizá una curiosidad perversa— me retenía allí y me inducía a preguntar cosas que no tenían relación alguna con mi trabajo. Y ellos parecían encantados de dar explicaciones y, luego, de hacer demostraciones. Sacaron una cartera de mano, la abrieron y mostraron las distintas formas en que podía hacerse explotar: con un simple temporizador o cuando la abrías, la levantabas del suelo o, por descuido, le dabas un golpecito con el pie al pasar por su lado. Luego estaba la caja de herramientas del operario, preparada de modo similar y llena también de aquellos rectángulos verdes y blandos, que ahora ya parecían formar parte del mobiliario.

Habíamos asistido a la obertura y el primer acto, y ahora uno de mis mentores se adornó con una coloratura acerca de las sustancias que se encuentran al acecho debajo del fregadero de mi cocina. Mezclando bicarbonato sódico, amoníaco, lejía y otros artículos de limpieza de uso corriente, un artesano creativo puede volar un edificio entero. Añádele un poco de vaselina y obtendrás el sueño del pirómano. Y todo tan fácil de bajar de internet como el porno infantil o el erotismo tántrico.

Sentía curiosidad por sus tareas diarias y les pregunté si trabajaban con minas terrestres, y eso nos llevó a hablar de la industria dedicada a la producción de este tipo de minas, muy próspera tanto en Italia como en Estados Unidos, países no signatarios del tratado de prohibición de este tipo de armas. Me dijeron que Estados Unidos sólo fabrica minas defensivas, la típica Claymore, diseñada para ser colocada alrededor de las instalaciones militares y que sólo se utiliza para este fin o, por lo menos, así parecían creerlo.

Al advertir mi ávido interés, el larguirucho se ofreció a enseñarme los robots que dormían en una habitación del fondo del corredor. Eran unos artilugios del tamaño de... bien, del tamaño de una silla de ruedas... contruidos en acero, accionados por cables de acero y provistos, en su parte

frontal, de un mecanismo de acero, capaz de asir y levantar bombas de hasta cincuenta kilos. A su lado estaban los paquetes que contenían los trajes protectores, de unos cuarenta kilos de peso, con los correspondientes guantes, máscaras y botas.

Yo ya había sucumbido por completo a la curiosidad, y cuando el soldado se brindó a enseñarme bombas, accedí. Salimos a un cobertizo largo y bajo de techo, una especie de garaje, donde se almacenaban muestras de diferentes tipos de bombas. Las había largas, delgadas, gruesas y con aletas, como los viejos Cadillac.

—Y esto es una *bomblet* —dijo él sosteniendo en la mano algo que parecía una pelota de tenis de metal, aunque un poco más pequeña.

—¿Una qué? —pregunté, intrigada por el cariñoso diminutivo «*let*».

¿Una bombita? ¿Una *bombina*, como diría un italiano? ¿*Bömbchen*, en alemán? Una monada, tan pequeña, casi parecía un regalito que te ilusionaría encontrar en el calcetín la mañana de Navidad, con una galleta, una pulsera, una muñequita.

Observé que la *bomblet* estaba cubierta de pestañas curvadas y, al parecer, articuladas. Cuando pregunté su finalidad, me enteré de la historia de la *bomblet*. Por su insignificante tamaño, caben varias docenas de ellas en una carcasa que se suelta desde una altura de diez mil metros. Con el impacto contra el suelo, la carcasa se desintegra y las bombitas salen rodando alegremente, al tiempo que abren las pestañas, cada una de las cuales está conectada a un cable. La bombita no explota sino que se queda esperando. Y cuando un pie pisa el cable, quienquiera que sea el dueño del pie, la bombita cumple con su cometido y explota.

—Mata todo lo que esté a menos de doscientos metros, señora. Garantizado.

Miré en derredor, tratando de abarcar todo lo que había en doscientos metros a la redonda.

—¿Todo?

—Sí, señora. Está llena de metralla.

—Ah. —Sugerí que volviéramos a la sala.

De nuevo frente a la mesa con mis tres maestros, les pregunté si un objeto como la *bomblet* no les chocaba, por la incongruencia entre el nombre y el aspecto por un lado, y sus efectos por otro. Mi pregunta fue recibida con sonrisas de cortés perplejidad, por lo que traté de aclarársela: ¿No les parecía extraño matar a todo el que se encontrara en un radio de doscientos metros, y hacerlo a ciegas, desde diez mil metros de distancia.

—Nosotros no las lanzamos, señora. Sólo las desactivamos —remachó uno de ellos, y a mí se me esponjó el corazón al percibir el leve tono de disculpa de su voz.

—Comprendo. Pero ¿no les parece extraño que pueda existir algo semejante?

—La guerra, señora.

Volví a probar. Dije que los antiguos griegos, aquellos chicos de los libros de Historia, peleaban con la espada en la mano y tenían que hundirla en el cuerpo del enemigo, mirarlo a los ojos mientras moría, mancharse las manos de sangre. No a diez mil metros.

—Ah —exclamó uno, horrorizado—. Eso era una atrocidad.

—¿El qué?

—Tanta sangre. Una atrocidad.

Sus compañeros asintieron. Una atrocidad.

Yo lo pensé durante esa fracción de segundo en que nos quedamos en suspenso antes de tomar una decisión: si girar el volante hacia la izquierda o hacia la derecha; si aguantar o marcharnos; si decir sí o no.

Intuí lo que podía ser nuestra conversación a partir de aquel momento y comprendí que mis ideas sobre la guerra y las suyas nunca coincidirían y que nuestras ideas sobre el valor tampoco. Pero sí sobre lo que era una atrocidad.

—Entiendo —dije con una sonrisa y me levanté.

Les di las gracias y les di la mano. El perro mascota se acercó a pedir una palmada de despedida y entonces observé que en el collar llevaba una insignia con las alas de las Fuerzas Aéreas. Movi6 la cola y me acompañó hasta la puerta, ayudándolos a escoltarme en el camino de vuelta al mundo civil.

DE SPRÜNGLI Y LA CNN

¿Conocen ustedes esa sensación que tienes cuando, un sábado por la tarde, entras en Sprüngli, miras los pasteles, pides uno con el café y luego, cuando te lo has comido y la camarera se ha llevado las pruebas, te acercas otra vez al mostrador con disimulo y pides otro? Generalmente, haces eso cuando estás sola, ¿o querrías que tus amigos o tu cónyuge se enterasen de lo foca que eres, de la gula que esconde tu apariencia de persona morigerada?

La misma norma sigo yo con la CNN; sólo la veo cuando estoy sola. Como nunca he tenido televisor, he de verla fuera de casa, y siempre me quedo con una sensación de empalago, de que tantas calorías superfluas han de provocarme una indigestión.

Con los años, he ido acostumbrándome a la banal hipérbole de la CNN, a esa compungida solemnidad con la que los presentadores envuelven cada suceso, por trivial que sea. Es algo que siempre me ha irritado, del modo en que nos irrita un niño que berrea en el compartimiento de al lado del tren. Pero lo de la semana pasada fue el acabose.

Me refiero a la catástrofe de la Egypt Air y a los infortunados que se precipitaron a una muerte instantánea en el Atlántico. Yo me enteré por la CNN, a las pocas horas de que ocurriera el accidente. La noticia no admitía retórica: aeropuerto de origen, hora, lugar, probable número de personas a bordo. Quedaban por determinar las causas del accidente y la nacionalidad de las víctimas. Puesto que el vuelo había partido de Los Ángeles, con escala en Nueva York, era probable que muchos de los pasajeros fueran ciudadanos norteamericanos, y el destino, El Cairo, hacía suponer que otros tantos serían egipcios.

Las cabezas parlantes de los diversos centros de la CNN, todas las cuales mostraban esa estereotipada expresión de aflicción y autosuficiencia que los presentadores de los informativos deben aprender por obligación, daban esta misma escueta información y conectaban con colegas destacados en distintos lugares, quienes, a su vez, repetían los mismos y escasos datos. Se intercalaban vistas de un puerto de Nueva Inglaterra, de buques de la Armada y de grandes extensiones de mar vacío. También vimos fachadas de varios aeropuertos y los mostradores de embarque de Egypt Air desiertos.

De pronto, se nos informó de que, antes de media hora, la CNN emitiría un «especial» de noventa minutos sobre el desastre. Cuando empezó el reportaje, vimos imágenes de personas de piel oscura vestidas de un modo exótico (ya saben, mujeres con *abayas* y hombres con túnicas) que entraban en el aeropuerto de El Cairo. Muchos tenían la cara crispada por el dolor, ese dolor solemne que los presentadores habían estado simulando durante los quince últimos minutos. Algunas mujeres, con la cara descompuesta por la desesperación, se desmoronaban en brazos de los que estaban a su lado. Entonces comprendí lo que iban a estar sirviéndonos durante noventa minutos: dolor auténtico. En aquel momento, ya lo vi con la imaginación, tal como, una semana

después, aún podemos verlo en la pantalla: Eh, mirad, lágrimas de verdad, dolor de verdad; personas que nos mostrarán dolor auténtico. Vamos a sentarnos aquí en la sala, con unas cervezas o con el segundo bocata, a ver a gente de verdad que sufre de verdad.

Una semana después, nos siguen machacando con la misma pornografía del dolor: funerales coptos en el exótico El Cairo y hasta una ceremonia musulmana aquí al lado, en la isla de Nantucket. Y como éstos son los parientes y amigos de personas que han muerto de verdad, ¡ostras!, eso han de ser lágrimas de verdad. Esto no es periodismo ni es información: es voyeurismo macabro, un insulto tanto para los que están delante del televisor como para los que aparecen en la pantalla.

Yo no pienso dejar de ir a Sprüngli, pero he dejado de ver la CNN.

SOBRE LOS LIBROS

LOS MONSTRUOS DEL CORREO ELECTRÓNICO

El problema está en que conozco a mi técnico en informática desde que era un crío. Cuando, hace veinticinco años, me afiqué en Venecia, Roberto y su familia vivían en el piso de abajo. Él era un chico larguirucho, educado y simpático, pero un chico, ¿comprenden? Ahora es el *dottor* Pezzuti, graduado en Ingeniería Informática por la Universidad de Padua y empleado de la ACTV, la empresa de transportes públicos, para la cual crea programas que regulan el tráfico en barco y autobús de Venecia y alrededores. Pero para mí sigue siendo un chico larguirucho, y probablemente por eso me resulta tan difícil dar suficiente crédito a sus pacientes —y estoy segura de que penosas, por lo menos, para él— explicaciones de los principios básicos que rigen mi ordenador y los programas que mi antiguo vecino instala en él. A fin de cuentas, ¿cómo va a saber lo que se dice ese chico al que has visto dar una patada a un balón de fútbol y lanzarlo al canal delante de Santi Giovanni e Paolo?

De manera que cuando Roberto me aseguró que no había ningún diablo escondido en mi correo electrónico, fingí que lo creía, pero sabía que mentía. Porque lo he visto, muchas veces he detectado señales de su diabólica presencia. Se ríe usted, ¿verdad? Sentado en su sillón, tan tranquilo, lejos del teclado de su ordenador, se ríe de mi primitiva superstición, de mis ingenuas creencias en las Fuerzas del Mal. Pues le advierto que más le valdrá no confiarse, porque yo lo he visto. Sé lo que me digo.

La cosa empezó unas cuatro semanas después de mi conversión al correo electrónico. Llevaba años resistiéndome a las recomendaciones de mis amigos que me animaban a unirme a la red, a acceder al universo. Yo aducía que hasta ahora había conseguido prescindir del televisor y del *telefonino* sin más consecuencias que la de no ser capaz de distinguir a un presentador de otro y la de no poder llamar a mi *mamma* desde el tren para decirle que llegaré dentro de diez minutos y que ya puede echar la pasta: las únicas ventajas que, a mi entender, reportan esos aparatos.

Pero ellos insistían: la correspondencia se agiliza, la información viaja de un continente a otro (y hasta de un planeta a otro, si me apuran) a una velocidad mayor que la que alcanza el sistema postal italiano. Y, al igual que Adán, caí.

Al poco tiempo, se habían cumplido las promesas, aunque las consecuencias inmediatas no eran las que yo había imaginado. La correspondencia había ganado en velocidad, pero en detrimento de la gramática, la sintaxis y la sustancia. Luego estaban los peligrosos mensajes de personajes que firmaban Lola y Macaela y me prometían dichas sin fin si abría el anexo.

Roberto me llevaba de la mano, me enseñaba a «Eliminar» aquí y «Eliminar» allá, y hasta a deshacerme de lo que él se empeñaba en llamar *cookies*.

Pero la primera vez que vi al diablo comprendí que aquello era algo en lo que Roberto, a pesar de su doctorado, no iba a poder ayudarme. Ocurrió un día en que yo estaba haciendo la reseña de una novela bastante pesada y buscaba la frase justa, falsamente inofensiva, que clavara

la daga en la garganta del autor. Yo probaba y probaba, pero la frase letal me rehuía. Y entonces le vi el rabo.

Ondeó un instante, sólo la puntita, delante de mis ojos, entre la «A» de «aburrída» y la «S» de «soporífera». Indecisa sobre el adjetivo que debía arrojar al libro objeto de la reseña, yo miraba al teclado y vi la punta del rabo, en forma de cabeza de víbora, que se ondulaba en dirección al icono situado en la parte baja de la pantalla, como indicando que tal vez fuera el momento de abrir los emails. Quizá ya no querían la reseña; quizá había un error y yo debía escribir sobre otro libro, *Tristram Shandy*, por ejemplo, o *La feria de las vanidades*, algo con lo que pudiera divertirme.

De manera que, con un movimiento deliberadamente casual, hice que mi mano llevara el cursor hasta el icono del pérfido Outlook Express y eché un vistazo. No. Ningún cambio en el plan de trabajo, pero había un email de una persona de Austria que me preguntaba si me interesaría ver *Teseo* en Klagenfurt y, en tal caso, qué fecha prefería. Esto me llevó a mirar el calendario, buscar el reparto en una vieja revista de ópera, llamar a un amigo para averiguar si el director merecía el viaje y escribir aceptado la oferta. El segundo email era de Londres, de un amigo que se explayaba en envenenados comentarios acerca de ciertas personas del mundo editorial y, como es natural, yo me sentí obligada a echar leña al fuego de su indignación. El otro era de mi más vieja amiga, que residía en Nueva York y me decía que acababa de recibir la foto de los asistentes a la cuadragésima reunión de la promoción del instituto y que no podía creer lo enorme que se había puesto Barbara Tempesta.

Ya había transcurrido más de una hora y había llegado el momento de ir a cenar, pero fui con la conciencia limpia, porque ¿acaso no me había pasado la tarde delante del ordenador? Durante varias semanas, el diablo no dio señales de vida. Terminé la reseña, la envié, escribí un artículo sobre el *Arminio* de Händel y, finalmente, ya no tuve más remedio que enfrentarme a lo inevitable: el capítulo XVII.

Transcurrían los minutos, pasó media hora y era muy poco lo que había sucedido. Los personajes se sentaban, se levantaban, caminaban, tomaban un barco, se revolvían nerviosamente en el asiento, caminaban un poco más, volvían a sus escritorios y se sentaban, tan incapaces de entender lo que ocurría como yo misma. Y entonces, mientras estaba inmóvil frente a la pantalla, volví a verlo.

Pero esta vez no era un rabo sino una manita huesuda, la misma mano que había dado la pluma a Fausto. La mano surgió, esta vez entre la «R» de «respuesta» y la «E» de «explicación», me saludó y con un dedo fino y tentador señaló la parte inferior de la pantalla, donde el peligroso icono permanecía al acecho. Yo me resistí durante media página, pero, mientras trataba de trabajar, no cesaban de aparecer entre las teclas otros dedos y, al fin, también salió la punta sagital de la cola, y todos, todos, señalaban siempre, siempre, al dichoso icono. Incluso empezaba a palpar y a ponerse rojo como aquella primera fatídica manzana. Yo cerraba los ojos y pensaba en Inglaterra, pero comprendía que era inútil, que nosotros, pobres mortales, no podemos resistirnos al influjo de Satanás, y que cuando el demonio de la pereza nos visita no hay escapatoria.

No pienso volver a hablar de ello a Roberto, desde luego. Sé que no me creería, que se reiría o, peor aún, me lanzaría otra mirada larga y compasiva, y apuntaría que quizá he trabajado demasiado últimamente y debería dejar el ordenador una temporada. También existe el peligro de

que trate de hacer algo en el ordenador para ver si puede eliminar el rabo o los dedos. Y lo peor, lo peor es que, aunque pensara que él podía hacerlo, sé que yo no querría.

CON BARBARA VINE

Sentadas a una de las mesas de un restaurante italiano, muy juntas unas de otras, cerca de Covent Garden, dos mujeres de cierta edad, vestidas con sobriedad, hablábamos de nuestra profesión mientras esperábamos la pasta.

—¿Tú qué prefieres? —pregunté a mi compañera, mirando al camarero y moviendo la cabeza de arriba abajo: «Sí, más agua mineral.»

—A mí me chifla un buen empujón desde lo alto de una escalera. —Ella hizo una pausa y miró las fotos de actores italianos que cubrían las paredes, meditó un rato, bajó la mirada y movió el cuchillo (lo que me pareció revelador) dos dedos hacia la izquierda y añadió—: O un estrangulamiento. —Otro momento de reflexión—. Sí; reconozco que siento debilidad por el estrangulamiento. Tiene un componente táctil y personal.

—Lo comprendo, desde luego —dije—, aunque nunca lo he probado. ¿Es fácil? —Partí un bastoncillo por la mitad y me puse a mordisquear.

—Verás —empezó ella, pero la interrumpió el camarero que traía el agua para mí y el vino para ella. Tomó un sorbo, un sorbo muy pequeño, dejó la copa y continuó—: Tienes que acercarte mucho, ¿comprendes? A primera vista, parece preferible atacar por detrás, porque así no pueden empujarte.

Yo escuchaba sus palabras con toda la atención que merecían, y ella prosiguió levantando las manos ante sí a la altura de mi garganta:

—Pero como toda la fuerza la tienes en los pulgares, en realidad es mejor hacerlo de frente.

También esto lo medité. Sí, sí, sería mucho mejor así. Ella se miró las manos y sonrió al camarero, que nos puso delante los espaguetis con broccoli y nos deseó: «*Buon appetito.*»

Ella hundió el tenedor en los espaguetis y lo hizo girar.

—¿Qué estás empleando ahora?

Mirando al plato, respondí:

—La última vez, le partí el cráneo a un hombre con un ladrillo. Es algo que siempre, desde niña, había querido hacer. En realidad, así solía amenazar a la gente: «Si no dejas de hacer eso, te parto la cabeza de un ladrillazo.» Por fin lo he hecho y es muy estimulante. —Quizá había demasiado ajo en la salsa, pero estaba muy buena.

—Sí; los ladrillos y las piedras son fantásticos, ¿verdad? Los sientes tan sólidos en la mano... —Tomó otro bocado de pasta—. ¿Qué más?

—Esta semana iba a apuñalar a un hombre cuando recordé que eso ya lo había hecho y me decidí por el garrote.

—Hummm —respondió mi compañera—. Esta pasta está deliciosa, ¿no te parece? —Dejó vagar la mirada por la media distancia—. Siempre he deseado usar el garrote.

Yo comí un poco de pasta.

—Tienes que probarlo.

Ella asintió.

—Una vez usé un chal de seda. En realidad, viene a ser lo mismo, ¿no?

Yo asentí. Estoy segura de que sí.

—¿Qué te parecen las pistolas?

Era evidente que había tocado su fibra sensible. Dejó el tenedor y miró al techo.

—Oh, las odio. Siempre me equivoco en algo: el calibre o el tipo de bala, y luego la gente me dice lo que debería haber usado y cómo la he liado. —Tomó otro sorbo de vino—. ¿Y tú?

—Lo mismo. Nunca sé hacia dónde ha de brotar la sangre ni cuál ha de ser el tamaño de los orificios. —Pensé un momento y añadí—: Pero creo que lo que me hace prescindir de las pistolas es el ruido.

—Sí; son unos chismes muy antipáticos.

Terminamos la pasta al mismo tiempo. El camarero vino y se llevó los platos.

Ella bajó la cabeza y se limpió los labios con la servilleta delicadamente. Levantó la copa y tomó un sorbo de vino.

—Detesto el veneno.

Yo bebí agua.

—Yo también.

Por el rabillo del ojo vi que el camarero se acercaba con los menús.

—Antes de pedir el postre, dime una cosa, Barbara, ¿tú has visto una autopsia?

SIN LÁGRIMAS POR LADY DI

El 5 de septiembre, víspera del funeral, yo volaba a Nueva York, con transbordo en Londres. Unas tres horas después de despegar de Londres, fui a pedir un vaso de agua y una de las azafatas se me acercó.

Con la voz insegura y los ojos húmedos como exigía la ocasión, me puso una mano en el brazo con un ademán destinado sin duda a darme ánimo y me dijo:

—El comandante nos lo ha dicho ahora mismo y estoy segura de que usted se alegrará de saberlo: mañana hará buen día en Londres.

Con una mirada dura y una ligera nota de extrañeza en la voz, respondí:

—Perdone, ¿este avión no va a Nueva York?

Ella trató de contener un respingo, pero no pudo.

—Quiero decir para el funeral —dijo.

¿Aquello era una lágrima?

Yo llevaba una semana oyendo, viendo y leyendo cómo un planeta se convulsionaba por la desdichada muerte de una mujer a la que, durante los quince años en los que la prensa me había presentado los distintos capítulos de su vida, yo no había encontrado ni mínimamente interesante. Por supuesto, lamentaba su muerte, pobrecita, como lamento la de cualquier persona decente e inocente. Quizá yo sea una desalmada, pero no concebía por qué la muerte de aquella mujer en particular había de tener hondo significado para mí, por lo que, sin molestarme en disimular la irritación, levanté las manos y espeté:

—Ya basta de toda esa historia. No quiero saber nada más —y volví a mi asiento.

Yo viajaba en *Business* (porque me habían cambiado el asiento, pero esto no lo sabía la azafata), de manera que no podía descararse conmigo y, por otra parte, como estábamos en un avión, tampoco podía obligarme a bajar, ¿verdad? Pero la oí comentar con voz dolida, dirigiéndose a otro pasajero.

—Hay personas que no comprenden.

Sí, mona: hay personas que no comprenden.

De vuelta en mi butaca, seguí leyendo las cincuenta últimas páginas de *La casa de la dicha*, de Edith Wharton, la novela que narra la historia de Lily Bart, hija de una en otro tiempo acaudalada familia de Nueva York que se relaciona con la flor y nata de la sociedad. Sin estudios, educada sin otra finalidad que la de ser decorativa, Lily no podía tener más objetivo en la vida que el de conseguir un buen marido, lo que para las mujeres de su época y clase significaba un marido rico. Yo ya había leído el libro dos o tres veces y sabía que la facultad de Lily para percibir la hipocresía y la falsedad de la sociedad en que vivía, para ver su mezquindad y su zafiedad, sería la causa de su fracaso perpetuo. Cuando se le brinda la oportunidad de casarse con Percy Gryce, hombre tan horroroso e insípido como su nombre, la rehúye; tiene ocasión de vengarse de la mujer que le ha destrozado la vida, y no la aprovecha, porque sería una ruindad;

segundos después de oír que ha sido excluida del testamento del único pariente que podía haberla hecho rica y, por consiguiente, libre, se levanta para felicitar a la que ha heredado lo que debía haber sido suyo.

La nobleza del carácter y la rectitud de la conducta de Lily Bart corren parejas con su indolencia y su irresponsabilidad en materia económica. Con frecuencia hace lo que menos conviene, aunque siempre por el más sublime de los motivos.

Lily muere —¿accidente o suicidio?— a consecuencia de una sobredosis de láudano que se administra en un sórdido apartamento de un barrio miserable de Nueva York. Mientras leía el pasaje que describe su muerte y el hallazgo de su cadáver, me di cuenta de que estaba llorando, a pesar de que ya sabía lo que iba a ocurrir y de que hacía trescientas páginas que se veía venir el trágico fin de Lily.

Me chocó mi falta de sensibilidad: lloraba por una heroína de novela y me quedaba con unos ojos más secos que el Sáhara por la muerte de una mujer real que, en múltiples y trágicos aspectos, tanto se parecía a Lily. Por su deficiente formación intelectual, por haber sido educada sin otras miras que la de hacer una buena boda, por hallarse atrapada en una sociedad cuya hipocresía podía ver pero de la que no había conseguido zafarse, la princesa Diana y Lily Bart tenían mucho en común y, sin embargo, yo lloraba por la mujer imaginaria y no por la real.

En su introducción a la *Bibliographia Literaria*, Coleridge se refiere a la necesidad del lector de poesía de someterse a un proceso que él llama «voluntaria suspensión de la incredulidad». Si no damos rienda suelta a la imaginación, si no nos dejamos convencer, durante el tiempo que tardamos en leer una obra de ficción, de que los personajes y los hechos son reales, nunca podremos disfrutar de la lectura.

Para aquellos de nosotros que hemos pasado la mayor parte de la vida en los libros, los personajes de ficción resultan tan reales, o quizá más, que las personas de carne y hueso. Y es que, en las manos de un genio, los personajes de ficción adquieren una realidad más cercana, y los conocemos y comprendemos mejor que a la mayoría de las personas a las que tratamos. Conocemos a Emma Bovary mejor que a muchas vecinas nuestras; comprendemos a Anna Karenina mejor que a la mayoría de nuestros amigos. El terco y vano empeño de Antígona por practicar la virtud siempre será una inspiración para nosotros, que no somos tan nobles de espíritu.

Lily Bart es grande porque Edith Wharton fue un genio; Emma Bovary es real porque Flaubert era otro genio; y la nobleza de Ana Karenina es fruto del soberbio talento de Tolstoi. La historia de la princesa Diana no tuvo sino a los gacetilleros del *National Enquirer*, *Das Bild* o *Gente*. En las páginas de semejantes periodicuchos, su vida no podía ser más que una serie de frases hechas y momentos para la foto. Aunque hemos visto miles de foto suyas y hemos leído hasta los detalles más íntimos de su vida, no hemos llegado a «saber» algo de ella, por lo menos como lo sabemos de Emma, de Ana y de Lily. Nada sabemos, ni quizá sepamos algún día, acerca de la esencia que pudiera haber en su interior, porque su historia no tuvo un genio que la contara.

MANIPULACIÓN DEL LENGUAJE

Hace varias semanas, vi en un diario en lengua inglesa un titular que decía que un grupo de Estados Unidos quería suprimir del diccionario la palabra *nigger*, peyorativo de «negro». No, me equivoco; no decía eso: querían suprimir del diccionario la «palabra n...». Bien, ya hace mucho tiempo que ando por ahí como para que me pillen de nuevas los desvaríos de Norteamérica y los norteamericanos, pero confieso que hasta una vieja cínica como yo, testigo de tanta tropelía lingüística, alucinaba. El texto de la noticia contenía el consabido mensaje: los afroamericanos, ofendidos por la connotación racista de la palabra, querían que fuera suprimida del diccionario.

Norteamérica es una sociedad profundamente racista y, si bien los afroamericanos encabezan la lista de sus antipatías, no hay que olvidar que en ella figuran también hispanos, judíos, orientales, polacos, italianos, indios y hasta es posible que montenegrinos. ¿Y qué más?, pensé. ¿Habría que borrar del diccionario todas las palabras que, de un modo u otro, denigran a una minoría, para no ofender al lector ocasional? ¿Habría que reescribir la historia del lenguaje, para no herir una sensibilidad política de nuevo cuño? ¿Hay que proteger a la persona que busca «chino» del contagio del contiguo *chink*, que se aplica despectivamente a los orientales? ¿Y el que quiera averiguar el valor de la guinea, otrora fuerte unidad monetaria británica, tendrá que quedarse en ayunas por ser éste un epíteto peyorativo que se usa contra los italianos?

Yo soy mujer, y todos los diccionarios de la lengua inglesa están bien surtidos de palabras que expresan desdén, repugnancia y agresividad hacia las personas de mi sexo. Pero nunca se me ocurriría pensar que borrando del diccionario esas palabras van a suprimirse los prejuicios que su existencia revela. Pero, cuidado, estamos hablando de Norteamérica, la tierra de las apariencias, de la fachada, y es posible que los postulantes de la idea crean que la desaparición de la palabra nos traerá la igualdad racial y hasta quizá a nuestro primer presidente negro.

No es ésta la primera señal de la propensión de la mentalidad norteamericana al autoengaño. Casi todos los mendigos que hace unos años llenaban las calles del centro de Manhattan han desaparecido. Por lo menos, del centro. Las causas sociales de la pobreza no han variado ni se ha hecho nada para que varíen —si acaso, han empeorado—, pero como la manifestación visible de estos problemas se ha retirado del corazón de la ciudad que gobierna Norteamérica, lo inmediato es pensar que se ha conseguido la justicia social y económica. ¿Está cerca el Rey Filósofo de Platón?

«Tu madre es una *nigger* asquerosa.» «Quien pronuncie la palabra *nigger* merece que la lengua le caiga de la boca.» Si eliminamos la palabra del lenguaje, si la borramos del diccionario, resulta imposible distinguir entre las dos frases anteriores, y la condena del uso de tan repugnante epíteto es francamente grotesca. Prueben: «Quien pronuncie la palabra n... merece que le caiga la lengua de la boca.» No; no me entusiasma. Lo que es peor, esta cosmética manipulación del lenguaje permite a las personas considerarse virtuosas sólo porque no dicen determinada palabra;

estoy segura de que millones acogerían con entusiasmo la posibilidad de engañarse a sí mismos pensando que no son racistas sencillamente porque se han borrado del diccionario los epítetos racistas.

Durante los ocho meses y diecisiete días que tuve la desgracia de trabajar en el más repugnante de los lugares, Arabia Saudí, solía leer los maltratados jirones de la prensa occidental, de la que hordas de censores armados de rotulador habían suprimido afanosamente toda palabra o imagen contaminante. En las páginas de deportes de *The Guardian*, las piernas de los futbolistas aparecían pintadas de negro. La cara de la señora Thatcher estaba oculta tras un velo de tinta negra, y todas las palabras ofensivas, especialmente las relacionadas con las cosas semíticas, eran eliminadas sumariamente.

Un día vi este anuncio: «Beba un vaso de *orange* xxxxxxxx con el desayuno.» En lugar de la misteriosa palabra ofensiva había un pequeño rectángulo negro. Intrigada, traté de adivinar cuál sería el líquido del que se protegía a mis ojos. «¿*Orange vodka*?» ¿Con el desayuno? «¿*Orange whisky*?» ¿Con los cereales?

Y entonces se me encendió la bombilla. «*Orange juice*.» ¿Lo captan? *Juice*. Pronuncien la palabra y presten atención a cómo suena en inglés. ¿No se parece un poco a *jews*, judíos? Pues sí, señor.

Vale, vale, los saudíes son unos cerdos y unos tarugos, pero la intención no difiere mucho de la de quienes pretenden eliminar los prejuicios raciales suprimiendo la palabra *nigger*. Israel sigue ahí, por muchas veces que tachen *juice* del periódico, y los norteamericanos van a seguir detestando a los negros tanto si la palabra está en el diccionario como si no.

SUGERENCIAS PARA ESCRIBIR NOVELA NEGRA

Creo que fue Tucídides quien escribió que «las anécdotas suceden a las personas que saben contarlas», y tengo la impresión de que es verdad. Estoy segura de que todos hemos tenido la suerte de conocer al narrador nato, el que, al volver de una visita a una planta de reciclaje, nos mantiene en suspenso durante media hora con el relato de lo sucedido entre las botellas y los periódicos. Pero también, y con grave perjuicio para nuestra paciencia, hemos conocido al solemne pelmazo, que podría ser secuestrado por extraterrestres y luego contarnos una historia más pesada que los editoriales de *Famiglia Cristiana*.

La razón es evidente y no admite réplica: es algo que se tiene al nacer, o no se tiene; o naces con ese arte especial para usar el lenguaje, o no. Cuando digo esto a mis alumnos, la mayoría lo cuestiona y todos se sorprenden. Los más perspicaces preguntan por qué entonces me atrevo a dar clase de Escritura Creativa.

En el campo de las artes plásticas, de la música o, incluso, en el del deporte, nadie discute que el elemento que distingue a los grandes de los simplemente buenos es un don innato que se da o no se da. Sin él, un pintor o un tenista puede ser bueno; con él, será genial. No veo por qué esto haya de ser diferente en el mundo de las palabras, aunque comprendo que la idea desagrade a la mayoría. Al fin y al cabo, no todo el mundo tiene por qué jugar al tenis o tocar el piano, pero todo el mundo tiene que utilizar el lenguaje, es imperativo de la naturaleza humana. Por lo tanto, es natural que nos parezca injusto que ese don sea repartido de manera poco equitativa antes ya de que se nos dé la oportunidad de decidir si lo queremos o no. Es curioso, pero la gente parece perfectamente dispuesta a aceptar que haya personas que nacen con la facultad de correr más aprisa que otras. Pero esta falta de equidad en modo alguno altera la realidad. Creo yo.

Vemos la pregunta de cómo me atrevo a enseñar Escritura Creativa. Por dos motivos. A todo el mundo se le puede ayudar a perfeccionar su manera de escribir para que sea más clara, correcta y ordenada. Y a los que poseen el don para las palabras se les puede ayudar a ahorrar tiempo y energía en la solución de problemas sugiriéndoles fórmulas que quizá no se les hayan ocurrido. Finalmente, en uno y otro caso, yo apporto a la lectura de su trabajo la experiencia de cuarenta años de leer y analizar textos. No obstante —lo confieso de entrada—, yo no puedo enseñar a nadie a ser creativo.

Hoy en día, la forma de escritura (me resisto a llamarla «literatura») más popular, es decir, la que más vende, es la novela de intriga, la novela negra. La mayoría de los autores de éxito son británicos o norteamericanos. Los grandes maestros del género, casi sin excepción, han escrito en inglés. De acuerdo, está Simenon, pero no hay nadie más, ¿o sí? Creo que ello se debe tanto al hecho evidente de que los angloparlantes leemos estas cosas desde niños como a razones de tipo histórico. El policía ha sido siempre el amigo de la clase lectora, y el *bobby* tiene un largo historial de honradez, de manera que la idea del policía, ya sea oficial o privado, que trabaja para el bien de la sociedad es perfectamente plausible para un anglosajón. Además, los anglosajones en

general siempre han tenido la impresión de que el gobierno se preocupa por el bien del ciudadano; por consiguiente, los órganos del Estado merecen confianza. Estos hechos históricos, supongo, han creado un público dispuesto a creer el relato del policía abnegado o el detective privado honorable. Las películas con sangre a chorros y Rodney King han puesto fin a todo esto, desde luego, y los lectores de hoy parecen más interesados en leer informes forenses que novelas, o informes forenses disfrazados de novela.

Quien quiera escribir una novela de intriga debe tomar una serie de decisiones importantes antes de empezar. La primera, creo yo, es fijar el punto de vista. Es decir, el autor debe determinar si el narrador será un personaje de la novela y, por consiguiente, se pasará trescientas páginas explicando lo que «yo» vi, sentí y descubrí o si la narración será presentada en tercera persona. En tal caso, ¿el narrador será una voz lejana y omnisciente o se presentarán los hechos desde la óptica de uno de los personajes del libro?

La dificultad de utilizar la primera persona es evidente: la adquisición de información. Los medios por los que un personaje puede obtener información son muy pocos: la oye, la ve o la lee. (Vale, también puede olerla y palparla, pero hablemos en serio.) ¿La oye porque se la cuentan o por casualidad? Si se la cuentan, tiene que ser un personaje lo bastante simpático como para inspirar confianza a fin de que la gente le haga confidencias. Si se entera por casualidad, ha de tener la suerte de estar en el lugar adecuado en el momento justo para cazarla al vuelo.

El lugar adecuado. Sea cual sea, el narrador tendrá que pasar ahí mucho tiempo para ver las cosas que ocurren y a la gente que las hace. Tendrá que estar en compañía de otros personajes precisamente cuando éstos estén hablando; habrá de tener acceso a lugares en los que pueda esconderse información; habrá de ser lo bastante perspicaz como para relacionar informaciones inconexas y hacer deducciones antes que los otros personajes y, lo que es más importante, antes que el lector.

Éstas son consideraciones de carácter práctico. Luego está el concepto estético. ¿Qué clase de persona será este narrador? Habrá de ser simpático(a) o interesante, a fin de captar la atención del lector durante todo el libro. El lector también ha de poder simpatizar con el narrador, apreciarlo, alegrarse de su éxito, especialmente si el autor piensa usar el personaje en otro libro.

Si va a escribir una narración en primera persona, el autor debe decidir en qué medida el personaje debe parecerse a él(ella). Lo más importante es el sexo: ¿el narrador será del mismo sexo que el autor? Luego están el nivel cultural y la inteligencia del narrador. Durante dos años, he sido crítica de novela de misterio del *London Sunday Times* y estoy harta de las pretensiones, generalmente de tipo cultural, de zoquetes que hablan de «alfombras orientales» y «cuadros al óleo». Con esta imprecisión, demuestran que ignoran la diferencia que hay entre Nain y Sarouk y Picasso y Degas. Yo aconsejo que crees a un narrador que sea parecido a ti, por lo menos por lo que se refiere a inteligencia o nivel cultural. Te será mucho más fácil hacerte pasar por una persona del sexo opuesto que por una persona más lista que tú.

¿Qué tipo de familia tiene el narrador y serán útiles sus miembros en función del argumento? ¿Y el trabajo? ¿Cómo se gana la vida el narrador y qué conocimientos exige del autor el desempeño de esa profesión? La profesión influye también en el modo en que el narrador se imbricará en la trama.

En la actualidad, priman las novelas seriadas que siguen al narrador en el tiempo y van dando al lector más y más información sobre la vida del personaje. Al principio, el autor no sabe si el éxito del primer libro arrastrará un segundo y hasta un tercero, por lo que es conveniente crear un narrador que sea lo bastante joven o simpático para aparecer en futuros libros y mantener el interés del lector.

Si la narración se hace en tercera persona, que es lo más habitual, hay que empezar por fijar varios puntos de partida. Esta premisa, básica en los relatos en primera persona, aquí no parece tan elemental a causa de la ausencia del condicionante «yo».

¿Cuáles serán los conocimientos, la información y las referencias del narrador? Considero que esto, en gran medida, debe determinarse en función del público al que vaya destinada la novela. Si escribes para un público norteamericano debes suponer al lector un cierto bagaje —por desgracia, un bagaje muy ligero— de conocimientos que difiere del de un europeo. El autor no puede dar por descontado que el lector norteamericano sepa mucha geografía o historia, ni que las alusiones a sucesos anteriores a 1970 sean entendidas. No es éste el caso de muchos norteamericanos lectores de novelas de misterio, que suelen ser personas cultas, pero, si se busca el éxito en el gran mercado, hay que tenerlo en cuenta. No es arriesgado suponer que el lector europeo es más sofisticado y más culto.

Hay que fijar también el nivel de la prosa. ¿Frasas largas y complicadas o escuetas y categóricas, al modo de buena parte de la novela de intriga actual? ¿Referencias al decorado de vasos griegos o a *Los vigilantes de la playa*? No hay nada que irrite tanto a un lector como una alusión a algo que no entiende, porque eso da al autor una imagen de pedantería, que es el beso de la muerte.

¿Humor? ¿Qué le parecerá divertido al narrador y qué esperará él que el lector encuentre divertido? Una cosa es decir que esperar que un determinado personaje diga la verdad es como esperar que la madre Teresa dé consejos de moda, y otra cosa es decir que es como esperar que tenga un orgasmo. Sólo de escribirlo, me repugna la ordinariez de esto último, como ha de repugnar a cualquier lector decente. Un escritor chistoso no tiene más que cometer un desliz semejante para hacer que el libro vaya a parar a la papelera del editor o, si llega a publicarse, no impulsará al lector a seguir leyendo más allá de la página en que se hace el símil. Eso espero, por lo menos.

También hay que decidir los principios éticos del narrador y, por consiguiente, del autor. Dado que la mayoría de las novelas de intriga terminan con una resolución —ya sea la captura del malo o la venganza de la víctima—, el lector esperará un desenlace inequívoco y terminante, dos condiciones que raramente se dan en la vida. Así pues, el autor debe determinar quién será castigado y en qué medida, porque sabe que el lector así lo espera y desea. Un genio como Patricia Highsmith consiguió presentar a una serie de narradores totalmente amorales que, al tiempo que cometían sus diversas atrocidades, conservaban las simpatías del lector. Pero ella era un genio; el resto de nosotros no lo somos.

Luego está la manera en que el narrador se dirige al lector. Algunos lo hacen claramente, como a un interlocutor, mientras que otros, la mayoría, se mantienen a distancia y ni siquiera insinúan que exista un lector. Se han escrito pocas novelas de intriga en forma epistolar; supongo que habrá que esperar la novela en email, que ya debe de estar elaborándose sin duda.

Una vez definida la voz narradora, el autor tiene que decidir cuál será el crimen central. En la llamada Edad de Oro de la novela de intriga, los asesinatos se cometían por motivos personales, y el detective, ya fuera privado o de la policía, tenía la misión de descubrir quién había matado a lord Farnsworthy en la biblioteca con la daga malaya. Aunque todavía se escriben esta clase de libros, a la gente ya no le importa mucho quién matara a milord, por lo que el campo de la novela de intriga se ha extendido y abarca lacras sociales de más envergadura. Actualmente, los temas más socorridos son: abusos a menores, contaminación, corrupción política, drogas, la Mafia o compuestos de varios de estos ingredientes o de todos ellos. Estos temas, a diferencia del asesinato de milord, donde el escritor apenas tenía más preocupaciones que la de saber dónde está la carótida, exigen cierta labor de documentación. El autor deberá procurar que la cocaína proceda del país correcto, que los residuos tóxicos se embarquen por la ruta adecuada o que los ingredientes de la última droga de diseño sean los pertinentes.

Una vez el autor ha determinado el sexo y el punto de vista del narrador y la índole del crimen, debe introducir al protagonista en la acción. Si el héroe es miembro de la policía, nada más fácil: está encargado de investigar el caso. Si es detective privado, cazador de recompensas, abogado o cualquiera de esos personajes que evolucionan por el mundo del crimen, lo mismo digo: es su trabajo. Ahora bien, si el protagonista se ve envuelto en la trama accidentalmente, el autor debe inventar una razón que justifique el interés del personaje en el crimen y un medio que le permita obtener la información que conduzca a la solución del misterio. Porque debe haber un misterio.

Un juicio de piedra, una de las primeras grandes obras de Ruth Rendell, empieza así: «Eunice Parchman mató a la familia Coverdale porque no sabía leer ni escribir.» Al parecer, pues, aquí no hay misterio, ya que desde el principio sabemos quién ha sido y por qué. Pero a medida que avanza la narración, el lector se siente invadido por el mismo horror que causa *Edipo rey*, mientras contempla cómo las alas de Némesis se ciernen sobre las víctimas, mientras los ve hacer las preguntas y los descubrimientos que los llevarán al desastre, y él debe permanecer en silencio, al otro lado de la página, incapaz de salvar a aquellas personas buenas y generosas del mal que ha entrado en sus vidas. Pero Ruth es otro genio y nosotros todavía no, de manera que el autor necesita un misterio.

Muchas novelas de intriga contemporáneas presentan un mundo lleno de corrupción política e institucional, y otras tantas parecen pobladas por asesinos en serie. Esto ofrece un fuerte contraste con las novelas de la Edad de Oro, que, en general, mostraban el crimen como una aberración en un mundo generalmente tranquilo y ordenado. Muchas de las novelas de ahora se centran en un tema que lleva implícita una denuncia acerca del estado del mundo. Puede ser el abuso de autoridad o la inevitable corrupción que acarrea el poder. Agatha Christie no tenía temas; ella tenía misterios.

Antes de empezar, el autor debe decidir el enfoque de la novela: tema o misterio. ¿La solución implicará a un culpable o estará involucrado en el crimen un grupo social o político más amplio? ¿Y habrá resolución o el culpable o culpables se sustraerán a la acción de la justicia?

Cuando imparto esta clase en la Universidad de Maryland, la institución en la que hace más de quince años que enseño, digo a los estudiantes que la mayor parte de lo que les expongo lo ofrezco a modo de sugerencia, que yo escribo libros de éstos, que hace cuatro décadas que leo esta clase de novelas y que he reflexionado mucho acerca de lo que ocurre en ellas. Pero escribir

un libro no es como hacer un experimento de química: en realidad, no hay reglas fijas, por lo que les advierto que si alguna vez sin darme cuenta digo: «deberíais» o «el autor debe», han de interpretar: «la mayoría de los escritores hacen esto» o «esto ha funcionado en muchas novelas». Pero es difícil no ser dogmático con los escritores jóvenes, es difícil frenar el instinto de decirles lo que deben hacer. Por ejemplo, les digo que hay que trazar un esquema —algo que yo no he hecho todavía—, programando lo que debe suceder en cada parte de la narración. A pesar de que, cuando empiezo un libro, nunca sé lo que va a suceder en él, yo les digo que es necesario, que es imprescindible, hacer un plan y que, antes de empezar, ya hay que tener decidido el final. Al parecer, a los escritores principiantes les viene bien imponerse esta disciplina. Estos estudiantes, mis favoritos en toda una vida dedicada a la enseñanza, se han educado en la tradición de la trama argumental, aunque las tramas que ellos han conocido proceden de las películas más que de los libros. La estructura varía poco, por lo que, en general, poseen habilidad para delinear todo el argumento antes de ponerse a escribir. Una habilidad que yo les envidio.

Una cuestión de la que no he hablado, probablemente por su carácter intangible, es la absoluta necesidad de controlar los sentimientos que el lector experimenta hacia ti, el escritor, y hacia tus personajes. El lector tiene que sentir simpatía por alguien del libro, ya sea la víctima, a fin de que las pesquisas del protagonista para encontrar al asesino tengan urgencia y sentido, ya sea el o la protagonista, a fin de que el lector desee que triunfe en su empeño. Por lo demás, es indispensable que el lector se identifique con el narrador, lo cual, a mi entender, ha de venir dado por el ambiente de todo el libro en sí, esa combinación de mil detalles aparentemente nimios que, al igual que ocurre en la vida real, crean buena química entre las personas. Por lo tanto, el narrador no ha de mostrarse condescendiente o paternalista con el lector, sino convencerlo de su solvencia y su honradez. Si ha de mostrar prepotencia, ésta habrá de dirigirse a personas que lo sean todavía más. Si ha de manifestar un juicio moral, ya sea implícita o explícitamente, siempre habrá de ser un juicio con el que el lector esté de acuerdo. Yo propongo que el narrador rehúya cualquier tipo de militancia —ecología, religión, *jogging*—, aunque sólo sea porque su postura forzosamente lo enfrentará al lector que no comparta su entusiasmo. También en Highsmith hallamos un buen ejemplo de la importancia que tiene esto. Ripley es un asesino; incluso podríamos decir que es un monstruo. Sin embargo, es peligrosamente simpático, circunstancia que sus víctimas descubren cuando ya es tarde. Si no cayera bien, si no se indujera al lector a compartir sus opiniones y comprender sus decisiones, el libro se iría a pique, lastrado por la miseria moral de su protagonista. Tal como nos lo presentan, con ese encanto, humor e ingenio, llega a seducir al lector de tal manera que muchos estarían dispuestos a perdonarle aquí un pequeño asesinato y allá un poco de violencia.

Otra de las tendencias actuales de la novela de intriga es la de centrar la acción en un determinado ambiente: el deporte, la gastronomía, el arte, el teatro, la antigua Roma, la Inglaterra victoriana... la lista parece interminable. Ya he dicho que los lectores de novelas de intriga suelen ser personas inteligentes y cultas. Por esta razón, algunos consideran un descrédito leer una novela de crímenes (sentimiento que no parece aquejarles cuando ven *Los vigilantes de la playa*) por una reacción análoga a la que inducía a las damas victorianas a esconder su ejemplar de *La feria de las vanidades* dentro de las tapas de *El viaje del peregrino*. Al situar la acción en uno de estos

ambientes y dar al lector gran cantidad de información acerca del mismo, el escritor no sólo les presenta una trama para su entretenimiento, sino que también les brinda la sensación de estar adquiriendo conocimientos válidos.

El escritor que tenga intención de situar la novela en un medio concreto, debe conocerlo a fondo. Mi ejemplo favorito de lo que puede ocurrir es el de una reciente novela cuya acción se desarrolla en la Roma del emperador Vespasiano y en la que se describe a la heroína ataviada con toga (prenda que distinguía al ciudadano varón) y recibiendo cartas escritas en papel, que no se introdujo en Europa hasta mil años después como mínimo.

Sobre el proceso de reescribir, corregir y repensar, poco tengo que decir, ya que me parece que aquí las decisiones dependen enteramente de las peculiaridades y gusto de cada cual. En general, es conveniente que el escritor hable de su libro con una persona a la que considere más capacitada. Personalmente, encuentro que discutir la trama, hablar de móvil, coincidencias y consecuencias me permite ver las lagunas y las incongruencias implícitas en mi planteamiento, ya que raramente me doy cuenta de los errores que he cometido hasta que me oigo a mí misma decirlos en voz alta.

Es buena idea dar a leer el manuscrito a otra persona, y la elección de esa persona dependerá del tipo de libro que pretenda crear el autor. Si es una novela de intriga clásica, conviene pedir parecer a un lector amante del género. Si el autor apunta más alto, deberá dar el manuscrito a alguien que no lea novelas de intriga sino eso que yo seguiré llamando mientras viva «libros de verdad». Por supuesto, el escritor no tiene por qué aceptar ni rechazar los comentarios que los lectores le hagan sobre el manuscrito. Ayuda a aceptar las críticas el que el autor se distancie del texto y lo vea como un libro escrito por otra persona. Así, las críticas, que con frecuencia tienen la fuerza incendiaria del rayo, caen lejos y no hacen tanto daño. Siempre me ha resultado difícil convencer a mis alumnos de que mi afecto y consideración hacia ellos son totalmente independientes de lo que yo pueda decir acerca de lo que han escrito. Por un lado, está la persona, a la que aprecio en cierta medida y a la que no tengo ni el derecho ni el deseo de juzgar. Por otro lado, está el texto, que es lo que debo evaluar porque para eso he estudiado, y mis sentimientos hacia su autor en modo alguno han de condicionar mi opinión acerca de lo que leo ni han de poder mejorar lo que está escrito. Y así es, por más que les cueste creerlo.

Hace treinta años, la poeta norteamericana Elizabeth Bishop, camuflada bajo el *nom de guerre* de «M. Margulis», dio unas clases de Escritura Creativa en una entidad llamada The U.S.A. School of Writing. Esto es lo que dijo acerca de aquella experiencia:

La mayoría de mis patéticos aspirantes parecía no haber leído nada en toda su vida, salvo, quizá, una única y memorable historia del tipo «Sincera confesión». Eran incapaces de apreciar la diferencia que había entre los renglones cojos, insulsos y mal hilvanados que me enviaban y lo que veían impreso. O quizá pensaban que Mr. Magolis agitaría su varita mágica y sus tristes esqueletos de palabras se cubrirían de carne, cobrarían vida y se convertirían en relatos y novelas apasionantes, conmovedoras y electrizantes.

Desgraciadamente, las cosas no van así.

CENA CON UN MÉDICO NORTEAMERICANO

Hace varias semanas, cené con un amigo médico, especialista en rehabilitación, que actualmente ejerce en Miami. Durante la cena estuvimos hablando de amigos comunes, de dónde estaban y qué hacían, de nuestro trabajo y de nuestros planes para el futuro. Cuando una mujer pasó por el lado de nuestra mesa cojeando levemente, mi amigo comentó casualmente: «Tendría que hacerse arreglar esa cadera», y siguió comiendo pasta.

Yo, siempre con la frase elegante a flor de labios, pregunté: «¿Eh?», e hice que me explicara cómo podía él deducir, por el modo en que aquella mujer apoyaba el peso del cuerpo al andar, que tenía una afección en la cadera izquierda y que, probablemente, podía eliminarse con una operación. Esto bastó para que, mientras íbamos camino de su hotel después de cenar, yo le pidiera opinión acerca de las personas con las que nos cruzábamos en la calle. Y él fue señalando dolencias de espalda, problemas de pies y secuelas de lesiones mal curadas.

Uno de los retazos de cita arrinconados en mi memoria es el de aquel francés que se sorprendió al enterarse de que hablaba en prosa. Parecida sorpresa sentí yo al descubrir que aquellas personas que pasaban por mi lado andando de un modo que a mí me parecía normal, delataban en realidad lo que, hablando en términos arquitectónicos, podríamos llamar problemas estructurales. Mi amigo, con su visión de experto, descubría la causa que determinaba cada manera de andar y, en muchos casos, señalaba la solución del problema que a menudo, aunque no siempre, pasaba por la cirugía.

Mientras iba del hotel a casa, me puse a pensar en lo que es la mirada del experto. Los que llevamos décadas trabajando con el lenguaje, en cierto modo hemos adquirido una capacidad de diagnóstico similar, aunque me parece que muchos de nosotros ignoramos que la poseemos.

Todo el mundo anda y también todo el mundo escribe, y para ello ha de servirse del lenguaje. Al escribir, la gente revela muchas cosas sin darse cuenta, algunas de las cuales denotan problemas estructurales de mucho calado. Me vienen a la memoria dos ejemplos, los dos de ejercicios de alumnos míos.

Un hombre escribía acerca del nacimiento de su hijo: «Cuando mi esposa llevaba de parto diecisiete horas, me cansé de oírla quejarse.» Otro, después de una descripción tediosa y mal redactada de un aborto involuntario que había tenido su esposa, escribió: «Menos mal que era una niña.»

¿Por dónde empezar? Para ahorrar tiempo, ¿convenimos de entrada en que cada uno de esos comentarios es una canallada que genera ese ligero temblor que, con un poco de suerte para la esposa, anuncia el terremoto del divorcio? Dicho esto, lo curioso es la desfachatez con que escribieron tales cosas, como si creyeran que no habían de chocar a nadie, creencia que sólo puede nacer de una total insensibilidad hacia el lenguaje y su función. Y no digamos hacia la esposa y la vida humana en general.

En una época que sacrifica el significado a la retórica, una época en la que las películas son sartas de explosiones y hemorragias, es natural que ya no se considere al lenguaje como el principal medio por el que expresamos nuestros pensamientos y sentimientos y nos manifestamos nosotros mismos. Cuando desaparece el significado, desaparece también la facultad de percibirlo.

Así pues, es mucha la gente que va dando tumbos por el lenguaje inconsciente de lo que revela con lo que escribe y dice, y permitiendo a los que poseemos el oído fino para el diagnóstico detectar el defecto o la debilidad de la estructura. Pero, a diferencia del médico, nosotros no podemos sino diagnosticar: nosotros no tenemos la capacidad de curar.

Notas

* En español, en el original. (*N. de la t.*)

*Traducida al español como *El ángel que nos mira.* (N. de la t.)

Sin Brunetti
Donna Leon

Título original: *On Venice, Music, People and Books*

© Traducción: Ana M^a de la Fuente, 2006

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2013

ISBN: 978-84-322-2060-9 (epub)

cover